



Cristo para el Cuarto Milenio

Siete cuentos contra
veintiún artículos

Jorge Costadoat S.J.

Cristo para el cuarto milenio
Siete cuentos contra veintiún artículos

Jorge Costadoat S.J.

Título: *Cristo para el cuarto milenio. Siete cuentos contra
veintiún artículos*

©Jorge Costadoat S.J.
ITER - Universidad Alberto Hurtado
Primera Edición 2001 (San Pablo)
Segunda Edición 2025 (Autoedición)

ISBN: 956.256.332-4
Santiago de Chile, 2025

Una rosa en la tumba del diario *La Epoca*
Una excusa a los pobres por lo poco
Y otro beso a Fénix por la vida y la imaginación

INDICE

Prólogo 6

Introducción 9

Cuentos

El auge de Fénix y la caída de Fénix 13

De regalo de Pascua, un sacerdote 18

De la zancadilla del Viejo Pascuero al Amigo Secreto
23

Aparición y renuncia de Santa María Magdalena 26

Contre Contreras 29

La ley de matrimonios mixtos de Lito Ma Sama 31

Mucho más que un “cuento” 34

Artículos

Navidad, origen de la fantasía 39

El Concilio Vaticano II 42

Viernes Santo: Meditación sobre el fracaso 50

Jesús: palabra de hombre, Palabra de Dios 55

Un futuro para el cristianismo 60

Un Cardenal y una Iglesia misioneros 70

La humanidad de Jesús 75

Auge ético 86

La espiritualidad del Padre Hurtado 88

Padre de Jesús y Padre nuestro 100

De la Sagrada Familia a la familia humana 106

Diversos carismas en la Universidad Católica 109

El sacrificio de Jesús 121

Originalidad del cristianismo 124

“El pobre es Cristo”	129
La incomodidad del Padre Hurtado	135
El Jesús de Kazantzakis en la película de Scorsese	138
Cuestión de oración	149
Política cristiana	155
¡Espíritu Santo, ven!	159
Cuentos y cuentos	164

Prólogo

Mezcla contundente esta que usa Jorge Costadoat. Dosisificada como por un experto en alquimia, que sabe, o mejor intuye, los ingredientes precisos que se necesitan para lograr la amalgama cautivante de sus relatos. No solamente los cuentos, sino también los que él define cómo artículos llevan el mismo sello inconfundible de un narrador nato. ¿Parábolas?, ¿Reflexiones con visos de catequesis o de clases magistrales? Todos los escritos que componen este libro revelan un autor de pensamiento coherente y emoción desbordante, capaz de adentrarse en los desafíos más impensados con una sencillez y audacia que refresca el alma y anima al compromiso personal a la siga de Jesús, maestro, hermano y amigo.

Que bueno es encontrarse de sopetón con alguien como Jorge, que no se anda con rodeos ni complicaciones y vuelve a la misma fuente de la Buena Noticia con palabras a la vez simples y profundas. En un tiempo de complicaciones y de alambicados argumentos, sus reflexiones van directas al grano y se transforman, al poco andar, en una suerte de diálogo entre amigos que transitan por los mismos caminos y que encuentran por fin el momento para volver a encontrarse en lo esencial de su relación afectiva.

Al mismo tiempo, cuando trata temas controvertidos de nuestra cotidianidad, lo hace con lucidez no exenta de arrojo, arriesgando su propio punto de vista, posiblemente no compartido por otros hermanos en la fe, sin juicios ni prejuicios, invitando a cada uno a poner en juego el suyo.

Es este un conjunto de pensamientos que es capaz

de cuestionar sin herir y de recordarnos cuan importantes somos porque le importamos a Dios. Lo tragué de un solo golpe, en un avión, de ida y vuelta de uno de esos viajes largos que nos regalan muchas horas de soledad, todas para nosotros. Le escamoteé horas al sueño, fascinado por esa catarata de provocaciones que me exigían seguir sin parar, apuntando, en un pequeño bloque de papel que llevo siempre conmigo, unas pocas palabras, que encerraban ideas y conceptos útiles a mi propio camino de búsqueda. Me reencontré con mi pasado y me sorprendí mirando al futuro que me espera con aún más esperanza de la que tengo, que no es poca en verdad.

También experimenté una sensación de complicidad al reconocer los distintos temas que motivan las reflexiones del padre Costadoat. No necesariamente por estar o no de acuerdo con sus planteamientos, sino porque me pareció que había apuntado a aquellos que sí nos cuestionan a muchos cristianos, obligándonos a una revisión de nuestras conductas no siempre acordes a la invitación del Señor. Y si de Jesús se trata, es bueno que se nos recuerde que su Buena Noticia es una invitación y no una imposición; que nuestro hermano y Señor es fuerte y tierno a la vez y que sus enseñanzas apuntan a la libertad que todos tenemos de elegirnos como discípulos suyos y de seguirlo, cada uno según su propia e irrepetible versión.

Nunca me han gustado esas presentaciones que no se resisten a contar algo de lo que el lector descubrirá por sí solo. Es por esto, que no quiero adentrarme en explicaciones o referencias directas a los cuentos y a los artículos, que sólo agregarían un lastre a aquellos que, como yo, esperan encontrarse a cada página con la dosis de asombro necesaria para entrar en una relación de complicidad con el autor para luego apropiarse de sus

pensamientos.

Cuando acepté presentar este libro, no sabía con lo que me encontraría. Seguí, como siempre, mi intuición y mi curiosidad, fieles compañeras de ruta que me han regalado durante toda mi vida no pocos descubrimientos y continuos asombros. Me alegro de agregar a ellos este “Cristo para el cuarto milenio” con su cargamento de provocaciones y de hallazgos, con la esperanza de que me ayuden a llenar mi mochila con más dudas para no caer nunca en la tranquilizante rutina formal del cumplimiento de normas y deberes religiosos.

Con mucha propiedad, en varios momentos, Jorge acude al concepto de “fantasía” para adentrarse en el misterio de la Encarnación y de la Redención. Desde el momento de mi propia conversión, me ha cautivado lo que hay de fantástico en el invento de Dios para redimirnos, una dosis infinita de imaginación en cada uno de los momentos históricos que jalonan su encarnación y su caminar entre nosotros, para terminar en la locura definitiva y absoluta de su muerte y resurrección, después de habernos dejado su Cuerpo y su Sangre para seguir acompañándonos hasta el fin de los tiempos.

Pienso que en cada página de este regalo de Jorge, subyace el reconocimiento agradecido al Señor por habernos amado primero y haber confiado en nosotros tal como somos, dándonos con ello la certeza de que, en el tiempo de nuestra propia historia personal y colectiva, vale la pena hacer el intento de construir, paso a paso, el camino que lleva al encuentro de un mundo más humano para todos.

Claudio di Girolamo

Mayo de 2001

Introducción

A dos mil años de la Encarnación del Señor, cuando la humanidad entra a una era de cambios que nadie puede imaginar dónde nos llevarán y, por otra parte, la mayoría de los seres humanos todavía no alcanza a vivir dignamente, presento a los lectores un libro disparatado y ambicioso. Adrede he querido meter en un solo ejemplar escritos muy heterogéneos, como si para atinar con el Cristo del Cuarto Milenio hubiera que jugar a todas las posibilidades. Quisiera saltarme el Tercer Milenio, aunque sé que no he logrado hacerlo. Pero la posibilidad de clonar el cristianismo de los dos primeros milenios, un Tercer Milenio como mera continuación del cristianismo occidental no da para más. Aburre imaginarlo. Traiciona el Evangelio. Me gustaría que los lectores levantaran la mirada un poco más lejos. El Cristo que viene de lejos nos sorprenderá por el lado menos pensado. Intuyo que el Cristo del Cuarto Milenio es más sabio que erudito y más creativo que sabio. Lo veo venir sonriente entre los perdedores de la era anterior, los millones de víctimas de Dinero, la bestia apocalíptica. Con Él la Iglesia volvería a ser la Iglesia de los pobres.

El subtítulo “Siete cuentos contra veintiuno artículos” expresa el ardor de la espera y de la búsqueda. Con él quisiera declarar la complicación del intento, conquistar de paso a los amantes de la cabalística -el número siete es más ágil que el número veintiuno- y, más que nada, compartir con los lectores la convicción de que los cuentos, aunque pocos y sencillos, aciertan mejor que los artículos con lo que quiero decir. Descontada su práctica solidaria y su entrega final en la cruz, Jesús no tuvo mejor manera de urgir la llegada del reinado de Dios que

con parábolas que exigían de sus oyentes creer en la fantasía de Dios. Los cuentos son más alegres que los artículos. El Dios que Jesús revela parece más alegre que serio. Quisiera también que los cuentos, como el camote amortigua el ají en la comida peruana, dulcificaran la combatividad de los artículos. Que algunos artículos trasuntan el humor del autor constituirá para muchos una anomalía en el estilo, pero la alegría de Cristo puja desde el fondo de cualquiera ellos y ha sido imposible acotarla en todos los casos.

Más que un libro esta colección de cuentos y artículos es una inquietud apasionada por encontrar al Señor a tientas y a manoteos. Esta colección, libro o lo que sea ha debido resistir la tentación de archivar entre otras carpetas y pasar al olvido. Pero tratándose de una búsqueda salió a flote y sorteó incluso la censura. Este manajo de ideas y letras consiste en un avance ambicioso, porque la calidad de los escritos no está a la altura de la esperanza que los inspira.

Años después

Hace 24 años publiqué este libro. Esta segunda edición la hace un autor 24 años mayor. Tal vez tendría que hacer al texto varios cambios. La cultura mutó, la fe de los cristianos cambió, la pertenencia eclesial ha experimentado enormes transformaciones. Sin embargo, he decidido no tocar nada de la primera edición. Dejo a los lectores la posibilidad de evaluar qué sigue siendo válido de *Cristo para el cuarto milenio* y que habría que revisar y cambiar. e esta manera, al mismo tiempo, respeto el prólogo de Claudio di Girolamo. Probablemente él mismo, después de tantos años, lo cambiaría. Vivimos en el

cruce, y a veces en el conflicto, de las interpretaciones diría Paul Ricoeur. Nadie tiene la última palabra. Tiene, eso sí, la posibilidad de opinar y cambiar de opinión.

Jorge Costadoat

CUENTOS

EL AUGUE DE FÉNIX Y LA CAÍDA DE FÉNIX

Cuando Fénix fue llamado al Ministerio de Educación, el gobierno creyó asegurada su reelección. La oposición, en cambio, perdió toda ilusión de acceder al poder. Nada más faltaba al “país de las maravillas” un educador genial, un genio conductor del alma nacional. Todo había sido hecho bien y, sin embargo, la nación carecía de encanto. Para algunos lo que de verdad había ocurrido era un “pacto con lucifer”, el ángel de la luz, de acuerdo al cual las convicciones éticas más fundamentales se transaban en los mismos términos que los zapatos y las lecherías en la bolsa de valores. Opinión esta que hacía aún más propicio el terreno para una gran propuesta educativa. Para moros y cristianos, Fénix era el ministro que extraería del carácter del pueblo la teoría de su propia cultura, los principios pedagógicos del cultivo de la propia identidad. Pero nadie sabía que Fénix era un educador nato, no un teórico.

Vocación y currículum

Como toda vocación interesante, la de Fénix tuvo un origen triste y feliz a la vez. Su padre fue con él un pésimo preceptor. Su madre empeoró las cosas mimándolo en extremo. Los dos lo quisieron, pero mal. Lo educaron mal: que, si no hay educación sin amor, la cosa no es amar sin más, sino amar correctamente. Fénix se hizo a sí mismo, de la nada, del polvo de sus repetidos fracasos escolares. Porque un niño mal educado va de tumbo en tumbo. Fénix se hizo jugando, como la cerámica en las manos de un alfarero, como la sociedad humana organizó el sexo y el afecto. Curioso. Hay personas que inventan el mundo, que no replican

en sí mismos el orden dado, ni traspasan a la generación sucesiva los errores padecidos. ¡Hijos de su fantasía! Por su imaginación, Fénix fue libre. Con sus juegos liberó a sus propios críos y ahijados del miedo y del tedio. Jugando creó el mundo que desaparecería con él, porque sin él no habría valido la pena envidiar ni mejorar.

Fénix llegó al cargo precedido por la fama de sus discípulos. Entre otros, destacaron Contre Contreras y Lito Ma Sama. El obispo Contre Contreras sacó de Fénix la manía de contradecir las dictaduras y de personificar todas las diferencias. ¿De dónde, más que del ingenio de su maestro, aprendería Contre a aplaudir los goles del otro equipo y prestar a los niños la mitra y el báculo? El presidente Lito Ma Sama tomó de él su afán por la reconciliación de las razas, culturas y clases, además de su final estrambótico. Su ley de Matrimonios Mixtos que premiaba el cruce de chilenos y bolivianos, judíos y árabes, entre otras uniones posibles, y, por otra parte, penalizaba los matrimonios de ricos con ricos, de católicos con católicos, de carabineros con paquitas, tuvo como antecedente remoto juegos inventados por Fénix como Corazón de Melón, la Banda está Borracha, los Sapitos Chicos y Topa, Topa Carnerito.

Principales juegos

Topa, Topa Carnerito fue de los infinitos juegos del educador el más tierno. Se aplicaba a párvulos de meses que ni hablaban ni se tenían en pie. Consistía simplemente en chocar con la frente la frente del infante una y otra vez, repitiendo la fórmula mágica: topa, topa carnerito. Fénix nunca supo que la santidad, la verdadera santidad, comienza y termina con el uso de los sentidos ni que los grandes místicos, y no sólo los

locos, son tocados por Dios. Sin querer gestó en los pequeños la devoción y el coqueteo. Niños de 6 u 8 meses adivinaron por él que hay en la vida choques lúdicos de amor y de risa, y los anticipaban con sus cabecitas muy antes que con palabras.

Upalalá, El Avión y Camello Cochino, Camello Flojo reforzaban la confianza básica que todo niño necesita para crecer. Upalalá, decía Fénix, al arrojar al educando al cielo para recogerlo con gozo en los brazos. “¿Más?”, le preguntaba. Si el niño no quería más juego, ofrecía Fénix la posibilidad a sus hermanitos o primos, con la esperanza que el primero se animara de nuevo. También educaba al riesgo El Avión. El profesor tomaba las manos de sus discípulos y los hacía girar en torno suyo, suspendidos en el aire, zumbando, comunicándoles seguridad en esa particular situación de la vida en que no hacemos pie en parte alguna y dependemos de otro en todo. Camello cochino, Camello Flojo era más que subir Alapa, más que sentarse orgulloso en los hombros del papá. Era andar sobre un camello en pleno desierto meneándose de lado a lado, a punto de caerse hacia atrás, hacia adelante, hacia cualquier lado y por cualquier parte del animal. Ningún niño que pasó por estos ejercicios se chupó el dedo en la escuela y los que entraron en la universidad no tuvieron nunca necesidad de copiar en las pruebas.

La Arañita Dormilona preparaba con sus cosquillas a la vida marital. La Carrera de Caballos estimulaba la velocidad y los deseos de apostar la vida. El Spit Fire B evocaba el justo título de la guerra aérea contra el nazismo. La Gallina con los Pollos infundía en los pequeños la impresión de protección. La famosa Escondida recibía nuevas reglas y nuevo nombre: Culpa mía no será, porque Fénix hacía suyos los dichos de los

niños y les daba legitimidad, aunque no atinaran de lleno con el quid del asunto.

Fénix inició a sus alumnos en la victoria y el fracaso. Les hizo probar como nadie el terror y su exorcismo. Les hizo gustar la vida, la libertad, la diversión, precaviéndolos contra el placer sin sacrificio y el triunfalismo. El Lobo Pastor, El Mejor Hombre del Mundo, La Terrible Osa, La Revolución, El señor Americano, El Perro y el Gigante Fombalt, fueron estímulos precisos del pavor y de la dicha. El más representativo de estos juegos fue El Triunfo del Monstruo y la Derrota del Monstruo. En un primer momento predominaba el Monstruo. Los niños arrancaban a perderse. Se subían a los árboles, se metían debajo de las camas, aterrados. Ululando, con los brazos en alto y paso cansino, el Monstruo iba lento, pero siempre llegaba a estrangular a los pergenios. Por último, las fuerzas del Monstruo decaían. Entonces llegaba la hora de los niños. Se abalanzaban sobre él, lo golpeaban y desquitaban contra él todo el miedo acumulado. Si se trataba de educar a uno en particular, Fénix se transformaba en Goldfinger, personaje que infundía un pánico agudo, seco, que hacía orinarse a los hijos de los vecinos ignorantes del terror sacro. Cuando se trataba de un niño que merecía un trato especial, Fénix le inventaba un pseudónimo y un juego para él solo, como el caso de “Patancito” perseguido por El Pate Palo y el Mauricio. El Pate Palo era el mismo Monstruo, pero cojo. El Mauricio nunca nadie supo quién era, pero su inminente aparición le daba a la historia un toque de misterio escalofriante.

Caída de Fénix

Los primeros cuatro años de Fénix como ministro de Educación fueron estupendos. ¡Cuánto entusiasmo fue capaz de insuflar a una dependencia pública acoquinada por la ingratitud ciudadana! La ficción se apoderó de las aulas, remeció incluso a padres y apoderados. Los niños, por fin, fueron protagonistas de su propia formación, y no más receptáculos de cifras y reproches. La nación fue admirada, más que por sus pillerías, por su inventiva, por su estilo gentil, incluso por un renovado estilo en el ámbito diplomático. Además de sus hijos, también otros niños creyeron que Fénix era El Mejor Hombre del Mundo.

El quinto año, empero, todo se vino abajo. El país no fue capaz, carecía de mecanismos jurídicos para acoger la creatividad desencadenada por Fénix. La imaginación desenfrenada, las libertades propiciadas, las iniciativas produjeron más problemas que soluciones. Los acontecimientos no se habrían precipitado, sin embargo, si el mismo Fénix no se hubiera extralimitado en sus funciones. En un exceso de celo público, promovió leyes que introducían juegos como La Revolución en los seminarios, y La Gallina con los Pollos en el Ejército. Luego, pero ya con retardo, procuró atajar el desmadre nuevamente con el único recurso que tenía: el juego. De vuelta de vacaciones, aplicó en la oficina la estrategia del Triunfo del Monstruo. Se rieron de él, como en otro tiempo los niños que le perdían el respeto. Dando crédito a la gravedad de la emergencia, se presentó al Consejo de ministros como Goldfinger. Tampoco este impacto de crueldad fría y certera dio su resultado. El desprestigio de Fénix colmó toda tolerancia cuando se supo que la

ministra de Economía jugaba a Topa, Topa Carnerito con el presidente de la Corte Mayor de Justicia.

Fénix fue depuesto y denigrado. No fue la piedad, sino la prevención de turbulencias estudiantiles lo que movió a las autoridades a otorgarle una pensión modesta pero digna. El país recuperó la rutina. Los negocios prosperaron a cotas inigualadas. En las iglesias la risa fue perseguida hasta el castigo y al catecismo se agregó un nuevo pecado: las cosquillas. La sequía acabó con los glaciares del entorno. De Fénix no se supo más. Pero su bondad pervive al rescoldo de su leyenda y de tanto en tanto humea nuevas encarnaciones.

DE REGALO DE PASCUA, UN SACERDOTE

Sucedió la Pascua recién pasada. Un niño de siete años pidió de regalo un traje y utensilios de sacerdote. Su papá quiso complacerlo. Recorrió todas las jugueterías y no encontró nada. Quién se extraña: cualquier padre normal anda en busca de disfraces militares, médicos o espaciales. Acudió a las tiendas de artículos religiosos, y nada. Cuando explicó su intención, lo miraron con recelo. Le pidieron el carné. ¿Por qué? No le interesó averiguarlo, siguió buscando sin éxito, hasta que decidió él mismo fabricar el regalo.

Pidió a una costurera que le hiciera un alba, un cíngulo y una estola. La misma costurera le cosió un corporal y dos purificadores. El padre continuó su empeño: compró una copa metálica que podría hacer de cáliz y un platillo como patena. Compró también un cuaderno de tapa dura que adornó con una cruz, y las figuras del buey, el león, el águila y el ángel. En su

interior y a su modo, transcribió la misa entera. Como si estas cosas no bastaran, el padre inventó para su hijo un juego de salón parecido al Metrópolis o a las carreras de caballos. Trabajó con amor y cuidado, tratando de inculcar en su hijo el amor por el sacerdocio.

El día de Navidad todos tuvieron su regalo. Pedrito fue el primero en abrir el suyo. Se puso el alba y la estola, y bendijo al papá, la mamá, a hermanos, primos y tíos. La estola era bordada en colores vivos. Su padre le pasó el cáliz y le explicó que debía jugar con él con sumo respeto. Como hostia bastaría pan corriente. Pero habría que comérselo todo, y no dejarlo endurecer ni extraviar.

El padre ansioso tomó el juego en sus manos y explicó sus reglas. Consistía en un circuito largo y sinuoso, que representaba el prolongado camino a la santidad sacerdotal. El circuito incluía dos partes: la primera, dedicada a la preparación al sacerdocio y, la segunda, al ejercicio del sacerdocio. Para alcanzar la ordenación sacerdotal, había que responder a las siguientes tarjetas, dependiendo de la suerte de los dados:

* Un sacerdote es un profesor que enseña porque escucha: Verdadero (V) o Falso (F)

* Un sacerdote es una mamá con una fantasía gigante para contar cuentos y para responder a todo tipo de preguntas: V o F.

* Un sacerdote es un mendigo contradictorio, que debe pedir limosnas para los pobres y rechazar favores de los que recortan a los pobres su salario: V o F.

* Un sacerdote es un vigía que debe estar alerta para ser interrumpido en cualquier momento del día y de la noche, por una mujer machucada por su marido o un marido traicionado por su esposa que se siente solo y necesita que lo abracen fuerte para seguir respirando: V o F.

* Un sacerdote es un temerario que no lo detiene la noche ni la enfermedad; que pasa los puentes a oscuras y cruza los callejones peor afamados; que le sonríe al obispo porque lo quiere y no porque tema perder la parroquia que tiene a su cargo: V o F.

* Un sacerdote es un papá que se deja pasar algunos penales para enseñar a los niños a jugar a la pelota: V o F.

En la parte segunda, el jugador que hubiere recibido la estola del sacerdote debía avanzar hasta la meta de la santidad sorteando un sinfín de dificultades. Si los dados le fueren adversos, podría caer en un espacio malhadado. En él se leería, por ejemplo:

* Sacerdote reta a los que se confiesan: vuelve al punto de partida.

* Sacerdote busca en las carteras de las señoras, entre los coloretos y las escobillas, frascos, pastillas...: los demás sacerdotes le tiran las orejas.

* Sacerdote inscrito en partido político: aunque alegue que se trata de un partido instrumental,

pierde una jugada.

* De todas, la sentencia más drástica sería la siguiente: sacerdote transforma el evangelio en una ley: ¡pierde el juego! se le retiran los dados y la ficha.

Pero sólo algunos espacios connotaban una censura. Caer en otros constituiría el deseo de todo sacerdote-jugador. Por ejemplo:

* Sacerdote más humano que divino: avanza cinco espacios.

* Sacerdote llora con las películas románticas: juega dos veces.

* Sacerdote hace suya toda la desgracia de su gente, come mal, duerme peor, pero de él nada más salen palabras de aliento: ¡Avance hasta la meta!

En el cuaderno decorado con los símbolos de los evangelistas, donde venía incluido el Orden de la Misa, el papá a su manera le escribió un canon que decía:

"Tomen y coman todos de él,
porque este pan es más que pan:
soy Yo mismo hecho pan,
alimento de alegría
para todos los que sufren
y vienen a mí.
Pan mío y vida mía,
para que nadie olvide
que mientras haya hambre en el mundo,

el hambriento Soy Yo".

Las demás prescripciones eucarísticas subrayaban la importancia de acoger a los fieles y dar espacio a sus vidas en la liturgia. Tanta importancia adquiriría la participación comunitaria, que los signos de solidaridad y reconciliación harían pensar más en una fiesta que en una ceremonia protocolar.

Pedrito estaba radiante. Varias instrucciones del juego no las entendía, pero se las haría explicar. El papá estaba igual de contento o más. Sin embargo, un tío observaba esta situación rígida como si se hubiera tragado un plumero. Conteniendo los nervios, categórico en sus ideas, sentenció:

- "¡Simulación!"

- "¿Cómo?", dijo el papá.

- "La Iglesia prohíbe la simulación". El tío sacó de un bolsillo el Código de Derecho Canónico y leyó a los presentes: 'Quien simula la administración de un sacramento, debe ser castigado con una pena justa' (1379). Recordó a los presentes algo que todos ignoraban, menos él: que el Código castiga a los que juegan a ser sacerdotes, diciendo misas o perdonando pecados.

El papá tomó el Código, leyó los artículos pertinentes y de un tirón arrancó las páginas que trataban del asunto. Quién sabe si para camuflar su arrebató, posiblemente ni él sabría decirlo, hizo chayas del papel y las arrojó como nieve sobre el árbol de Pascua. El episodio fue incómodo para los mayores, indiferente a los niños

concentrados en los juguetes.

Esa noche el tío canonista fingió estar enfermo del estómago y no probó bocado. Serio como siempre, urdía el modo de denunciar a su cuñado y suspender la catequesis de primera comunión a su hijo. Avinagrado, el padre comió con desgano.

El niño, en cambio, se comió toda la comida y rápido, ¡ilusionado! Que lo más importante esa noche, ¿sólo esa noche?, era ser sacerdote.

DE LA ZANCADILLA DEL VIEJO PASCUERO AL AMIGO SECRETO

Le quebró los dientes. De una sola zancadilla, el Viejo Pascuero terminó una discusión con el Amigo Secreto. ¡Quién dijo que el Viejo Pascuero no existe! Justo a la entrada de la iglesia de Santa Inés, en la misma Piazza Navona donde la semana pasada se agarró a chopazos con otro Viejo Pascuero, otra vez Santa Claus ha recurrido a la violencia para defender su trabajo. Y dicen que no existe, ¡si hay tantos!

Tantos y ninguno: todos iguales, la pura división de lo mismo. En otros tiempos, era raro encontrárselo. Había que asomarse al balcón, buscarlo entre las estrellas, las chimeneas, seguro que pronto pasaría... “¿Cuántos perros tiene el Viejo Pascuero?”, pregunta un niño en el microbus. Y se ríe. El escepticismo cala en la infancia. Al niño le importa un rábano que sean siete o dos, perros o bueyes. Ironiza de nuevo: “¿cuántos perros tiene el Viejo Pascuero?”. Los pasajeros también ríen. A todos da lo mismo el número, los ciervos, la nieve... “¿Cuántos perros tiene el Viejo Pascuero?” Las

carcajadas estremecen la locomoción colectiva. Santa Claus está desprestigiado. Últimamente un nuevo enemigo mina su fama, el Amigo Secreto.

Con el Viejo Pascuero, todos están obligados a regalar a todos. Los regalos deben ser caros, lo más posible. En cambio, el Amigo Secreto subvierte estos principios: “Cada uno hace un regalo y cada uno recibe un regalo”. Se hace el sorteo, al que le toca le toca... Así, cada cual puede comprar con más atención, con más tiempo para buscar y más dinero. Además, siempre existe la alternativa de poner un “techo” de precio a los regalos que se harán entre los participantes. La entrega del presente, la rotura de la incógnita, incluso si no se trata de alguien íntimo, es eléctrica, inevitablemente más personal, ¡siempre peligrosa! Toda persona es un misterio, antes que una obligación. El Amigo Secreto juega con fibras psicológicas, aun eróticas. Penetra en la familia. El Viejo Pascuero rechina los dientes.

- “Estás perdido, Viejo Pascuero”, respondió el Amigo Secreto a un primer insulto. Poco a poco se juntó gente en rededor. “Prometes y no cumples. Cumples, a los niños ricos y a las tiendas, ¡títtere! A los pobres, ¡los más!, entusiasmas y engañas. Viejo falso: tienes la barba falsa, usas ropa falsa, prometes, pero como carretonero. Lo único cierto es tu panza, ¡guatón mentiroso!”.

- “¿Acaso das tú la cara?”, replicó el Pascuero. “¡Tú sí que eres pura máscara! Haces como si te dieras a conocer, pero tu secreto es tu tacañería. ¿Ahorrativo? ¡No, avaro! Que así es más democrático, más justo... Na’ que ver. Lo único que te interesa es cumplir y salir del paso.

¡Socialista pa' la foto! Tus amigos chillan si alguien arroja arroz a los novios ('habiendo tanto pobre'), pero ¡cómo se banquetean! ¿Por qué no dejas que la gente regale a quien quiera y haga las fiestas que se le antoje?”.

El Amigo Secreto volvió al ataque.

- “Tus carcajadas pervierten la Navidad: 'Pascua feliz para todos'. Sustituyes a Jesús por la obligación de hacer regalos a diestra y siniestra. ¡Delpilfarros...!”.

- “¿Qué sabes tú de Jesús?”, la fundamentación religiosa acalora a los contrincantes, al Pascuero más que al otro. “Te dices 'amigo de los pobres', como Jesús. Pero de los pobres que se desclasaron y surgieron quitándole el saludo a los vecinos. Entre ti y las transnacionales del juguete no hay sombra de diferencia”.

- “¡Tú eres el favorito de esas transnacionales, guatón ateo!”, replicó por última vez el Amigo Secreto.

Y esa fue, por cierto, la última vez que habló por una semana. Con una zancadilla, el Viejo Pascuero lo hizo aterrizar de dientes.

La confusión de los niños fue grande. Que el Viejo Pascuero, el Amigo Secreto, Los Reyes Magos, Jesús en el umbral de Belén... Si los papás no entienden nada de nada, ¿qué entenderán sus hijos?

APARICIÓN Y RENUNCIA DE SANTA MARÍA MAGDALENA

Las últimas dos semanas, en las faldas de los Andes, se ha estado apareciendo Santa María Magdalena. Dicen. La afluencia de público crece. Las señales indican que puede tratarse efectivamente de una aparición. ¿Será cierto?

Han registrado su voz:

- “Por años me han confundido con una prostituta y yo no he sido nunca prostituta. No tengo nada contra el gremio, pero si cada una carga con su pecado, ¿por qué tengo yo que cargar con semejante fama? Sepan Ustedes que Gregorio el Grande me confundió con la mujer pública de Magdala, siendo yo la discípula más cercana a Jesús, y por culpa del Papa una generación tras otra me ha venerado en todas las mancebías del planeta”.

- “Dirán Ustedes: ‘Qué viene a aparecerse ésta ahora’. No quiero que se me interprete mal. Como a mi Señor, me duele que haya mujeres que tengan que ganarse la vida así. ¿No lo hacen por sus padres y sus hijos? Ellas merecen todo mi respeto. Pero, mi historia es muy distinta. Jesús echó de mí siete demonios que eran un cúmulo de enfermedades y no de pecados. Desde entonces, encantada de Jesús, lo seguí y lo auxilié, y tal como muchas otras mujeres me hice discípula suya. Mi honor mayor es haber sido la primera testigo de la resurrección. Por eso Tomás de Aquino me llamó ‘la apóstol de los apóstoles’. ¡Cómo no voy a querer

más a los teólogos que a los papas!”

- “¿Que por qué hablo ahora y no lo hice antes? ¡Si lo he hecho tantas veces...! Pero nadie cree en mis apariciones. Yo, discípula y apóstol, proclamo el Evangelio a los que se escandalizan de Jesús. Por esta razón es que hablo en épocas farisaicas como ésta, en que los dichos del día son contrarios de los de la noche. ¿Se ruborizan de mis palabras? ¿Pero a quién se pretende engañar? Aún más, ¿acaso ningún hombre, en ninguna ocasión, recibió de una buscona cariño verdadero? Peores que estas mujeres son los que hoy por doquier escalan posiciones o conservan sus puestos, al precio de su dignidad”.

- “No, yo no soy una pecadora pública, aunque en el grupo de los discípulos había varias. Tantas, que a Jesús le consideraban amigo de publicanos, borrachos y prostitutas. No es que el Señor estuviera de acuerdo con la venta de sexo. Ya en el antiguo Israel Dios llamó a su pueblo ‘ramera’ para repudiar su infidelidad que, en su caso, era idolatría. Hoy también se prostituye el nombre de Dios cuando se lo usa para asegurarse el futuro, en vez de confiar en él y buscar su voluntad. ¡Uf!, cuán frecuente se manipula a Dios para que realice negocios, para mejorar el estatus o para purificar las conciencias de pecados que no son los verdaderos pecados. ¡Ay de los que tienen demasiado claro el camino! ¡Benditos los que buscan, porque encontrarán!”

- “Así lo ha hecho la Iglesia, sus santos. A Ignacio

de Loyola se le vio por las calzadas de Roma acarreado una mujerzuela a casa de una gran señora que le daría un oficio decente. San Ignacio, a imitación de santos anónimos, fundó una casa que ubicaba marido o colocaba en un convento a mujeres en peligro”.

- “Este fue el amor de Jesús. Jesús envalentonó a esa pajarita de Magdala a invadir una casa ajena, para arrojarse y llorar sobre él, besarlo como nunca había besado a un hombre, acariciarle sus pies y ungírselos con perfume. Jesús, conmovido, la consoló de sus penas y pecados. Simón, dueño de casa y anfitrión del Señor, no entendió nada. Tenía las cosas muy claras, demasiado. También yo me aferré a Jesús y quise retenerlo resucitado, lo abracé, besé sus pies y lloré sobre ellos de pura alegría. ¿Cómo no estrecharlo con pasión, habiéndolo yo misma sepultado?”

- “Vean que no tengo nada contra el gremio. Tampoco he venido a salvar mi imagen. Me he expresado mal: ¡disculpen! Pero la honestidad con mi historia y con ustedes mismas -dirigiéndose a las que escuchaban con mayor atención-, es saludable para todas. Vamos al grano. He venido a poner a su disposición mi oficio de ‘patrona’. ¿Cómo podría yo representarlas, interceder por ustedes, si yo misma no he experimentado en carne propia la vergüenza de la calle? Los negros tienen patronos negros, los ricos patronos ricos. Yo carezco de toda autoridad para representarlas. Pero, ya que he ejercido por tanto tiempo el cargo, habiendo sido también yo amiga de Jesús, con

humildad me ofrezco como su “patrona adoptiva”.
¿Les parece? Un oficio ajeno se hace con cariño.
¿Podría ser su ‘patrona’, al menos mientras
encuentren otra mejor?

Esto es todo lo que la grabadora de un curioso devoto pudo registrar, hasta que se le agotaron las pilas. Las alocuciones se han repetido, prácticamente en los mismos términos. Pero no todos las creen verdaderas. ¿Serán ciertas? Los teólogos son escépticos. Los evangélicos no quieren oír hablar de apariciones. El sindicato se ha serenado y aceptaría una “patrona interina”. Los pastores, que tienen un corazón grande, están inclinados a aprobar algunas rarezas que filtren la ternura de Dios.

CONTRE CONTRERAS

Es de la “U”, pero no le niega la comunión a los colocolinos, y si se sirve un café, lo hace en un jarro de “la cato” para que todos entiendan, y a ninguno se le olvide, que él, Contre Contreras, ha sido hecho obispo del Cuarto Milenio para jugarse por toda su gente, aunque algunos sean “hijitos de su papá”.

Contre Contreras nació en la frontera de una nación hermana y enemiga. Fue bautizado en un remate. Se crió entre perros y gatos. Lustró zapatos ajenos. Los amigos del barrio lo apodaron “Contre”, por razones que nadie recuerda pero que todos discuten. Que se trataría de un diminutivo colegial de “Contreras”, insisten sus compañeros. Los que en la universidad además lo llamaron “Dialéctico”, aseguran que lo de “Contre” es

una variante de “Contra” o la conversión de su apellido de la potencia al acto. Los que se estremecen al escucharlo afirman que lleva el mote porque cuando dice palabra la respalda con todo el corazón, y al pronunciarla se estremece “hasta el contre”. Hay también quienes, penetrando su aura de guerrero, ven más allá, más lejos, el alma tierna de un niño que gusta la sopa de pollo que le ofrece la mamá, cuando le trae esa carnosidad hermética a la vista, blanda a los dientecillos de leche, que en el pollo la mamá tal vez no sepa para qué sirve, pero que es conocida como “contre” o “contrecito”.

Cuando por vez primera Contrecito oyó de Jesús, el hijo de la nazarena reconoció de inmediato que él, y no otro, era el Mesías, ese signo de contradicción que había de venir al mundo para salvar la familia humana, indisponiendo a los hijos con sus padres y a los padres con sus hijos. ¡Ah, cómo le ardía el corazón, la cabeza...! De joven entendió todo al pie de la letra, habría tomado la espada, se creía cruzado, ¡fuego! Se habría arrancado los ojos, por serle ocasión de pecado. “El que quiera salvar su vida, la perderá. Pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará”. Dejó las malas juntas y se metió al Seminario. Ordenado sacerdote, amortiguado por el roce pastoral e instruido en sus tiempos libres en la Teología de la Reconstrucción, Contre Contreras interiorizó todavía más la sentencia del Señor: “El que quiera salvar su Iglesia, la perderá. Pero el que pierda su Iglesia por mí y por el Evangelio, la salvará”. Dejó los modos marciales. Comprendió que el único Dios era también Dios de sus enemigos. Poco después, el Papa Juan 24 lo hizo obispo. Su lema episcopal rezaría: “Del lustrín a la mitra”.

Hoy, patuleco, pero siempre firme, Contre Contreras, igual que el gaucho Martín Fierro, es “blando

con los blandos y duro con los duros”. A nadie maldice, pero cuando bendice, bendice con la mano izquierda. No levanta la voz cuando exhorta a romper con las tradiciones inútiles, pero tampoco cuando enseña la severa ley de la Iglesia. Nada más grita cuando le humillan a uno de sus fieles, y grita todavía más fuerte cuando la víctima inocente no pertenece a su redil. Porque al obispo Contreras importa menos la doctrina que la unidad de la Iglesia, en su diócesis la colaboración entre los agentes pastorales de los más diversos pelajes tanto ha crecido, que los jesuitas han aprendido a escuchar consejos y los frailes de escoba enseñan en las universidades, las carmelitas han tomado la catequesis bautismal mientras las catecas les riegan las petunias en el convento. ¡Cuánto amor hay aquí! En la diócesis de Contre Contreras las diferencias son múltiples e increíbles, porque él ha llegado a ser, magnánimamente, la contradicción de la uniformidad y la personificación de todas las posibilidades.

Por esto lo quieren tanto. Y si a nadie permite que bese su anillo, los besos le sobran. Y si alguno le pide la Volkswagen para dar una vuelta a la manzana, le presta también la mitra. En la catedral, los niños juegan con su báculo mientras él regalonea a los teólogos.

LA LEY DE MATRIMONIOS MIXTOS DE LITO MA SAMA

La última ley de Lito Ma Sama fue la de los matrimonios mixtos. Su gobierno duró poco.

La ley constó de dos partes y escasos artículos. El primero bonificaba los matrimonios entre chilenos y

bolivianos con un succulento asado de llama, bien regado, en cualquiera de los respectivos países. Un beneficio similar se otorgaba a las mezclas de mujeres chilenas con hombres peruanos y de mujeres argentinas con hombres chilenos.

El segundo fomentaba las alianzas de colonias rivales. Las de judíos y árabes serían las mejor recompensadas con una significativa exención de impuestos.

El tercero concedía un derecho vitalicio para asistir a los estadios, además de banderines, “sánguches de potito” y poleras a las parejas formadas por hinchas de clubes antagónicos.

En la segunda parte y en artículo único, la ley penalizaba algunos matrimonios homogéneos: ricos con ricos, católicos con católicos, carabineros con paquitas, negros con negros y blancos con blancos. Por ejemplo, los matrimonios entre ricos se castigaban con expropiaciones y los matrimonios entre católicos incurrían en excomunión.

Los matrimonios aumentaron en proporciones alarmantes. Contra las más sesudas suposiciones, la expectativa de desposar una pareja de otro color resultó excitante. No faltaron los criollos que se circuncidaron con la esperanza de acariciar una árabe. Las solteras se mantuvieron en celo ininterrumpido. Los divorciados mejoraron su expectativa de una segunda oportunidad. Los hijos mayores de los fanáticos de la “U” y del Colo-Colo nacieron con “garras azules”. Todos los demás salieron “cruzados”.

En poco tiempo, la mutación social siguió todos los cursos posibles. El financiamiento de los incentivos matrimoniales y la aceleración de la economía, hicieron que la inflación se disparara por encima de todos los

pronósticos. Ante acosos externos, los matrimonios estables se consolidaron aún más, aunque para lograrlo algunas esposas impusieron toque de queda a sus maridos. Aumentaron los homicidios por celos. Los traficantes de armas cayeron en bancarrota. Los más altos grados militares de la nación se acuartelaron hasta que decidieron, no sin disenso, licenciar las tropas. La República argentina cerró su frontera. Habiéndose enterado del propósito del Congreso peruano de redactar una ley similar a la de Lito Ma Sama, el presidente del Brasil clausuró las aduanas limítrofes con el país incaico. Confundidos, unos predicadores evangélicos anunciaron la inminencia de la venida del Señor, mientras otros profetizaron su retardo.

A poco andar fraguó la conspiración. La aristocracia menguante se volcó en favor del primer mandatario y unió su sangre con la de los fabricantes de camas y somieres, enriquecidos de la noche a la mañana. Pero la burguesía ascendente avivó la envidia de la “tercera edad” y embolismó a los políticos con el himno nacional. Feministas de pelo en pecho, la cadena de peluquerías uni-sex y los viejos cracks del nazismo autóctono, asumieron los gastos de la operación. Agotados de correr de aquí para allá, incapaces de entender tanta novedad y habiendo descuidado sus propias familias, los periodistas optaron por la tradición y sumaron sus letras al colapso de Lito.

El gobierno de Lito Ma Sama duró poco. El Parlamento lo depuso. Ideas tenía muchas. Su ley de los matrimonios mixtos fue la primera y la última. Derogada la ley, el país volvió a la normalidad.

MUCHO MÁS QUE UN CUENTO

Hércules González González, obrero de la construcción, fue detenido por sospecha cuando circulaba ya tarde en pleno barrio alto de Santiago. Ese invierno lo penetraba todo. Los policías lo condujeron a la comisaría y de allí, al día siguiente, a un juzgado de menor cuantía. El juez, viendo que se trataba de un hombre bueno, que nada malo habría hecho, lo dejó ir sin problemas. Pero, antes de soltarlo, se encargó de precisar un asunto:

- “¿De dónde sacó Usted que lo recogió el Padre Hurtado?”

El pobre hombre infló el pecho de orgullo y contó su historia:

- “Nunca tuve papá ni mamá. Lo primero que recuerdo de mi vida son las fogatas bajo los puentes. El Padre Hurtado me sacó de allí y me llevó al Hogar”.

- “Perdóneme, Señor González, pero una cosa es que Usted haya dormido una o muchas veces en el Hogar de Cristo y otra que haya conocido al Padre Hurtado en persona...”

- “No, no. El ‘patroncito’ me sacó de allí, lo recuerdo muy bien. Yo era niño. Primera vez que dormí en una cama. El ‘patroncito’ me quería mucho. Al principio yo era lobo y me resistía. Pero al final, me ‘aguaché’. La ‘tías’ dicen que yo mismo le pedía a los Carabineros que me trajeran en la ‘cuca’ al Hogar”.

- “Oiga, don Hércules, déjese de cosas: ¡hay que decir la verdad en la vida...!”

- “¡Le digo la verdad! Todavía quedan ‘tías’ en el Hogar que se acuerdan de mí. Ellas le pueden contar cómo fue. Siendo muy pequeño, la ‘mami’ María -María González era su nombre-, ella me contaba todas las noches cómo el mismo padre, con lluvia y todo, me traía en brazos. Al principio me traía a la fuerza, arrastrándome. Las señoras amigas suyas me arropaban y me daban de comer. Yo no pertenecía a nadie...

- “Eso es lo que sucede: es un cuento de la ‘mami’. Esta historia que Usted repite no es verdadera. Cuando se es niño, uno cree cualquier cosa.

- “Pero ¿cómo va a ser un cuento? Si cuando voy a la tumba a darle gracias, mi padre insiste que él me recogió y que me quiere más que a nadie...”

- “Mire su carné, Señor González. Aquí dice claramente que Usted nació el '56 y el Padre Hurtado murió el '52. ¿Cómo lo pudo conocer? Imposible. Los papeles no mienten”.

- “Si yo no tuviera a quien agradecerle no estaría vivo, señor juez. Los ‘carnets’ los llena cualquiera”.

- “Es cierto que los errores son muy humanos. Pero las matemáticas no fallan. Dígame, Señor González, cuántos años tiene Usted”.

Hércules se apuró en responder correctamente:

- “¡39 años, Señor!”

- “¿No ve mi amigo? Cuente Usted mismo. Estamos en el '95. Quítele 39 y da 1956. Como lo voy a engañar, Señor González, el Padre Hurtado murió en 1952. Usted no pudo conocerlo”.

Antes de abandonar el juzgado, el pobre hombre se dobló ante la evidencia de las fechas. El juez le recomendó no creer nunca más en cuentos. Bajó Hércules las escalinatas del local con una confusión brutal.

Vagó por días, triste hasta las lágrimas. Frecuentó los puentes para domeñar el vértigo y acabar de una buena vez con el concho de ilusión que a estas alturas nada más dilataba su tragedia. Pero cuando estuvo a punto de encomendar su sino al demonio, unos mocosos desnutridos exigieron de su bondad un último gesto.

Los chiquillos disputaban a palos y punzones un tarro de pegamento. Hércules sacó grandeza de su pena y descendió el Mapocho con autoridad:

- “¡Qué sucede aquí!”, gritó.

La pandilla se le alzó amenazante:

- “¡Y a vos quien te llamó, viejo curado!”

Hércules bajó el tono y, casi con ternura, puso a prueba uno de sus sueños:

- “Soy el secretario del Padre Hurtado. Tengo un amigo en la Vega. Les cambio el pegamento por un plato caliente de guatitas con arroz”.

Los niños comieron como nunca. No sabían qué era un secretario, pero habían oído del Padre Hurtado y estaban admirados que él mismo le hubiera mandado al Sr. González.

Hércules González nunca más dudó de su origen ni de su vocación.

Jorge Costadoat

ARTÍCULOS

NAVIDAD, ORIGEN DE LA FANTASÍA

A simple vista, los relatos evangélicos de “encarnación” y “nacimiento” del Hijo de Dios complican innecesariamente la fe. ¿Para qué nos han forzado los evangelistas a admitir hechos que la razón no puede reconocer? Habría bastado contarnos la historia de un hombre muy hombre, Jesús, con quien Dios se identificó hasta las últimas consecuencias. ¿No es esto suficiente? ¿Agregan tales relatos algo de veras novedoso?

¡Por supuesto que narran cosas nuevas! Considerada la rutina atroz que nos devora, hay algo que nunca perdonaremos a los evangelistas: su mala memoria y su flojera. ¡Qué les hubiera costado decirnos cómo fue Jesús, el color de sus ojos, su mirada, quién le enseñó a leer, cuándo aprendió a hacer cariño, dónde! Jesús es novedad pura, inspiración perenne, cualquier otro dato suyo nos habría refrescado la vida... Aunque quién sabe: lo poco o mucho que sabemos solemos codificarlo.

No. No deliraban los autores de los libros sagrados al describir los orígenes de su vida. Hechos trascendentes, fabulosos, comparables a la creación del mundo y a la resurrección del mismo Jesús. Si nadie puede explicar cabalmente por qué paren las alpacas o quién contrató abejas para polinizar los huertos, ninguno estuvo para contarnos cómo fue esa concepción virginal. Al igual que el comienzo de los cincuenta millones de galaxias, de modo parecido a como brota la vida del otro lado de la muerte, también la “encarnación” excede la mente humana. Sólo la imaginación y mucha arte pueden expresar su tremendo significado. Como niños pequeños que gustan del papel de regalo casi más que de los regalos mismos, también nosotros gozamos estos días los capí-

tulos de Lucas, Mateo..., envoltorios de un mensaje maravilloso, original y por eso desconcertante: el Todopoderoso se hace presente entre nosotros como un “todomenestero”, un pobre con mayúscula, un dios con minúscula, falible, tierno, cercano, incapaz de asustar a nadie, ávido de ese otro cuerpo que lo abriga. Así, con cuidado, despacio, compartiendo nuestro llanto, hace irrupción entre nosotros el amor en persona.

Es Dios mismo que tiene algo que decirnos. Aprenderá primero a hablar. Es un Dios distinto, un Dios humano, el único verdadero, no es un ídolo, un títere de ventrílocuos. Nada tiene Jesús que enseñar mientras su madre no le enseñe a conversar. De momento, todo es silencio... ¡Miento! Ya habla. ¿Cómo descartar el modo del contenido del mensaje? Este largo y delicado preámbulo, aquel diálogo de corazón a corazón, ¡libre!, del Angel Gabriel con María la virgen es ya ahora sustancial, novedad extraordinaria entre tantos que imperan sus intereses disfrazándolos de razones. Jesús, la Palabra divina hecha niño, resplandece en las tinieblas de tanta palabrería huera.

El niño acumula autoridad: grita de hambre, gusta el calor, presiente el amor..., adivina sus derroteros. El niño tendrá algo que decir, todavía no sabe qué. Cuando el dolor de los galileos empobrecidos le retuerza el corazón, balbucirá: “No”. Habiendo cargado con la pena de mujeres y enfermos, militares y ricos, oprimidos y excluidos por incumplimiento de la Ley judaica, se rebelará contra la religiosidad de su época. Un hombre, ¡un Dios! que se rebela contra la religión. Este niño abrirá un sendero nuevo. Actuará en conciencia: conocerá la soledad, los enemigos... Su carta fundamental será la misericordia. Después de él, nadie será verdadera “autoridad” más que el que obedece al amor y modifique la

ley de acuerdo a las exigencias de la caridad. ¡Esta es la libertad, don supremo del Espíritu! Por nuestra libertad apostará su vida. Hasta este nacimiento el mundo ha vivido bajo amenaza de palos, mordazas y destierros, condenado al miedo y a la muerte. De Belén en adelante, la libertad no es más una concesión de los poderosos, sino el origen de toda norma y el fin de toda conducta. Desde entonces es posible la ética de la misericordia, que tanto nos cuesta imaginar.

¡Ven, Señor Jesús! Trae contigo creatividad a granel, la creatividad de tus parábolas, la poesía de tus comparaciones. ¡Cambios! ¡Queremos cambios, muchos cambios! Si fuimos capaces de abolir la esclavitud que parecía tan natural, ¿no podremos inventar soluciones ingeniosas para los que fracasan en su matrimonio? Me dicen que perdonas, pero no olvidas. ¡Infamia! Danos fe para creer que sí perdonas. Crea con nosotros ese orden del perdón que bosquejamos a tientas. Disipa la esclerosis de nuestra alma, flexibilízanos. Sácanos de una vez por todas de la Edad Media.

¡Ven, Señor Jesús! ¡Hay tanta violencia en nuestra comunicación! Ni siquiera es necesario asomarse a los estadios. ¡Ay del que escriba contra el capitalismo! Si ni siquiera a los políticos se los deja discrepar tranquilos. En cambio, los sentimientos del Papa se invocan como argumentos de razón. Si te utilizamos a ti, ¿cómo no lo haremos con el Papa! Apariencia de comunicación, simulación de paternidad, manipulación de la opinión pública, esto es lo que sobra. Abundan los distorsionadores sociales. Falta debate abierto, respetuoso, derecho a equivocarse y a rectificar... Es preciso tu amor a la verdad, faltas tú, tu hablar directo, sin vericuetos, dialogante, vulnerable a las penas ajenas, abierto al cambio de opinión.

¡Bienaventurados los evangelistas! Sus relatos de Navidad rescatan la creatividad de Dios amenazada más que nunca. ¿Cómo de otro modo habríamos sabido que Jesús es la palabra más dulce de misericordia dicha a la miserable historia humana? La vida se está poniendo muy pesada, luces vemos pocas. Trabajamos demasiado, gozamos cada vez menos. Dos cosas te pido una vez más: misericordia y nuevas ideas para inventar la misericordia. Una tercera cosa te pido y basta: tráenos fantasía, que no nos basta ni la razón ni la fuerza. Fantasía queremos. Tú la tienes, tú la eres. ¡Te esperamos, Señor!

EL CONCILIO VATICANO II

Es difícil a 30 ó 35 años de distancia evaluar la importancia del Concilio Vaticano II. Normalmente los grandes concilios han terminado de ser “recibidos”, asumidos y llevados a la práctica, en cuestión de siglos. El caso del Vaticano II tomará tiempo en producir los cambios que impulsó. Por su originalidad en el modo de plantearse y desarrollar sus temas, por el consenso alcanzado en la votación de sus documentos y por la inmensa alegría que su aprobación provocó en la Iglesia, ha debido ser único y uno de los más grandes.

Más que un cuerpo de documentos compilados en un libro, el Concilio ha sido un acontecimiento eclesial con pasado, presente y futuro. Una tradición de 2000 años no avanza más que de a poco. Sin novedad se muere, sin su antigüedad pierde el rumbo. En el pórtico del Tercer Milenio corresponde a las nuevas generaciones discernir la gran Tradición de la Iglesia respecto de tradiciones, ropajes culturales y modos de ser cristiano

que en el pasado verificaron la acción del Espíritu pero que hoy amenazan sofocarla.

El Vaticano II se dedicó de un modo prioritario a recomprender la identidad y la misión de la Iglesia. Juan XXIII le dio como tarea que “el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz” (octubre de 1962). Pablo VI explicó los fines del Concilio en los siguientes términos: “El conocimiento o, si se prefiere de otro modo, la conciencia de la Iglesia, su reforma, la reconstrucción de la unidad de todos los cristianos y el coloquio de la Iglesia con el mundo contemporáneo” (septiembre de 1963). A lo largo de sus documentos, el concilio penetra en el misterio trascendente de la Iglesia con miras a “encarnarla” otra vez en el mundo que le ha tocado vivir, época de cambios incesantes y extraordinarios, en pos de la salvación de la humanidad.

Una Iglesia espiritual

El Concilio comprende a la Iglesia en una óptica fundamentalmente espiritual.

El mismo Concilio tuvo un origen espiritual. Para la conmemoración de la conversión de San Pablo del año ‘59, el Papa Juan XXIII cuenta: “brotó en nuestro corazón y en nuestros labios la simple palabra Concilio Ecuménico”. “Un toque inesperado, un haz de luz de lo alto, una gran suavidad en los ojos y en el corazón; pero, al mismo tiempo, un fervor, un gran fervor que con sorpresa se despertó en todo el mundo en espera de la celebración del Concilio” (octubre de 1962). A lo largo de su desarrollo, los obispos participantes tuvieron la impresión de estar viviendo un nuevo Pentecostés.

Sin perjuicio del carácter concreto y visible de la

institución y jerarquía eclesiástica, a lo cual se refiere abundantemente en documentos y capítulos, el Concilio destaca el origen trinitario y el talante místico de la Iglesia. En tanto Dios quiere la salvación de todos los hombres y la procura por medio de su Hijo, “la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). La sacramentalidad de la Iglesia, en consecuencia, no se reduce a siete sacramentos, sino que se verifica en muchos otros gestos que no por ser humanos dejan de ser religiosos (pensemos en la solidaridad con los pobres y la lucha en defensa de los derechos humanos).

La Iglesia del Vaticano II ha querido ser carismática por diversos conceptos. La fabulosa renovación de la teología del siglo XX permitió a la Iglesia del Concilio ampliar su visión de la actuación del Espíritu en el mundo y, como resultado de ello, revalorar su relación con el mundo. Supuesto que el mundo es creación de Dios y que Dios actúa en él y no sólo en su Iglesia, la Iglesia ha de vivir atenta a los “signos de los tiempos”, procurando “discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (GS 11). La Iglesia, a la luz de Jesucristo, debe enseñar al mundo en qué consiste el verdadero progreso humano, pero ella misma no lo sabrá si no está dispuesta a auscultar este progreso en los acontecimientos mundanos de los que ella también es parte.

Esta visión “democrática” (y no “monopólica”) del Espíritu, la tradujo la Iglesia del Vaticano II en nuevas relaciones “hacia adentro” y “hacia fuera”. “Hacia adentro” el Concilio promueve la colegialidad del episcopado y el sacerdocio universal de todos los bautizados.

La clave de la reforma litúrgica es la participación. Si hasta entonces la liturgia se centraba en la acción del sacerdote (de espaldas al pueblo), desde ahora el sacerdote encabeza la oración común y estimula la participación consciente (en lengua inteligible) de los fieles. La concelebración eucarística, además, expresa la unidad y la comunión de los ministros en torno a Cristo Sumo y Eterno Sacerdote.

“Hacia fuera” la Iglesia del Vaticano II busca la unidad con las otras confesiones cristianas, con las demás religiones y con toda la humanidad, en las cuales también advierte su vocación a Cristo y reconoce gracia para alcanzarlo. Lejos de considerar a los demás herejes y condenados, afirmando empero la necesidad de la Iglesia Católica, el lenguaje del Concilio hacia los “hermanos”, “parientes” y “vecinos” religiosos, como hacia los ateos y cualquier ser humano, es respetuoso, amistoso e incluso cariñoso. Consciente de lo que separa, el Concilio busca lo que une y no excluye a nadie.

Por esos años la Iglesia, tal vez como nunca en toda su historia, gozó de independencia política para establecer su doctrina. La Iglesia del Vaticano II tuvo libertad -don de la Modernidad, según Juan XXIII, pero sobre todo don del Espíritu- y quiso ser libertaria. Dio acceso directo a la lectura de la Biblia. Derogó el Índice de libros prohibidos. Contó con la iniciativa de los laicos. En *Dignitatis Humanae*, uno de sus documentos más progresistas, exigió de los Estados independencia política y libertad de conciencia no sólo para sí misma y sus fieles, sino también para cualquier religión y para todo hombre en general. Acabó así con la ilusión de la cristiandad, la utilización del poder político para implantar la Iglesia y la utilización de la Iglesia para asegurar los intereses del Estado. Los obispos del Concilio,

en fin, tuvieron la libertad y la suficiente fe en Dios para poner en juego la sabiduría del cristianismo en el debate universal de los valores.

La Iglesia del Vaticano II, como templo del Espíritu, no sólo se sabe santificada por Cristo su esposo, sino que aspira a la santidad. Los papas quisieron su reforma. Sobre todo, el concilio abrió a manos llenas la posibilidad de la santidad a los laicos. Si antes del Concilio prevalecía la teología de los “estados de perfección”, según la cual los clérigos y los religiosos llevaban la delantera a los laicos “por definición”, ahora con María a la cabeza la santidad compete a todos por igual.

Es el Espíritu Santo, por último, el que otorga a la Iglesia del Concilio un carácter histórico y dinámico. La Iglesia entronca con el pueblo de Israel y desde la Nueva Alianza sellada en Cristo, constituye el nuevo Pueblo de Dios, tiene a Cristo por cabeza y camina humildemente en la historia con el resto de la humanidad, siguiendo la inspiración del Espíritu, y sólo al final de esta peregrinación histórica alcanzará la perfección y la plenitud definitivas.

Una Iglesia servidora

La Iglesia del Vaticano II no es autorreferente, está centrada en Cristo y abierta al mundo por el cual Cristo ha dado su vida. Ella tiene hacia el mundo los mismos sentimientos de Cristo. Decía Pablo VI: “Que lo sepa el mundo: la Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito, no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo; no de condenarlo, sino de confortarlo y de salvarlo” (septiembre de 1963). La Iglesia no se entiende más que procurando que este mundo alcance el

Reino inaugurado por Cristo. La Iglesia es mundo y es Reino: es ya Reino en el mundo y mundo en vía de convertirse en Reino (cf. LG 5).

Si la salvación de la humanidad es el servicio más propio de la Iglesia, el Vaticano II se caracteriza por proclamar que esta salvación es universal y terrena. La Iglesia católica es necesaria, no superflua para la salvación del mundo, pues ella tiene la interpretación auténtica de qué se entiende por Cristo y qué no, y porque en ella se dan todos los medios dispuestos por Cristo para la salvación. Junto con esta doctrina, el Concilio cuenta también con otra doctrina, aparentemente contradictoria, según la cual hay verdad cristiana, bajo otros nombres, en las distintas culturas y religiones, porque la gracia de la salvación alcanza a toda la humanidad por vías sólo por Dios conocidas. El Vaticano II pasará a la historia por haberse atrevido a proclamar que Dios quiere y puede la salvación de todos los hombres, encomendando a la Iglesia el desafío de hacer inteligible esta verdad con hechos y palabras inserta en la historia humana.

La salvación anunciada por el Concilio, además de universal se caracteriza por ser terrena. El fin de la humanidad es por cierto la vida eterna. Sin embargo, el Concilio ha procurado mostrar la relevancia que tiene la expectativa del “más allá” celestial para el “más acá” terrenal. También por esta razón el Vaticano II pasará a la historia. Pablo VI se pregunta sobre el “valor humano” del Concilio: “¿ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado, no; vuelto, sí”. Esta solicitud humana es pastoral. Sigue el Papa: “La mentalidad moderna, habituada a juzgar todas las cosas bajo el aspecto del valor, es decir, de su utilidad, deberá admitir que el valor del Concilio es grande, al menos por esto:

que todo se ha dirigido a la utilidad humana; por tanto, que no se llame nunca inútil una religión como la católica, la cual, en su forma más consciente y más eficaz, como es el conciliar, se declara toda en favor y en servicio del hombre” (diciembre de 1965).

El concilio en América Latina

Además de “espiritual” y “servidora”, la Iglesia del Concilio ha querido ser “católica”. Desde el Vaticano II en adelante asistimos a un episodio extraordinario en la historia del cristianismo. La Iglesia de Juan XXIII y Pablo VI no sólo ha buscado integrar otros modos de ser Iglesia de Cristo, sino que ha auspiciado decididamente su surgimiento, como si no temiera que la diversidad reventara la unidad. Desde entonces y en todas partes, se habla de la Iglesia latinoamericana, la Iglesia europea, la Iglesia africana, la Iglesia asiática, etc. Y el estímulo a la colaboración en Conferencias Episcopales ha llevado incluso a hablar de Iglesia chilena, brasileña, mexicana. En otras palabras y aunque las tensiones de los últimos años parezcan desmentir esta tendencia, el Concilio legitimó la posibilidad de expresar la fe y vivir la eclesialidad en distintas culturas, y no sólo al modo europeo y romano. Los padres conciliares tuvieron la teología suficiente para advertir que la unidad se juega a un nivel más profundo, que la comunión es posible en diversos grados y que si la Iglesia no es “universal” arriesga convertir la institución en secta y la revelación cristiana en cifra esotérica.

Salvo raras excepciones, el Concilio en América Latina fue muy bien recibido. Hasta ahora ha sido fuente de inspiración y de cambios eclesiales y pastora-

les extraordinarios. A poco de su conclusión, la Conferencia episcopal de Medellín asumió el desafío de aplicar el Concilio en el Continente. Por la misma senda abierta por el Vaticano II, la Iglesia latinoamericana quiso auscultar los signos de los tiempos en el territorio americano. También en América Latina la Iglesia se ha pensado a sí misma en su contexto preciso. Bajo el impulso del Concilio se han desarrollado múltiples esfuerzos teológicos por reflexionar sobre el Continente, sobre su historia y sobre la tarea que los cristianos tienen en él.

En las Conferencias Episcopales siguientes de Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), aparte de los conflictos de distintos sectores eclesiales por llevar las aguas al propio molino, predomina la misma intuición de fondo: una nueva evangelización de América Latina supone una latinoamericanización de su Iglesia. Si al abrirse a los acontecimientos de los años sesenta Medellín exigió verificar la salvación eterna como liberación de los pobres; si al profundizarse el contacto de la Iglesia con los pobres Puebla proclamó una “opción preferencial” por ellos; en Santo Domingo la Iglesia latinoamericana, cada vez más consciente de la diversidad, originalidad y riqueza de la humanidad del Continente, exige una inculturación del Evangelio, una adecuación y no una imposición del Evangelio a las diversas culturas.

La Teología de la Liberación ha estado a la base de la transformación de la Iglesia latinoamericana, habiéndose nutrido a la vez de ella. Por cierto, la relación de los teólogos latinoamericanos con los pastores, en especial con Roma, ha sido tensa y difícil. Pero, así como no cabe imputar desviaciones mayores a la fe a un movimiento

de vida y reflexión cristiana que, impulsado por un Concilio Ecuménico, avanza entre pruebas y errores, tampoco puede negarse que Juan Pablo II en persona ha sido también un gran promotor de este cristianismo latinoamericano.

En fin, del Vaticano II no es posible echar pie atrás sin dar la espalda a los graves desafíos actuales a la fe que lo justificaron y sin renunciar a la extraordinaria renovación eclesial que ha generado entre nosotros y tantas otras partes.

VIERNES SANTO: MEDITACIÓN SOBRE EL FRACASO

¿Sirve de algo el fracaso de Jesús? Y nuestro fracaso ¿de qué sirve?

El fracaso es una realidad histórica omnipresente, que acompaña como su sombra a toda empresa y vida humana, sea como acción que no alcanza su objetivo sea como pasión impuesta e inmerecida. Aún las mejores realizaciones adolecen de alguna tara. Sería una ingratitud no reconocer los logros económicos del Chile de 1995 y, sin embargo, aunque parezca una falta de cortesía mencionarlo, fracasamos en al menos un aspecto importante: el ingreso nacional aumentó, mientras la distribución empeoró. Conclusión: la desigualdad crece. Pero al chileno militante no le gustan las críticas. ¿Adónde vamos, qué estamos sacrificando, a quiénes estamos sacrificando? Estas preguntas no se pueden honestamente eludir. El triunfalismo inmedatista yerra cuando pretende solucionar los problemas ignorándolos.

Estas líneas no pretenden desalentar a nadie.

Tampoco se refieren directamente a la realidad chilena. Su intención, más bien, es meditar la posibilidad de una esperanza adulta, fundada en el misterio del fracaso de Jesucristo. Que el fracaso sea una realidad inútil, que el dolor parezca irracional, son verdades que no necesitan demostración. El desafío es sacar un bien del mal, sin justificar el mal.

Nuestro fracaso

No es necesario tener fe para darse cuenta de que las caídas, a veces, enseñan. La pura sabiduría humana indica que, para que el fracaso sea útil, hay que dejar que nos duela y llamarlo por su nombre. Sin reconocerlo, si no le dejamos cuestionar nuestro logrado orden de vida, no vamos a parte alguna.

Admitir que no somos tan buenos, que inspiramos temor a los zorzales, que necesariamente alguien soporta nuestros planes, nuestra caridad, es sano y hace bien. Ojalá algunos maridos reconocieran que, en realidad, sus señoras no están tan contentas como ellos avisan. ¿No convendría que la mujer de fin de siglo dejara de ostentar energía y organización, y confesara que, entre el trabajo, el esposo, los niños y el tráfico, su casa es un cochambre? ¿No damos pena los clérigos que siempre tenemos la razón? Los jóvenes saben estas cosas y no atinan a quién creer.

Además de aceptar la propia derrota, es imperativo advertir la desgracia en el prójimo. ¡Qué lamentable es no reparar en las penas de los demás! Causarlas y no verlas, puede ser riesgoso, explosivo. Es un error que el barrio alto de Santiago impermeabilice sus contactos con el resto de la población, marcando odiosas diferencias sociales. ¿Cómo pueden las limosnas al Hogar de

Cristo integrar a la sociedad a los mismos pobres que se marginan con el desprecio? ¡Qué bien hizo a Chile caer en la cuenta de que la transición a la democracia no había concluido! Quizás ahora podrá terminar: sin tapar los problemas, con la razón, pero no a la fuerza.

En cualquiera de los casos, nada puede haber más saludable que amarse a sí mismo, a pesar de sí mismo. No se trata de claudicar ante los defectos. Mientras el falso idealismo urge la supresión de los errores de raíz y antes de tiempo, el idealismo auténtico es paciente: espera el triunfo del amor, avanza con las imperfecciones, pero sin cambiarles el nombre. Jesús abrió este camino. A lo largo de su historia entre nosotros el Hijo de Dios se expuso a nuestro fracaso, lo apropió para sí y lo padeció hasta el fondo, con el fin de librarnos del temor a equivocarnos y animarnos a devolver bien por mal.

El fracaso de Jesús

El fracaso de Jesús no fue inútil, pero no es fácil ni creerlo ni explicarlo. Aun así, no faltan las explicaciones fáciles que disuelven su dolor en su resurrección, minimizando sus padecimientos, trivializando su atroz sensación de haber sido abandonado por su Padre. El Jesús de la gloria, por cierto, lleva para siempre las marcas de los clavos.

¿Cómo fue ese fracaso? Su proyecto, el gobierno de la bondad de Dios anunciado a los pobres y a los marginados como pecadores, exasperó el sistema religioso y político de su época. A Jesús lo asesinaron los que, en ese y todo tiempo, mistifican y administran los sacrificios humanos en nombre de Dios, de la defensa o del desarrollo de la patria. “Es preferible que muera uno solo, dijo Caifás, a que perezca toda la nación”. Pero a

Jesús no le quitaron la vida simplemente, él la dio, él hizo suya la suerte de todos los hombres y mujeres obligados a padecer los proyectos ajenos, pues así, sin imponer su propio proyecto, sacrificando su vida a la llegada del Reino de Dios en vez de sacrificar a otros para su consecución, lo haría prevalecer. Hay que deslindar tres responsabilidades que concurren como causas de la cruz, porque no son causas en el mismo sentido: la entrega de Jesús por los hombres representa la crueldad del pecado; la entrega voluntaria de Jesús representa todo lo contrario, el ánimo de perdón de amigos y enemigos; la entrega que el Padre hace de su Hijo representa el amor de Dios más allá de toda representación racional. Resucitando de la muerte a Jesús, el Dios de las víctimas, de los pobres y de los pecadores ejerció una vez más su conocida clemencia y pudo probar que, en su caso, la entrega de Jesús no fue indolencia ni traición. Fue donación de lo que más quería, su Hijo, y su dolor más grande.

La mirada de la fe profundiza la intuición del sentido común y de la sabiduría popular. Si la sabiduría popular da recetas razonables contra el sufrimiento, como, por ejemplo: "quien canta su mal espanta, quien llora su mal empeora", la fe apuesta a lo imposible, no promete conformidades. La fe se atreve a mirar cara a cara al mal, para desafiar abiertamente su actividad aniquiladora. La esperanza cristiana consiste en creer que el amor triunfará sobre todos los fracasos y desgracias. Si el decir popular reza "el dolor es pa' que duela", la fe jamás justifica el sufrimiento, sino que da fuerzas para luchar contra él, venciendo la comprensible tentación de maldecir.

La fe cristiana invita a ver en el hombre del Gólgota a Dios quebrantado y a compadecerse de Él. No de modo masoquista. Sin mistificar su sufrimiento ni tampoco el propio o el ajeno, pues así le reconoceríamos una

eternidad y un señorío que no merece, para colmo e incremento del mal común. La participación en el dolor de Dios es la condición ineludible para gozar de su consuelo y exaltación. ¿Por qué? Algún día lo comprenderemos bien. Dios es así. Sólo participando del amor extremo de Jesús que apropió la crueldad al límite de sus fuerzas, nuestra vida vencerá la superficialidad inveterada que la acecha. No sabemos por qué son así las cosas, pero si no entendemos que a la hora del fracaso Dios está de nuestra parte, y inunca en contra nuestra!, ese otro "dios" pueril, como un tío rico, continuará pervirtiéndonos con favores y gauchadas. En este "dios", temperamental e indolente o del "dios" de los premios y castigos, más vale no creer.

En otras palabras, si para el fracaso y su dolor no hay justificación que valga, por la fe podemos empero invertir su negatividad en bien y alabanza. La contemplación del crucificado debiera activar en nosotros el deseo de su Padre de liberarlo de la cruz, a Él y a todos los crucificados de la historia. Dejar en la cruz a los millones de seres humanos que en nuestro mundo languidescen y expiran, sin embargo, horrorizarse del Jesús ajusticiado y no de los "detenidos-desaparecidos", constituye una incoherencia muy profunda. Al contrario, el amor a la justicia, la justicia lograda e incluso sus meros esfuerzos por alcanzarla, son siempre un motivo de celebración.

Pero esto es poco y de nada sirve si, en definitiva, no reconocemos que toda acción solidaria que inscribamos en este pobre mundo extrae su virtud de la pasión del Salvador. Y el Salvador es Jesús, no nosotros. Si Jesús fuera menos hombre por ser tan divino, si Él no fuera codo a codo uno con nosotros, su salvación sería

como esas limosnas que hunden al pobre en su marginación, en vez de acompañar su esfuerzo por levantarse. Pero sólo porque Jesús es uno con Dios, toda su pasión para que alcancemos la felicidad y, gracias a ella nuestro propio padecer, no es un dolor inútil, sino la condición para combatir con esperanza la tentación de institucionalizar el fracaso y la muerte.

JESÚS: PALABRA DE HOMBRE, PALABRA DE DIOS

Cuando niño oí decir y yo mismo dije: “Palabra de hombre”. Recuerdo que era de mal gusto prometer: “Te juro por Dios”, estaba prohibido. Bastaba estirar la mano y decir: “Palabra de hombre”. Hace años que no escucho estas declaraciones de veracidad, de fidelidad. ¿Cosa de niños? ¿Dejaron de usarse? ¿Eran innecesarias?

Me propongo rescatar el fondo humano y divino de estas fórmulas. Lo hago a sabiendas que esta nueva época, época de lealtades a medias y mentiras razonables, necesita más verdad y fidelidad que nunca. No tengo mejor modo de hacerlo que, gracias a Jesucristo, la Palabra de Dios.

“Te juro por Dios”, decíamos y nos sumía la culpa. Pero ¿en qué estaba el delito? ¿Hay algo más hermoso que refrendar las propias palabras con la autoridad divina? ¿No consiste en esto, más o menos, el sacramento del matrimonio?

La prohibición de jurar en nombre de Dios es antigua, remonta a la Biblia. En términos modernos diríamos que no es digno de un hombre endilgar a Dios la vida sin más. Tanto el escritor sagrado como el filósofo

moderno saben, es más icreen!, que la historia no está cerrada, cifrada en los astros, inteligible sólo a los adivinos, sino abierta. El cristiano occidental o el occidental a secas se sabe libre y, en consecuencia, responsable de una historia que nada más a él toca configurar conforme a su necesidad infinita de verdad, de bien y de belleza. Nadie puede cruzarse de brazos hasta que otro haga por él lo que sin él ocurriría como una imposición externa e infantilizante. No se puede tampoco vivir “echando la culpa al empedrado”. La queja crónica deshumaniza. Sólo los desesperados, tal vez, pueden invocar a Dios para que los exima de la vida.

¿Para qué entonces “jurar por Dios” si es posible “jurar por sí mismo”? Jesús enseña: “Di sí, si es sí. Di no, si es no. Lo demás viene del Maligno” (Mt 5, 37). Refugiarse en el Todopoderoso, renunciar a la verdad inherente a todo ser humano que sigue su conciencia y carga con ella, es cobardía y pecado. ¡Más vale ser ateos que invocar a Dios en vano! Porque si el ateo no tiene más que su palabra, el cristiano que manipula el nombre de Dios se invalida a sí mismo y priva a su prójimo del don divino más alto, el de la verdad pura y simple en toda la desnudez de su humanidad.

Más vale decir: “Palabra de hombre”, y basta. Quizás la fórmula cae en desuso por no ofender a las mujeres. Quizás. Como sea, no creo que las mujeres merezcan menos fe que los hombres. Dejadas de lado las complicaciones del lenguaje, la cuestión de fondo es la que importa. Empeñar la propia palabra, ya para afirmar lo verdadero, ya para comprometerse con los demás, constituye un valor supremo. ¿Quién podría sostener que todos los progresos de la ciencia, desde la aspirina a la electricidad, desde la informática a la regulación de la

economía, etc., o que la más bella de las obras de Leonardo, valen más que el decir de la esposa: “Te recibo a ti como esposo y prometo serte fiel, en lo favorable o en lo adverso, y, así, amarte y respetarte todos los días de mi vida”? Desde que ha habido un hombre o una mujer que ha comprometido su libertad de un modo parecido, la humanidad ha dado muchos pasos adelante, pero ninguno equivalente a éste.

Sin embargo, la palabra humana es frágil. Decimos “palabra de hombre”, pero ¿quién es el hombre? Somos una triste mezcla de finitud e infinitud. Aspiramos a todo, incapaces de todo. ¿Compromisos de por vida? La tortura pudo quebrar las fidelidades más acendradas. La cesantía y el hambre han deshecho millones de familias. El mero egoísmo personal, la ambición de fama y poder, han convertido los juramentos más solemnes en mecanismos precisos de traición. Dejemos de lado el caso del apagarse de una falsa vocación, porque nadie está obligado a ser fiel a una voz imaginaria. El asunto es que el hombre por mucho que valga vale poco. Agobiado en su precariedad, el hombre abdica de la eternidad.

Pero ¿no es factible invocar la eternidad? ¿Es del todo imposible conjugar la eternidad en la historia humana? Imposible para el hombre, sí. No para Dios. Para Dios no es imposible sostener a un hombre hasta el final. En Jesús la palabra de Dios se hizo palabra de hombre y en la palabra de un hombre descubrimos la palabra de Dios. Y supimos que la palabra de Dios es prueba y promesa de fidelidad incondicional.

Se dirá que la comparación no tiene gracia, que el ejemplo no viene al caso. Que Jesús, por ser Dios, no tuvo dificultades para cumplir su misión hasta el final. Un Jesús más divino que humano, habiéndolo sabido y

podido todo desde el pesebre en adelante, habría practicado su fidelidad aparentando ignorancia y simulando sufrimiento. Y ante la evidencia de su resurrección próxima, habría enfrentado la muerte como un trámite.

La verdad de Cristo es muy diversa. Jesús fue tan hombre como Dios. Más precisamente, fue Dios a modo de verdadero hombre. Sólo en el empeño de su palabra humana, dada con nuestras mismas limitaciones de conocimiento y voluntad (excepto la torpeza que añade a nosotros la concupiscencia), ha sido para nosotros posible inferir en Él la palabra divina. Al Verbo divino lo descubrimos en el hablar y actuar de Jesús, como el factor próximo de su veracidad.

Si atendemos a la historia de Jesús, observamos que el Espíritu y sólo el Espíritu reveló a Cristo la misión que su Padre le daba y que el mismo Espíritu le inspiró la creatividad y fuerza para cumplirla. Jesús, como nosotros, tuvo que discernir la verdad de Dios y cargar con ella. Pero, a diferencia de nosotros, arraigado en la fe y en el amor de su Padre, Jesús se mantuvo fiel en la tentación, soportó la deslealtad y la traición de los amigos, y murió acusado de charlatán y blasfemo. ¡Qué paradoja de la historia! Que un hombre veraz como ninguno haya sido condenado por impostor y embacaudor de su pueblo. Pero así, respaldando su palabra con su cuerpo, con su pura hombría, aseguró Jesús la credibilidad de Dios y abrió el camino a la credibilidad en el hombre.

En Jesús se ha hecho patente esta otra paradoja extraordinaria: Dios cree en el hombre. Cree en este ser asustadizo, inverosímil, infiel. La fe sólo en segundo lugar consiste en creer en Dios. En primer lugar, la fe es actividad divina. Dios cree en el hombre y con su pro-

mesa de fidelidad sustenta la libertad humana, las promesas humanas y las humanas muestras de la lealtad. La fe de Dios hace de un hombre cualquiera un “hijo”. Distinto del “empleado”, el “hijo” vive consciente de valer tanto como su padre y, feliz de sí, confiado, se expone a la vida y lucha por ella sin engaño. Las obras humanas, incluso la mera fe humana, por sí mismas, son inútiles, tambalean y fracasan. La fe humana atina con Dios cuando, gestada por el Espíritu que nos hace “hijos en el Hijo”, consiste en creer que somos dignos de fe entre nosotros mismos porque Dios nos ama, sostiene nuestros pasos y nos recoge de nuestras caídas.

Desde Jesús en adelante ha quedado claro que Dios comparte su protagonismo con la humanidad. Con nosotros los cristianos, que lo sabemos explícitamente, pero también con los que no lo son. Pues si la fidelidad divina fue visible a los cristianos en la rehabilitación de un hombre crucificado, esta misma fidelidad se ha hecho extensiva al resto de la humanidad sin exclusión, y la verifica el Espíritu donde se da el hombre y la mujer auténticos. Toda persona humana es capaz de la verdad.

Recojo el caso del padre de Jung Chang, autora de *Cisnes Salvajes*. Cuando en la China de Mao arreciaba la delación, la traición y los falsos testimonios, una alta funcionaria del régimen acusó al padre de Chang de dudar de las palabras del líder: “Cada palabra del presidente Mao es como diez mil palabras y representa la verdad universal y absoluta”. Aquel replicó: “Que cada palabra signifique una palabra constituye de por sí la proeza suprema de un hombre. No es humanamente posible que una palabra equivalga a diez mil”.

¿Tiene sentido decir “palabra de hombre”? Sí. ¿Jurar por Dios? También, depende cómo se haga. ¿Prometer los jóvenes con voto “pobreza, castidad y obediencia

perpetuas”, para dedicarse por completo a la voluntad de Dios? Muchísimo. ¿Prometer lealtad a los superiores jerárquicos, al presidente de la República, a la Constitución y las leyes? ¡Por supuesto! Nada tiene más sentido que la lealtad de los mártires, muertos como Jesús por confesar la trascendencia de su razón para vivir.

UN FUTURO PARA EL CRISTIANISMO

Se presente. La humanidad entra a una nueva era. ¿Será una era cristiana? Dos mil años de cristianismo son sin duda una razón de celebración, aunque no exenta de graves objeciones. Amén de superar las ambigüedades del pasado, el cristianismo del tercer milenio deberá enfrentar nuevos desafíos. ¿Tendrá la fe en Cristo un lugar relevante en el futuro de la humanidad?

Los que se han asomado a Internet pueden intuir que las posibilidades ofrecidas son fabulosas. Si sumamos los cambios de la cibernética a los que traerá el Genoma humano, ¿cuán diferentes llegaremos a ser? Del Genoma humano se espera el remedio de enfermedades penosísimas. Pero ¿cabe la posibilidad de alterar lo que los filósofos llaman la “esencia” o “naturaleza” del hombre? De la conversión de los conocimientos físicos en tecnología, dicen, se esperan transformaciones tan espectaculares como las anteriores. Nunca, sin embargo, hay que ser ingenuos: los que impulsan los nuevos inventos son los mismos que concentran el poder y la riqueza en todo el mundo. La exclusión de las mayorías aumenta de modo escalofriante: mientras el quinto de la población mundial más rico dispone del 80% de los recursos, el quinto

más pobre no junta más que el 0,5%. Renovados discursos sobre la libertad esconden y reciclan la esclavitud bajo nuevas figuras.

También en el plano del espíritu hay novedades. La New Age como un movimiento o una inquietud espiritual de masas, aunque se apropie el nombre, es sólo otro aspecto de la nueva era. Occidente expande el triunfo no despreciable de la libertad de conciencia y del pluralismo religioso. La globalización, entre otras cosas, consiste en una influencia mundial y recíproca de una infinidad de creencias distintas. Abunda la literatura esotérica, proliferan los grupos religiosos y las jerarquías eclesiales pierden control sobre sus fieles. Asistimos al libre mercado de la salvación. Cada uno elige lo que le sirve y deja lo que le estorba: los hedonistas optan por medios cómodos, los masoquistas por los cilicios o la ley sin interpretación. Si alguna importancia tendrá la religiosidad en la nueva era, no es claro que la tenga como un paso adelante.

No es obvio que la humanidad progrese por el mero paso de los años. Tampoco es cuestión de perfeccionar los medios, la ciencia y la tecnología, si no se acierta en los fines. En el siglo pasado hubo regresiones atroces. Got mit uns, Dios con nosotros, se leía en las hebillas de los cinturones de los soldados nazis. Tampoco es cierto que todo tiempo pasado haya sido mejor. El Papa ha pedido perdón por la Inquisición. No porque en la actualidad haya ebullición mística la invocación de Dios es, de hecho, benéfica. A Dios se lo ha usado para todo. A futuro, más que nunca nos veremos obligados a distinguir por nosotros mismos lo que viene de Dios y nos mejora, del kitsch religioso, la infantilización piadosa de la conciencia, el servicio personal a los caprichos de un gurú y tantas otras baratijas que ofrecen divinidad

para tomar y llevar.

En estos tiempos nuevos, ante los nuevos sucesos de humanización y de divinización, ¿es Jesucristo todavía, entre tanta pista falsa, una pista segura para elegir correctamente? ¿Habrá tercer milenio? Si Cristo no sirve para elegir el bien, para aguantar el dolor lo más posible, para alcanzar el perdón, para encarar la muerte con dignidad y esperar un mundo reconciliado y mejor, no será Salvador de nadie ni merecerá reconocimiento auténtico alguno. En cualquier caso y en este particular, la pregunta, se ve, depende ya de la respuesta. No todos entienden lo mismo por “salvación”. “Para la libertad nos libertó Cristo”, dice San Pablo. De muchos modos se ha llamado a la salvación cristiana: redención, iluminación, justificación, reconciliación, etc. Llamarla libertad o liberación tiene antigua tradición teológica y facilita su inteligibilidad en el presente. Hoy, como antaño, entre las ofertas de salvación trascendentes unas oxigenan la vida terrena y otras la asfixian. La pregunta por la vigencia de Jesucristo proviene de la convicción de que sí, de que hay un tipo de salvación tan buena, la libertad cristiana, que se la puede compartir a lo largo de los siglos. El asunto es cómo. ¿Cómo Jesucristo es concepto de libertad y no de opresión? Segundo, ¿cómo es posible verificar la libertad de Cristo en una época cada vez más liberal y cada vez menos solidaria?

Noción de Cristo

El cómo tiene dos pasos. Un paso depende de la noción que tengamos de Cristo. Si con Dios los hombres suelen avalar cualquier cosa, con Cristo lo mismo. El futuro del cristianismo depende de una idea correcta de Cristo. Y, en un segundo paso, pero tan fundamental como éste, el

futuro del cristianismo depende de la identificación de los cristianos con la persona de Jesús y de su fidelidad a su misión trascendente.

La noción de Cristo proviene de dos datos principales que, más allá del lenguaje arcaico en que se expresan, persiguen el modo en que un hombre puede llegar a ser él mismo en plenitud. Son datos revelados, esto es, axiomas de la fe irreductibles a experimentos positivistas, parecidos a las convicciones sobre el origen y sobre el fin conscientes o inconscientes que orientan a cualquier mortal en su vida. Estos son, uno la Encarnación del Hijo de Dios y otro, el Misterio Pascual.

De acuerdo con el dogma de la Encarnación, la fe cristiana sostiene que en Cristo el Absoluto se identificó en un hombre, que nunca Dios se dio tan por entero como en Jesús. Este dogma de la fe debiera corregir el modo de pensar de los que opinan que entre Dios y la humanidad hay una oposición de principio, sea aquellos que optan por la humanidad porque no logran ver la compatibilidad, sea los que profesan que para acceder a Dios hay que dejar de ser hombres, evadirse, evaporarse, reencarnarse en otros seres, todo lo cual suele traducirse en sometimiento al tirano de turno o a los designios paralizantes del Zodiaco. Que Jesús sea el Hijo de Dios quiere decir que Dios no compite contra nosotros sino con nosotros, que Jesús es Dios de parte nuestra. Pero como uno de los nuestros, igual a nosotros, sin trampas. No como un “superman” al que la policía puede encargarle tareas imposibles al común de los mortales. Las Escrituras Sagradas enseñan que el omnipotente se hizo impotente, que el omnisciente llegó a ignorar incluso el día del juicio final; aun cuando haya textos de la misma Escritura que, por destacar la sublimidad de Jesús, nos juegan malas pasadas, como por ejemplo, “la tempestad

calmada”. Jesús cumplió su misión sin magia, como nosotros, con fatiga e incertidumbre del futuro. Los grandes concilios dogmáticos de la antigüedad vetaron la idea griega de que Dios fuera incommovible ante el sufrimiento por una parte y, por otra, prohibieron creer que Jesús hubiese sido dotado de poderes extra-humanos, en virtud de los cuales en cualquier momento de su vida terrena hubiera podido actuar de acuerdo a su divinidad “bypaseando” a su limitada humanidad. La diferencia de Jesús con nosotros no fue percibida en su exceso de divinidad, sino de humanidad: consistió en la libertad radical del hombre que, sabiéndose el Hijo amado incondicionalmente por Dios, entregó la vida para combatir el mal sin negociar con el mal. La diferencia estuvo en la libertad de Jesús, en su autenticidad, autoridad diría el Nuevo Testamento.

La noción de Cristo se perfecciona en el Misterio Pascual. En el hecho de su cruz y de su resurrección de la muerte, la Iglesia antigua descubrió que Jesús había sido igual a nosotros en todo, pero no en el pecado. Si la Encarnación destaca la semejanza de Dios con nosotros, el Misterio Pascual marca la desemejanza. Si en la cruz la inhumanidad de los hombres revela la crueldad al máximo, es porque en ella Jesús se muestra todavía más humano que nosotros. En Cristo Dios no se identifica con la humanidad sin más, sino con las víctimas. Es a los que lloran, los hambrientos, los jornaleros, las mujeres, los extranjeros, los paralíticos, los ciegos, los locos, los endemoniados, los inútiles y los marginados, que Jesús trae la alegría liberadora del Reino. El dolor de Jesús es el dolor de los pobres. Su lugar, el de los pobres. Su vergüenza, la de los pobres. Jesús toma parte del *mysterium iniquitatis* no como causa, sino como víctima

inocente, solidaria con la inmensa mayoría de las víctimas del abuso de la libertad. Con el resto de la humanidad Jesús se identifica en cuanto pecadora: la culpa de los opresores es la culpa de Jesús. En la cruz el inocente parece culpable. A Jesús lo tratan como parece normal tratar a un culpable, destruyéndolo. Pero Jesús no hace pasar a otros la maldición que padece, no busca venganza: exculpa, sufre y bendice. Lo que nadie vio, lo que sólo después se aclaró, es que la cruz era el sentido de la libertad: nadie es más libre que el que perdona a sus enemigos y también por ellos da la vida. “En la luz asumí su oscuridad y mi batalla fue por sus dolores”, dice Neruda de su hermano, “del hombre que me amó sin encontrar otro modo de hablarme sino herirme”. Si este poema no lo inspiró la fe cristiana, ilumina en buena medida lo más grande y lo más difícil de explicar de todo el cristianismo.

Que Dios no compite contra la humanidad sino con la humanidad, es lo que captaron los testigos de la resurrección de Jesús. Los primeros discípulos no pudieron expresar más que con ingenio poético la experiencia de una certeza inequívoca: Dios no abandona a las víctimas. La Pascua fue para ellos el quicio de la libertad de Cristo: la culminación de la libertad de Jesús en la cruz y el comienzo de su propia liberación de toda forma de esclavitud. Se hicieron valientes, desafiaron a la religiosidad del temor, entendieron algo de veras novedoso: que Dios no necesita que le hagan sacrificios humanos para amar y perdonar, sino que El mismo se expone al mal, lo cataliza y lo padece hasta el extremo, para impedir que los hombres otra vez se aseguren la existencia traicionándose y vengándose unos de otros. Inaugurada la esperanza de un mundo radicalmente alternativo y

confiable, la Iglesia naciente, desafiada en su imaginación, se supo convocada a inaugurar una nueva era, más divina: más humana.

La resurrección cierra el ciclo del Redentor con la salvación de la creación. La noción de Cristo es todavía más amplia. En un lenguaje metafórico que a nuestra mentalidad empirista le cuesta entender, los antiguos identificaron a Cristo con el Logos mediante el cual Dios creó el mundo. Lo que aquí importa retener es que el Salvador es el Creador. La resurrección del hombre Jesús representa la recuperación y el máximo despliegue cosmológico. Si el primer hombre, Adán, fue al menos cómplice en el origen del mal que hizo fracasar el paraíso, la meta de la libertad, Cristo resucitado, el hombre nuevo goza con todas las cosas y lucha porque algún día la humanidad entera comparta su alegría.

Experiencia de libertad

Supuesta una noción de Cristo suficientemente ortodoxa y adecuada a los tiempos precisos, el cristianismo se juega en una identificación personal con Jesús y en la asimilación práctica de su causa. Más que una noción de Dios la fe cristiana es una versión de Dios. Quién es Beethoven sin un pianista que lo interprete... ¿Y puede haber algo más opuesto a la interpretación que la copia, la reproducción literal? El futuro del cristianismo pende de la interpretación que los cristianos hagan de Cristo. ¿Serán estos capaces de abrirse a la nueva era, de encarnarse en ella, de correr con ella el riesgo del fracaso que la amenaza? ¿Podrán verter a Cristo en un arte nuevo, en una nueva moral, en una esperanza alternativa de mundo? No es aventurado pensar que, si el cristianismo agota su creatividad, si opta por la falsa seguridad de la

copia tradicionalista, por la condena a priori de cualquier novedad, si renuncia al Espíritu, no servirá más que como texto de estudio de arqueólogos o, en el mejor de los casos, ofrecerá sus templos de museo. La creatividad, como el Espíritu, es inherente al cristianismo. Sin el Espíritu, Jesús no habría inventado el camino de regreso a su Padre entre la Encarnación y la Pascua, pero tampoco habría sido posible la libertad que proviene de Él para que el cristiano, alter Christus, haga su propia historia. La pertinencia de la fe cristiana depende de la teoría, pero en última instancia proviene del Espíritu que inspira en el cristiano, con originalidad, la praxis de Jesús. La fe en la Encarnación, en los tiempos nuevos, pide a los cristianos protagonismo.

Pero no hay “seguimiento de Cristo” sin Misterio Pascual: hacer el bien es el anverso de la lucha contra el mal. El futuro del cristianismo como cristianismo -no como persistencia política o decorativa-, exigirá que los cristianos anticipen el fin de los tiempos, participando en la lucha de Cristo por arrebatar la historia al hedonismo, al consumismo, a los ídolos del sexo sin compromiso, de la violencia y el poder, con las armas del amor limpio, fraterno, inerme y agónico. Habrá que contar que con el término “libertad” se designan conceptos diversos e incluso contrarios; que el antiguo Leviatán hace gala en la nueva era de liberalismo económico, político y moral; que la nueva bestia, el Anticristo no invoca la libertad como solidaridad sino como individualismo y capricho de los que quieren hacer lo que se les dé la gana, y lo pueden, expropiando al resto sus posibilidades. El liberalismo es la ideología del antojo, la carta magna del abuso del poder. ¿Podrán los cristianos doblegar a un enemigo así de poderoso y tan seductor que a ellos mismos engatusa y promete facilidades? ¿Podrán zafarse de

su fascinación por el dios Dinero para optar de una vez por todas por el Dios de los pobres?

La historia parece perdida. Los poderosos son cada vez más ricos. La multiplicación de las espiritualidades no es garantía de nada. En varios casos es otro buen negocio. A los cristianos toca elegir la diferencia, mejor dicho, inventarla. Lo harán si atinan con su misión y su identidad. La misión es la liberación, la identidad es la libertad. A la identidad se llega por la misión y a la misión por la identidad: la libertad de los hijos de Dios, como fraternidad y no como individualismo, es condición y meta. En camino tras la liberación de la humanidad del dolor y de la culpa que culmina en la cruz, Jesús se supo el Hijo amado y uno con su Padre desde siempre. Pero de aquí extrajo el amor, la confianza, la valentía, el juego, la poesía, en una palabra, la libertad que le llevaron a interesarse desinteresadamente por un prójimo tan personal como universal. Sobre esta pista los cristianos descubrirán que la libertad se reconoce en la gratuidad. La pista es experimentar a Dios como un Padre que, entre la Encarnación y la Pascua, se percibe como puro amor gratuito, como pura autoridad y pura autorización, para que sus hijos se responsabilicen de un mundo que, habiendo sido creado para ser compartido, es tristemente disputado.

La diferencia cristiana

En suma, está por verse que la nueva era vaya a ser tan nueva. La esperanza inquebrantable que guía la praxis cristiana hasta más allá de la historia no excluye que más acá la historia termine mal. Los verdaderos problemas de la humanidad no han sido resueltos. Si hasta ahora los cristianos no han puesto la diferencia, tendrán

que hacerlo en el futuro. Así, en la medida que se vea la diferencia, quedará claro que no cualquier religión “salva” y que el nihilismo no es inocuo. Pero el espíritu sectario da mordiscos feroces a los cristianos. No por nada la modernidad ha pretendido liberar a los hombres de mitos, supersticiones, charlatanerías, de la Iglesia, y de Dios. A los cristianos corresponde verificar a Dios como una nueva humanidad, interpretando la divinidad de Jesús como el hombre que ama la vida, la propia y la ajena, apasionadamente. A ellos toca probar que la cruz de Cristo no ha sido una “pasión inútil”. Esta es la diferencia.

La diferencia es la libertad. Pero no el fetiche de la libertad, el liberalismo. Pues la libertad no se reduce a la posibilidad psíquica de elegir entre alternativas como ocurre en el mercado. Tampoco se agota en el cumplimiento de normas abstractas. Tratándose de una decisión entre alternativas, consistiendo en una decisión ética, la libertad antes que nada es el poder de autodeterminarse por completo, no tanto “elegir” sino “elegirse” y “aceptar ser elegido” para compartir y gozar el mundo en común, en vez de aprovecharse con egoísmo de él. De la libertad cristiana se espera la creación de relaciones humanas fraternas, inspiradas en el banquete que ha puesto Cristo como destino final de la creación y que la Eucaristía anticipa en esta historia con la celebración del perdón y la fracción de un pan que debiera alcanzar para todos y sobrar.

A los cristianos toca poner la diferencia, pero no sólo a ellos. ¿Cómo han de dialogar y cooperar los cristianos con los otros amantes de la libertad auténtica, religiosos o agnósticos, tan incoherentes como ellos mismos o más? Esta colaboración es tan importante que, de no ser posible, el cristianismo quedará pendiente en

su aspiración de amor universal, quizás, por otro milenio.

UN CARDENAL Y UNA IGLESIA MISIONEROS

Celebramos un año de la muerte del Cardenal Raúl Silva Henríquez. Saquemos aún consecuencias de la vida de este misionero extraordinario. Quiero resaltar este aspecto entre muchos otros posibles, porque la vocación de la Iglesia es misionera.

El asunto es qué se entiende por “misionera”. Mueve a engaño pensar que lo sea la mera expansión sociológica de la Iglesia, su incremento del número de bautizados o el aumento de capillas. Las estadísticas no registrarán jamás el crecimiento del Reino, y la misión de la Iglesia es el Reino. El Cardenal ha sido misionero del único modo como la Iglesia tiene que serlo: llevando a Cristo a “los otros” y no a “los mismos”.

El Cardenal de “los otros”

Raúl Silva Henríquez llegó a “los otros”. Llegó a los pobres como pocas veces lo hacen los príncipes de la Iglesia. ¿A qué obispo las masas le han gritado “amigo, el pueblo está contigo”? Este sacerdote tan singular -aunque sea posible discutir la inclinación política del gestor- inició la reforma agraria con las tierras de la Iglesia. Inmediatamente después de “el golpe” -aún cuando haya podido reconocer la legitimidad de origen del gobierno militar-, clamó porque se respetaran las conquistas sociales de los trabajadores. Caritas, las aldeas SOS, el sueño de un banco que financiara viviendas a los más

necesitados son botones de muestra de una lucha de toda una vida en favor de los más pobres del país, los preferidos de Dios. Por esto me conmovió que el día de su muerte un suplementero me dijera: “Este Cardenal era de los nuestros”. Imagino que también a alguien más ha podido emocionar que los choferes de microbuses, como tradicionalmente despiden a sus muertos, hayan rayado en las ventanas traseras de sus vehículos el epitafio: “Adiós al Cardenal de los pobres”.

Llegó a los “no creyentes” y a la izquierda. Ellos como nadie, los años siguientes al 11 de septiembre, descubrieron en el Cardenal un aspecto típico de Cristo: cuando vivían y sobrevivían en el más completo desamparo, expuestos a una crueldad brutal, hubo alguien que no les preguntó quiénes eran, de qué partido y qué pretendían, sino que los acogió, protegió y asistió en su legítimo derecho a una defensa civilizada. Con valentía fuera de lo común, Silva Henríquez no se refugió en la sacristía cuando en plena liturgia resonaba el grito “justicia, justicia, queremos justicia”, sino que sacó la voz por las víctimas. ¿Es posible decir que esa gente solamente se aprovechaba de la Iglesia y que el Cardenal pecaba de ingenuo? De ninguna manera. Sí fue manipulación de la Iglesia todo lo que los enemigos del Cardenal hicieron para acallarlo. Don Raúl fue lúcido y valeroso para sufrir zancadillas, censuras y calumnias varias de parte de los propios católicos, cuando luchando por los Derechos Humanos creyó servir a la causa de Cristo. No se puede decir que la muchedumbre de izquierda que asistió a su funeral lo hiciera por obtener una mera ventaja política. Si es raro que los pobres sientan tan cercano a un pastor, es del todo extraordinario que la izquierda rinda honores póstumos a un sacerdote, y que ateos lloren la muerte de un cardenal.

Pero el milagro mayor es haber llegado a “los otros” que se hallan entre “los mismos”: más precisamente, a ese “otro” que hay “en mí” y en todos “nosotros”. A muchos nos sucedió que no supimos hasta bastante después los horrores que la dictadura estaba cometiendo. No lo supimos porque se nos impidió saberlo. Se nos mintió. Pero, además, porque nos cegaba una cierta perplejidad de conciencia. Nos parecía desleal cuestionar el quehacer de los que consideramos los salvadores de la patria. O bien, porque resultaba más cómodo “dejar hacer”, como si “el golpe” implicara un cheque en blanco para largos años de ejercicio incontrolado del poder. Entonces, al Cardenal lo tuvimos por “político”. Pero ¿habría sido menos político con su mutismo? Las dos alternativas eran, por acción u omisión, igualmente políticas: denunciaba los abusos o los encubría con su silencio. Su actuación fue política, pero mucho más que política: fue profundamente evangélica. Gracias a Silva Henríquez, a la Conferencia Episcopal, a la Vicaría de la Solidaridad y a algunos otros, Chile ha caído en la cuenta de que cualquier persona humana es hija de Dios, digna de justicia y respeto. Chile entero ha hecho un enorme progreso espiritual. Nadie puede afirmar que los políticos de derecha y los mismos militares que asistieron a su funeral cumplieran con un puro rito externo de protocolo o que simplemente estuvieran allí por mero oportunismo electoral. Estuvieron allí -así lo creo- porque allí descansaba un hombre que, a cada uno a su manera y en grado tal vez diverso, lo tocó en conciencia. Y sólo Dios sabe cómo esas conciencias han de traducir su iluminación ética en conductas concretas.

Enseñanzas de una herencia

La Iglesia chilena debe heredar al Cardenal. También hoy, entrando a una nueva época la Iglesia debiera llegar a “los otros”. No se trata de abandonar el cuidado de los fieles tradicionales ni de los niños en la fe. Tampoco don Raúl lo hizo. Pero la Iglesia que no es misionera termina en secta. Y nada puede haber más contrario a la definición de la Iglesia católica que el menoscabo de su vocación universal.

A la luz de esta herencia misionera, del Concilio Vaticano II que inspiró al Cardenal Silva y de las necesidades pastorales actuales, me vienen a la mente tres enseñanzas que pueden ayudar a la Iglesia a cumplir el inmenso desafío que tiene por delante.

Un Iglesia misionera debe abrirse a cualquier ser humano como si se tratara de Cristo, porque Cristo está en todos, incluso en los que nunca han oído hablar de Jesús, incluso en los agnósticos. Creer, por el contrario, que Cristo está con la Iglesia, pero no con los que no se confiesan cristianos es hoy por hoy herejía pura y simple. Dios que ha creado al mundo por medio de su Hijo lo ha redimido también por su Hijo, y el Espíritu de Jesús alcanza a toda la humanidad, moviéndola al amor y apartándola del egoísmo. Cada ser humano, todo el cosmos está cristificado y nos enseña, de alguna manera, el camino a un Dios que es Padre de unos y de otros. La Iglesia enseña el camino hacia el Padre en la medida que su predicación de Jesús de Nazaret se enriquece con la experiencia del Cristo cósmico actuante en cada persona humana y en toda época. Esta es su misión. Esta misión le impide convertirse en secta, en poder político al servicio de intereses particulares o asegurarse un lugar cómodo en la sociedad. Una Iglesia misionera, en

consecuencia, es una Iglesia dialogante con el Cristo que está en “los otros”, porque este Cristo, que es su Cristo, tiene todavía mucho que enseñarle.

Con su toma de partido por las víctimas, el Cardenal Silva nos recordó, además, que el cristianismo es una religión de pobres y perdedores. Jesús fue una víctima: todo hombre o mujer crucificados representa a Cristo. Cristo está presente en la humanidad, pero no de un modo indeterminado. La humanidad es campo de batalla de la gracia y del pecado. Jesucristo es camino al Padre cuando se le encuentra en el hambriento, en el sediento, en el enfermo, en el encarcelado, en el feto abortado, en los perseguidos y asesinados injustamente, y en los que solidarizan con todos éstos. Jesucristo también está en los poderosos, en los violadores de los derechos humanos y en cada uno de nosotros, pero exigiendo arrepentimiento y apurándolo con su misericordia. Si el Cristo presente en toda la humanidad exige a la Iglesia misionera una actitud de apertura y tolerancia, el Cristo presente en las víctimas reclama a la Iglesia indignación e intolerancia en contra de cualquier menoscabo de la persona humana. La misión de la Iglesia es la reconciliación que Cristo urge en todas partes de la tierra, pero no la reconciliación barata. A Jesús esta reconciliación le costó la vida. La Iglesia, si quiere anunciar a Jesucristo, tendrá que tomar partido por las víctimas, aunque le cueste caro.

De la fidelidad de la Iglesia al Cristo presente en todos, especialmente en los crucificados, se sigue una tercera enseñanza: la humildad. Una Iglesia misionera no ha de avergonzarse de su humanidad, sino de su inhumanidad. La elección de la Iglesia para ser luz del mundo, como Cristo es la luz del mundo, no la exime de renovar incesantemente la conversión a un Dios que no

le exige ser divina, sino profundamente humana. La tentación corriente y burda ha sido arrogarse una omnipotencia (poderlo todo) y una omnisciencia (saberlo todo) que ni siquiera Jesús tuvo. Si Jesús solidarizó con nuestras precariedades y penalidades, con mayor razón la Iglesia debe evitar la autocomplacencia. Es más, mucho bien hará recordar que durante la dictadura la Iglesia chilena se prestigió por su cercanía a los pobres, por su defensa de los perseguidos, por soportar callada las calumnias en su contra, en una palabra, por ser tan humana como Jesús; pero no podrá olvidarse, por otra parte, que fueron también católicos los causantes precisos de las peores inhumanidades.

La Iglesia chilena tiene por delante nuevos desafíos. Se trata ahora de dar razón del mismo Cristo que inspiró la defensa de los Derechos Humanos ante nuevos problemas. ¿Cuáles son las injusticias del Milenio incipiente? ¿Qué hacer con el secularismo que infiltra todos los sectores sociales? ¿Cómo evangelizar a quienes lo único que quieren es dinero y seguridad? ¿Será posible probar, en el disputado mercado de las espiritualidades, que no cualquier religión da lo mismo? ¿Cómo pedirá la Iglesia coherencia de vida y subordinación a la fe a fieles que no se dejan controlar más por las jerarquías religiosas? El modo de ser misionero del Cardenal será una inspiración certera.

LA HUMANIDAD DE JESÚS

Jesús, en síntesis, quiere decir que Dios es humano. Humano por compartir nuestra vida y destino. Humano por amar y sufrir por la humanidad hasta el extremo.

Jesús ha sido hombre mucho más que nosotros. Tan hombre como sólo Dios puede serlo. Pero a una cuesta entender que su divinidad no menoscabe su humanidad y a otros, que un hombre como él pueda ser divino.

Jesús es tan divino, se piensa, que no ha podido ser muy humano. Sucede también lo contrario. Hoy hay tal certeza de su humanidad que resulta difícil creer que ha podido ser Dios. La Encarnación del Hijo de Dios es un auténtico misterio. Es arduo para el pensamiento hacerse a la idea de reunir en una sola persona dos magnitudes -la divinidad y la humanidad- que parecen competir entre sí. Pero en Jesús, Dios no compite contra la humanidad, compite contra el pecado para salvar a la humanidad del sufrimiento y de la muerte. La divinidad no menoscaba la humanidad de Jesús. La perfecciona. El hombre del corazón apasionado y traspasado, Jesús, más que cualquier otra revelación, devela cómo es verdaderamente Dios y cómo se llega a ser hombre en plenitud.

La psicología de Jesús

Sea para nosotros Jesús un hombre divino, sea un Dios humano, no será fácil explicar cómo se articulan en la unidad psicológica de la persona del Hijo de Dios estos dos aspectos suyos, su humanidad y su divinidad. Su psicología humana es expresión de su psicología divina, pero Jesús sólo humanamente se ha sabido el Hijo de Dios. El tema ha sido debatido a lo largo de toda la historia de la Iglesia y continuará siéndolo.

Los Evangelios nos cuentan que Jesús fue admirable por su sabiduría y autoridad. Pero ¿cómo pudo saber un hombre que nace en una pesebrera, sin hablar ni entender palabra, que él es Dios? ¿Lloraba para parecer hombre o porque efectivamente era falible e ignoraba su

futuro? Bernard Sesboüé, destacado cristólogo contemporáneo, se interroga: “¿Cómo Jesús, en el curso de su vida humana pre-pascual, ha tomado y ha tenido conciencia de ser el Hijo de Dios?”.

Se equivocó Santo Tomás al conceder a Jesús de Nazaret la llamada “visión beatífica”, el conocimiento y la fruición de Dios propios de los bienaventurados en la gloria. El Hijo de Dios ha compartido en serio, y no en apariencia, nuestra historicidad. Los teólogos actuales se esfuerzan por combinar dos asuntos difíciles de compatibilizar: que Jesús ha llegado a saber históricamente, por una evolución intelectual e incluso espiritual, aquello que en virtud de su personalidad divina ha sabido desde siempre. Esto es, que su identidad última era divina y no meramente humana. Para explicarlo, Karl Rahner sustituye el concepto de “visión beatífica” por el de “visión inmediata”, para decir que Jesús ha llegado a saber objetivamente (por medio de la experiencia y el lenguaje humano) lo que subjetivamente ha intuido desde su concepción (su unidad sustancial con Dios). De modo semejante, los hombres intuimos nuestro destino trascendente; el niño en la cuna aún no tiene cómo decir lo que le pasa, pero algo le pasa, y tratará de hacerse entender gritando o riendo.

Además del anterior, los teólogos admiten en Cristo un “conocimiento infuso”, parecido al de los profetas y los grandes visionarios. Este ha permitido a Jesús comprender las Escrituras, el plan divino de salvación, el sentido salvífico de su muerte en cruz, en una palabra, su propia misión redentora y reveladora.

Por último, como es de suponer, ha de reconocerse en Cristo un “conocimiento adquirido”. Por éste cualquier ser humano se apropia experiencialmente del mundo. Su reverso es, por cierto, la ignorancia, la prueba

y posibilidad de equivocarse. Por muy sabio que haya sido el niño Jesús delante de los doctores en el Templo, el mismo Lucas cuenta que "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52). La Epístola a los Hebreos señala que "aprendió sufriendo lo que cuesta obedecer" (Lc 5, 8).

Jesús ha podido ignorar muchas cosas. ¿Cómo pudo saber que la tierra es redonda y que gira alrededor del sol? En ese tiempo todos pensaban que era plana. Nada dice el Nuevo Testamento, pero desde el momento que él mismo dice: "Mas de aquel día y hora (del juicio), nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre" (Mc 13, 32), hemos de imaginar que Jesús comparte con nosotros una ignorancia bastante significativa. En el año 600 el papa Gregorio Magno, sin embargo, prohibió afirmar una ignorancia privativa en Cristo, es decir, una que le hubiera impedido cumplir su misión de revelador del Padre y su designio de salvación.

A propósito de su voluntad y libertad caben otras preguntas: ¿pudo Jesús decir a su Padre "Este cáliz yo no lo bebo" (cf., ¿Lc 22,42)? ¿Pudo desobedecerle? Si se dice que tuvo auténtica voluntad humana, autonomía plena, ¿pudo pecar? Y si no podía pecar, ¿qué clase de libertad tuvo?

El concilio de Constantinopla III (años 680/681) definió que su naturaleza humana es íntegra, y que se adecua armónicamente a las exigencias de la divinidad. Constantinopla III estableció que en Jesucristo hay dos actividades y dos voluntades, humana y divina respectivamente, contra el parecer del Patriarca Sergio y del Papa Honorio. Estos, por cerrar toda posibilidad de pecado en Cristo, exigían se reconociese nada más una actividad (Sergio) y una voluntad (Honorio), impidiendo

-posiblemente sin intención- que nuestra salvación fuese querida y actuada por el mismo hombre.

El concilio, sin embargo, no explicó cómo se adecuaba perfectamente la voluntad humana de Jesús con la voluntad de su Padre. Se limitó a afirmar los datos fundamentales de la revelación: la integridad de la humanidad de Jesús y su carencia de pecado (cf. Hb 4,15). También otros concilios insistirán en que Jesús no pecó ni tuvo pecado original (Toledo el año 675 y Florencia el 1442). Se dirá, además, que no participó de nuestra concupiscencia (Constantinopla II el 553), aquella consecuencia del pecado que, no siendo pecado, persiste incluso en los bautizados, inclinándolos a pecar (Trento el 1546).

El Salvador no pecó, fue inocente. Pero conoció la tentación. Aunque la tentación de Jesús no fue como la nuestra, contaminada de concupiscencia, la Epístola a los Hebreos señala que fue “tentado en todo igual que nosotros” (Hb 4,15; cf. Hb 12,1-2). Pero, ya fueran las tentaciones mesiánicas como aquella con que Pedro invita a Jesús al triunfo sin la cruz (Mc 8,31-33; cf. Mt 4, 1-11), ya la de Getsemaní (Lc 22, 29-46), Jesús las rechazó para hacer la voluntad de su Padre.

¿Cómo explicar la libertad de Jesús frente a su Padre? Conviene distinguir dos aspectos de la libertad: la libertad como libre arbitrio y como autodeterminación debido al bien. Gracias al libre arbitrio, como en un supermercado, “elegimos” entre diversas posibilidades mejores y peores, inocuas desde un punto de vista ético. Pero existe una libertad más profunda, la de “elegirse” y “aceptar ser elegido” para un bien mayor: la libertad de todas aquellas cosas que nos esclavizan (dinero, estatus, trabas psicológicas, culpa, etc.) para escoger y amar bienes verdaderos (los hijos, la esposa, el bien común, etc.).

Jesús ha gozado de libertad plena, de ambas libertades. Pero en su caso es tanto lo que Jesús ama la voluntad de su Padre, consistente en el predominio de su inmensa bondad, que no ha podido elegir otra cosa que dar su vida por amor. ¿Acaso podríamos convencer a un enamorado emperdado que su querida no le conviene, que mejor piense en otra? Imposible. De modo semejante, en virtud de su libre arbitrio Jesús ha podido elegir entre diversas posibilidades que favorecían la consecución de su misión; de aquí que haya sido tentado. Pero respecto de su misión su autoderminación fue completa. Por su amor extraordinario a su Padre y a nosotros, Jesús vivió absorto en su misión y no pudo sino llevarla a cumplimiento por la entrega de su vida.

La misericordia de Jesús

Hemos argumentado como si fuese necesario probar que Jesús fue hombre. Si esta óptica es comprensible entre los fieles creyentes absortos en la sublimidad del Señor, ella suele ser incomprensida por la mentalidad contemporánea que se pregunta más bien cómo ha podido Jesús ser Dios. En adelante destacamos cómo la perfección de la humanidad de Jesús no consiste principalmente en haber compartido en toda nuestra naturaleza humana, sino en haberla puesto en juego hasta la muerte, revelando de este modo cuál es su sentido e, indirectamente, cómo es el Dios que promueve su realización definitiva. Esperamos así dar razón no sólo de la divinidad del hombre Jesús, sino sobre todo del significado último del hecho de ser hombre.

En el lenguaje corriente, se dice de alguno que es muy “humano” por su cercanía a las personas, su trato

cordial, su capacidad de comprender y perdonar. “Humano” porque, sin ser cómplice, se involucra con las penalidades del prójimo y, para ayudarlo a superarlas, comparte su destino. Este concepto de humanidad se aplica a Jesús antes que a nadie. Porque, si asumiendo una psicología humana con todas sus posibilidades y limitaciones Jesús es uno más de nosotros, en tanto hizo entrar personalmente en la historia el amor compasivo de Dios no fue uno más, sino el mejor de todos. Es Jesús misericordioso y no el promedio de los hombres lo que determina qué significa “ser humano”.

Atendamos a su historia. Jesús centró su predicación en el anuncio del reinado de Dios: la cercanía de la bondad inaudita e incomprensible de Dios. Jesús vivió para su Padre y para el reinado de la bondad de su Padre entre nosotros (Mc 1, 14-15). Los destinatarios primeros de este reino fueron los pobres y los pecadores.

Jesús predicó el reino a los pobres (Lc 4, 14-19). El nacimiento pobre de Jesús en Belén no es un dato circunstancial de su vida, sino que constituye todo un símbolo de una humanidad compartida con los preferidos de Dios (Lc 1, 46-56). Jesús se identificó con los pobres en una miseria que en todo tiempo es un pecado, jamás una etapa de la humanización. Los “pobres de espíritu” como Jesús alcanzan la perfección evangélica más que en no cometer errores, más que en no experimentar la duda y el sufrimiento, conmoviéndose, confundiéndose con las víctimas de la “inhumanidad” y actuando en favor de ellas. La perfección evangélica ama incluso al enemigo, consiste en ser “misericordiosos como Dios es misericordioso” (Lc 6, 36; cf. Mt 5, 43-48).

Jesús también ofreció el reino a los despreciados por pecadores, aquellos que no estaban en condiciones de cumplir con el moralismo de los fariseos y a los que

violaban la Ley sin más (Lc 5, 29-32; 15, 1-2). Prueba de la gratuidad del reino es que se ofrece precisamente a quienes no tienen ni bienes ni obras que intercambiar por él. Pero Jesús va todavía más lejos. Sin abolir la Ley, transgrede la Ley cuando su rigidez atenta contra su sentido benigno originario (Jn 8, 1-11) o la cambia, si se ha vuelto inhumana (Mt 19, 1-9).

Nada ilustra mejor la humanidad de Jesús que los amigos que tuvo y los lugares que frecuentó. Se rodeó de los marginados de su época. A sus discípulos los escogió de entre todo tipo de personas, principalmente gente humilde. Tuvo incluso discípulas mujeres, insólito en la antigüedad. Se le acusó de “comilón y borracho” porque tomaba y bebía con gente de mala fama, y se lo despreció por codearse con publicanos y dejarse acariciar por prostitutas (Lc 7, 33-50). Jesús anticipó el sentido de la Eucaristía compartiendo la mesa con los “malditos”, los pecadores y los pobres.

Pero no es que Jesús se haya sumergido en los bajos fondos de la sociedad para proclamar su legitimidad. Sucede que el misterio de la Encarnación se verifica muy por dentro y no por encima de la historia humana, autoritariamente, como si fuese posible rescatarla sin contaminarse con ella y disipar su dolor sin compartir su dolor. Jesús “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29), como un pobre, inaugura el reino liberando de unos y otros males, pero sin suprimir en sus beneficiarios la inexcusable respuesta personal. Si la bendición del reino no se impone a los pobres, mas requiere de ellos la aceptación voluntaria, la maldición de Jesús a los ricos ha de entenderse no como una condena (Lc 6,24-26), sino como el último llamado al arrepentimiento.

El mesianismo de Jesús fue diverso de los mesianismos de sus contemporáneos. El proyecto de Jesús de

la prevalencia de Dios no aparecería en la historia sin sus destinatarios, a la fuerza y por obligación, pero tampoco sin hacer suyas las consecuencias de su rechazo y el misterio del mal puro y simple. En la medida que Jesús pretendió derechamente la erradicación del egoísmo y la miseria, no tuvo más alternativa que cumplir su misión como el Siervo humilde y sufriente de Isaías, que eliminaría el mal cargando con él. En tanto Cristo subvirtió la religiosidad de su época rebelándose contra la distorsión de la Ley y del Templo, debió atenerse a las consecuencias. Su muerte "era necesaria" (Lc 24, 26), es decir, inevitable porque querida. Que la hayan querido los que lo mataron constituye un hecho contingente. Esta muerte era necesaria porque Dios Padre quiso amar a la humanidad con un amor tan grande como el amor por su propio Hijo; necesaria, porque Jesús quiso y optó por cumplir la voluntad de su Padre hasta compartir la muerte humana en todo su abandono, hasta penetrar en la orfandad atroz del infierno, con la sola esperanza en que el Dios de la vida colmaría ese reino de soledad con la calidez de su Espíritu. Desde entonces la perfección humana auténtica se expresa en la cruz y en la cruz germina como resurrección.

Jesucristo es el hombre. El Espíritu Santo extiende en la historia lo sucedido con Jesús. Dios salva la humanidad con el hombre Jesús, pero no sin nosotros; no sin nuestra opción libre, sino con nuestra libertad, ahora liberada de la inclinación a la inhumanidad y del miedo a la muerte, y con nuestra lucha.

Conclusión

No para salvarnos de la humanidad sino de la inhumanidad, ha entrado Dios en la historia como un hombre

verdadero y el mejor de los hombres. Las reticencias para aceptar que Jesús es hombre, más que salvaguardas de la fe son expresiones de fe herética.

Si no fuera por el hombre Jesús, por su comportamiento histórico y su rehabilitación final, no sabríamos que el pecado no forma parte de la naturaleza humana ni tampoco que Dios es inocente del sufrimiento de la humanidad. Dos cosas para nada obvias. Gracias a Jesucristo conocemos quién es Dios verdaderamente, quién es el hombre y cuál es su destino. Por medio del hombre Jesús corregimos la idea de un “dios” abusador, justiciero o vengativo, y preservamos a la humanidad de los que la oprimen.

Pero, en definitiva, no basta creer en abstracto en la identidad de naturaleza del resucitado con nosotros ni tampoco basta conocer su extraordinaria actuación terrena. Es preciso tomar parte en su identificación histórica con la humanidad caída, identificándose con la pasión de su vida: su misión de anunciar la misericordia de Dios, rehabilitando a los pobres y perdonando a los pecadores. Sólo discerniendo el camino de Jesús en el Espíritu será posible reconocer en el hombre de Nazaret al Señor resucitado y al Hijo de Dios.

Jesucristo solidario y misericordioso, crucificado y resucitado es el Hombre. Mientras más este hombre influya en nosotros, más razones habrá en este mundo deshumanizado para creer que Dios es bueno, sólo bueno, y que nos ama.

EXCURSO: JESÚS, HOMBRE DIVINO Y DIOS HUMANO

Desde antiguo en la historia de la teología la llamada

tradición antioquena que ha sostenido que Jesús es un hombre divino, destaca el aspecto meritorio que tiene la adhesión humana libre de Jesús al plan redentor de su Padre, descartando en él la omnisciencia (saberlo todo), así como el recurso a facultades fabulosas “extra-humanas” u omnipotencia (poderlo todo). Esta postura preserva un criterio teológico fundamental, a saber, que lo que en Cristo no ha sido asumido tampoco será salvado; si Jesús carece en algún aspecto de humanidad (instinto, razón, libertad, historicidad) ese aspecto quedará sin redención. Su divinidad no puede anular o eximir el ejercicio de esta humanidad.

La tradición antioquena se desvía de la fe, sin embargo, cuando postula que el Hijo de Dios y Jesús de Nazaret no son una sola persona, sino que el hombre Jesús, sin ser Él propiamente Dios, se une a Dios por una pura decisión libre. Este es el “nestorianismo”. El “nestorianismo” es grotesco cuando a Jesucristo, como sucede con algunas versiones cinematográficas contemporáneas, se le adjudican pecados o concupiscencia para hacerlo más semejante a nosotros.

La tradición alejandrina, por el contrario, destaca el otro gran criterio teológico, el carácter divino de Jesús: Jesús es un Dios humano. Si Jesús no fuera Dios, de nada serviría que asumiera la humanidad, ya que sólo Dios puede con la salvación del hombre. En consecuencia, esta escuela teológica no tolerará que se predique a un Jesucristo en el que no se haga patente su divinidad, un Cristo ignorante de su identidad y misión trascendentes o un Cristo pecador.

La desviación de la tradición alejandrina consiste en privilegiar en Jesús su “psicología divina” a costa de su psicología humana, como si se tratara de dos “partes” homogéneas que compiten entre sí. El “monofisismo”,

herejía contraria al "nestorianismo", tiende a negar en Jesús una voluntad y una actividad propiamente humanas y, evidentemente, cualquier indicio de ignorancia y a veces incluso de sufrimiento. En este caso el hombre Jesús es una especie de "superhombre" o una pura marioneta en las manos de Dios.

AUGE ETICO

Hay que tener cuidado con los llamados a olvidar el pasado para mirar mejor el futuro. En el presente está sucediendo algo verdaderamente importante.

A lo largo de la disputa por las violaciones de los derechos humanos que el país acarrea por años con dolor, Chile experimenta un auge ético sin precedentes. Lo que vale cuesta. Lo que vale mucho, cuesta mucho. Aún cuando habría sido mejor que lo que pasó no pasara, la lucha por la justicia y la reconciliación en que la nación está embarcada nos ha enriquecido. Casi sin darnos cuenta, los chilenos queremos ser más humanos. Lentamente penetra en nuestra conciencia el valor trascendente de toda persona y nos hacemos capaces de indignarnos ante cualquier abuso de poder.

En los ya diez años de democracia, gracias a la libertad de prensa, la primacía de la ley y la comunidad internacional, hemos terminado por horrorizarnos por las violaciones a la dignidad humana. Aunque unos continúen pensando que el "golpe" era inevitable; aunque otros exijan que se reconozca al gobierno militar haber puesto las bases de la actual prosperidad económica; estos o aquellos caen en la cuenta de que nunca más la

crueledad contra un ser humano puede ser un modo legítimo de hacer patria. Crecemos en vergüenza. Vamos recuperando el diálogo. Los jueces comienzan a hacer justicia. Los medios han empezado a decir la verdad. Las mismas FF.AA. reconocen sus errores, introducen la enseñanza de los derechos humanos en el curriculum de estudios y, necesitadas de apartarse de toda deliberación, se profesionalizan.

Un reconocimiento especial se debe a los familiares y amigos de las víctimas que no han flaqueado en su lucha por la verdad y la justicia. ¡Qué odioso ha sido para tantos prestarles atención! ¡Nos tienen agotados! Pero, aún cuando sus demandas parezcan desmedidas, aunque el dolor amenace fijarlos en la amargura, ellos encarnan la autoridad moral de los grandes personajes históricos que desde Antígona y los profetas de Israel nos enseñan por dónde seguir.

Es cierto que todavía falta. Siendo el resguardo de los derechos humanos la razón de ser de toda democracia, la democratización de nuestras instituciones es un imperativo impostergable. En Chile urge un cambio constitucional. Pero, sobre todo, aún falta perdón y reconciliación. El ethos de un pueblo no se reduce al tire y afloje por determinados valores, al voto de las mayorías, a la reducción legal del enemigo o a empates y consensos.

El auge ético de Chile proviene de abajo más que de arriba, de las personas, de su conversión al dolor de las víctimas y de su conversión a la vergüenza de los culpables, del perdón ofrecido y del perdón recibido, en suma, de la convicción del valor de la vida ajena. Pero difícilmente las personas habrían hecho alguna mejoría moral si no fuera por la presión colectiva y pública en favor del progreso señalado. El auge ético de Chile, en

lo más hondo, consiste en el progreso de su misma democracia.

Es cierto que no todos cambian. No los podemos juzgar. En última instancia, el cambio de mentalidad supone un cambio del corazón y el corazón humano es complejo. Más cambia por contacto que por razonamientos. No todos cambian, pero estamos en camino.

LA ESPIRITUALIDAD DEL PADRE HURTADO

Siempre es difícil hablar, escribir, acerca de la experiencia de Dios de los demás, más aún si se trata de un hombre tan completo como Alberto Hurtado. ¿Cómo rezó?, ¿cómo sufrió?, ¿cómo, cuándo fue liberado de sus pecados? Pero, “en esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros”, dice el Señor, y nos remite al único modo de reconocer la trascendencia auténtica. Creemos que el Padre Hurtado fue un santo de nuestra época, y así esperamos que lo reconozca un día la Iglesia entera. Su santidad tiene que ver directamente con la imitación de ese Cristo que hace suya nuestra historia y como hombre se duele del hombre, lo consuela y lo rescata. La preocupación de Alberto Hurtado por los pobres y por la transformación de la sociedad no lo hacen menos santo, sino más santo.

La espiritualidad del P. Hurtado es la espiritualidad ignaciana. Es en la tradición espiritual de la Compañía de Jesús, desde los tiempos del colegio San Ignacio y de las Congregaciones Marianas, que él aprende a orar y a dar gloria a Dios, sirviendo a la salvación de hombres, en obediencia a los Pastores de su Iglesia.

De muestra, un ejemplo sencillo, pero decisivo: recién entrado al Noviciado jesuita y mientras realizaba lo Ejercicios Espirituales, el joven Alberto reproduce parte del llamado Principio y Fundamento en estos términos: “He sido creado y para conocer y amar a Dios; no para salvar mi alma; esto es consecuencia y don gratuito. Mi fin, pues es amar y servir a Dios. Debo ser todo de Dios; no seré de Dios si retengo algo para mí”. Este es, en pocas líneas, el proyecto ignaciano de la santificación: la santidad no se alcanza *in recto*, sino que es pura obra de Dios en los que se hacen disponibles a cumplir su santa voluntad. Cuando más tarde el P. Hurtado consagre su vida, entre otras cosas, a la dirección espiritual de los jóvenes, hemos de pensar que no lo hizo para “salvar su alma”, sino porque Dios ama a los jóvenes.

La espiritualidad del P. Hurtado es la espiritualidad ignaciana, pero, como toda experiencia espiritual auténtica, no se agota en ella, sino que tiene su propia originalidad. Esto es lo que más nos interesa. La originalidad espiritual de Alberto Hurtado nos inspira a hacer nuestro propio camino.

Una mística cristiana

Toda mística pretende ser experiencia de Dios. Pero no toda mística es cristiana, aunque se diga cristiana. La mística cristiana es experiencia de Dios en Cristo y no se caracteriza tanto por lo extraordinario de los fenómenos psíquicos o sensoriales que la acompañan, sino por el cambio de vida. La experiencia espiritual cristiana tiene que ver con los que dan su vida por los demás. El caso del P. Hurtado es el de una mística radicalmente cristiana.

Para Alberto Hurtado, Dios es amor. En consecuencia, él ama a Dios amando lo que Dios ama. Toda su atención a los acontecimientos de su época tiene por objeto discernir en ellos el querer de Dios. No es posible aislar en su espiritualidad a Dios, por una parte, y, por otra, la voluntad divina. La Mayor Gloria de Dios consiste en buscar y hacer lo que Dios pide en cada circunstancia de la vida y de la historia.

¿Cómo no extraviarse en esta búsqueda? El P. Hurtado se pregunta, y se responde: “Aquí está la clave: crecer en Cristo... Viviendo la vida de Cristo, imitando a Cristo, siendo como Cristo”.

Para Alberto Hurtado, Dios es Dios al modo como en Jesucristo nos ha sido revelado. Pero a él tampoco le basta adherir a un aspecto de Cristo: es necesario amar al Cristo total. En una época en que se predica unilateralmente a un Cristo paciente, de lo cual se sigue que los pobres nada más deben soportar sus males sin rebelarse, el P. Hurtado es acusado por predicar al Jesús del Reino y de la acción. El no desconoce el valor infinito del Misterio Pascual de Cristo, que todo dolor humano encuentra su liberación en el Calvario. Pero, así como rechaza la ilusión de los que creen que el hombre puede liberarse por sus propios medios, llama la atención de los que desconocen el mal del mundo y no hacen nada por suprimirlo: “Esta certeza de la perennidad del dolor en el mundo no nos autoriza a contentarnos con predicar la resignación y el quietismo. La resignación sólo es legítima cuando se ha quemado el último cartucho en defensa de la verdad, cuando se ha dado hasta el último paso que nos es posible por obtener el triunfo de la justicia”.

Al modo de la experiencia ignaciana, Alberto

Hurtado articula su amor a Jesucristo como seguimiento. Alguna vez se pregunta, ¿qué significa imitar a Cristo? Antes de responder, desecha cuatro posibilidades: la de aquellos que, atentos al Jesús terreno, vanamente pretenden imitarlo al pie de la letra; la de quienes se impresionan de él como de otro gran maestro de la humanidad, pero sacan sólo provecho especulativo de su figura; la de tantos que se contentan con observar los mandamientos de la Iglesia y que acaban en el fariseísmo; por último, la de los que viven del activismo apostólico y triunfalista, pero que no tienen ojos para ver la virtud oculta de Cristo en los fracasos humanos.

Para él, por el contrario, imitar a Cristo es actuar como si Cristo mismo tuviera que hacerlo en su lugar. Este es el corazón de su espiritualidad en su aspecto activo. En su aspecto pasivo, es ver a Cristo en el prójimo, particularmente en el pobre. Sorprende cuántas veces en su predicación el P. Hurtado propone la pregunta: “¿Qué haría Cristo en mi lugar?”. Un ejemplo: “...supuesta la gracia santificante, que mi actuación externa sea la de Cristo, no la que tuvo, sino la que tendría si estuviese en mi lugar. Hacer yo lo que pienso ante El, iluminado por su Espíritu, qué haría Cristo en mi lugar. Ante cada problema, ante los grandes de la tierra, ante los problemas políticos de nuestro tiempo, ante los pobres, ante sus dolores y miserias, ante la defección de colaboradores, ante la escasez de operarios, ante la insuficiencia de nuestras obras. ¿Qué haría Cristo si estuviese en mi lugar?... Y lo que yo entiendo que Cristo haría, eso hacer yo en el momento presente”.

La espiritualidad del P. Hurtado cuaja entre el Cristo que somos y el Cristo que encontramos en los demás. Si nuestro Alberto encuentra a Dios en Cristo, encuentra a su vez a Cristo en el prójimo: “El prójimo es

Cristo”, y por esto se ama a Cristo amando al prójimo. Ya en el Noviciado escribe: “...Servir a todos como si fueran otros Cristos”. Como estudiante jesuita es conocido por su compañerismo. En sus escritos espirituales él mismo se propone evitar juicios interiores contra sus compañeros, para fijarse mejor en sus virtudes. Muchas personas lo recuerdan como un hombre encantador que sabía dar oído a todos, al cien por ciento de su atención, no obstante, su escasez tiempo. A los que piensan distinto, protestantes o comunistas, los trata igual con sumo respeto.

En sus últimos años, su experiencia mística se hace todavía más concreta. De un modo determinado, insistente, para nada delirante y hasta provocativo, el P. Hurtado afirma: “El pobre es Cristo”. Su espiritualidad es una auténtica “mística del pobre”: “Tanto dolor que remediar: Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes en la persona de tantos niños que no tienen a quién llamar padre, que carecen ha muchos años del beso de una madre sobre su frente. Bajo los mesones de las pérgolas en que venden flores, en medio de las hojas secas que caen de los árboles, allí tienen que acurrucarse tantos pobres en los cuales vive Jesús. ¡Cristo no tiene hogar!”.

Alberto Hurtado vio a Cristo en el pobre y fue Cristo para el pobre, porque fue un hombre de oración. Supo encontrar fervorosamente a Dios en la Eucaristía, en la meditación de la Palabra de Dios, en la práctica de sus Ejercicios Espirituales, en la devoción a los sagrados corazones de Jesús y de María, en la oración vocal, mental y contemplativa. En especial, cultivó una oración afectiva y amorosa con su Señor. El P. Hurtado fue un

piadoso ejemplar, aun cuando seguramente otros jesuitas lo aventajaron en estas prácticas religiosas.

Pero esta piedad suya tiene relación directa con toda su actividad apostólica. Es más, lo propio y distintivo del P. Hurtado es hacer de todo su apostolado, su oración. No hay dos “padres Hurtado”: el que rezaba y el que actuaba. Hay uno solo, el jesuita que es “contemplativo en la acción”. Para él, toda la vida tiene una dimensión sobrenatural y no sólo la de la sacristía. Con sus propias palabras nos advierte: “Adoración sobre todo en la acción (brevemente en la oración)”, pues “nuestro fin es la mayor gloria de Dios por la acción, i.e., hacer aquellas obras que sean de mayor gloria de Dios”.

Esto no significa que toda acción sea contemplación. Así como el P. Hurtado deplora la resignación y el quietismo ante el dolor humano, rechaza toda acción apostólica o social que no se nutre de Dios y tampoco se deja cuestionar por El. Los que le conocieron de cerca dan testimonio de la confianza de Alberto en la Providencia divina. Pero, aun cuando Alberto Hurtado conoce y advierte contra estos peligros extremos, la cantidad enorme de trabajos que asume alguna vez lo llevan a un activismo que él mismo se encarga de lamentar a su Provincial, el Padre Lavín: “Esta acumulación de trabajos distintos me obliga a improvisar, terminar por dar el fastidio del trabajo y por desacreditar al operario. La irregularidad en las horas de acostarme y levantarme ha significado gran desmedro para mis ejercicios espirituales, que han andado muy mal: acortar la meditación, supresión de puntos, exámenes y brevariario del que tengo conmutación... estoy reducido a correr y hablar”. Muchos santos desequilibran por algún lado. El asunto no es imitar sus desajustes y rarezas, sino el amor que los provoca.

Lo que define al P. Hurtado, sin embargo, no es la acción sino Cristo. A diferencia de tantos defensores de los pobres que hacen de la amargura la fuerza de su lucha, Alberto Hurtado, con el mismo corazón con que padece los males de su patria, la incomprensión y el desprecio a su persona, sabe alegrarse en el Señor en todo tiempo. Su alegría es Cristo y hacer felices a los demás. Incluso en los momentos peores de su enfermedad, el Padre exclama: “Contento, Señor, contento”.

Una mística apostólica y social

El P. Hurtado se considera a sí mismo un apóstol de Jesucristo para su época, para su país. Al Padre lo desvela la lamentable situación del catolicismo chileno y pretende elevarlo. Pero su actitud nada tiene de sectaria: lo que directamente le importa es elevar a Chile a la vida sobrenatural. Jamás podríamos imaginar que su amor a los pobres haya sido un “medio” para el crecimiento de la Iglesia. Pero, así como no concibe a Dios al margen de su voluntad, no concibe a Cristo sin la Iglesia, su Cuerpo, cuya misión es la salvación integral de los hombres y en la cual todos los hombres somos y debemos ser solidarios. La del P. Hurtado es sin duda una mística profundamente eclesial y social. La Iglesia es para él, como María, una Madre, una realidad sobrenatural y no un ente meramente sociológico. Su misión es conformar las personas a Cristo e integrar la sociedad a partir de los cristianos. Alberto Hurtado es un sacerdote jesuita al servicio de la Iglesia.

Tal es su amor por la Iglesia que llega incluso a identificarla con Cristo. “La Iglesia es Cristo”, afirma alguna vez y precisa: “La Iglesia es Jesús, pero Jesús no es Jesús completo considerado independientemente de

nosotros. El vino para unirnos a Él, y formar El y nosotros un solo gran cuerpo, el Cuerpo Místico de que nos habla San Pablo...”. Lo que le interesa, en realidad, no es asegurar una doctrina teológica determinada, sino llegar al corazón de personas concretas y convencerlas de que no hay cristianismo auténtico sin la Iglesia y que la suerte de la Iglesia depende de nosotros.

Para el P. Hurtado, la misión de la Iglesia es la santificación del mundo. Por ello, “...al católico la suerte de ningún hombre le puede ser extraña. El mundo entero es interesante para él, porque a cada uno de los hombres se extiende el amor de Cristo...”. Por amor a la salvación de los hombres, la Iglesia está abierta a reconocer la verdad más allá de sus fronteras, incluso en los que atacan a la Iglesia. Este modo de ver la Iglesia en relación con el mundo será la que años más tarde asuma el Concilio Vaticano II: con una actitud de discernimiento ante los acontecimientos y problemas del siglo, la Iglesia del Concilio prefiere entrar en diálogo con el mundo moderno en vez de condenarlo sin más.

En el cumplimiento de su misión, Alberto Hurtado advierte que la Iglesia experimenta una crisis de proporciones mayores, un verdadero desastre. Habla de “apostasía de masas”, de “paganización de las masas”. La pérdida para la fe casi completa de la clase obrera lo preocupa desde sus años de juventud. Define a su época por una “crisis de catolicismo integral”.

¿La causa? El pésimo ejemplo que dan de Cristo los mismos católicos, especialmente aquellos que lo han tenido todo, riquezas, educación, seguridades, en relación a los que no tienen nada. Dirá: “Los malos cristianos son los más violentos agitadores sociales”. Pero también señala un incorrecto modo de enseñar la fe, una pedagogía formal, memorística, moralizante, y, para él

lo más grave, la escasez de sacerdotes.

Pero el P. Hurtado no se queda en la queja ni en la crítica. Tratándose de la educación de los jóvenes, él pretende formar “cristianos, imágenes de Jesucristo”; “...no omitir medio de formar 'Cristo con sus almas'”; y, por otra parte, que sean formados para la acción. En vez de una religión de temores y de “mojigatos”(sic), el P. Hurtado reclama una religión de opciones personales libres que mueva a hacer grandes cosas por Cristo. Alberto Hurtado llama a los jóvenes a considerar la posibilidad del sacerdocio porque él cree en el sacerdocio. Pero, también los llama a un laicado de grandes ideales, heroico, santo, nutrido por la vida sacramental y de la gracia y orientado al bien común. A los jóvenes de la Acción Católica les pide de un modo especial colaborar en el apostolado de la Jerarquía de la Iglesia y en obediencia a ella. De todos espera que comprendan que “ser católicos equivale a ser sociales” y que se comprometan a su modo en la transformación de la sociedad.

La espiritualidad de un hombre tan completo como el P. Hurtado es compleja, difícil de definir en pocas palabras. Nuestro educador y padre espiritual pretende incesantemente integrar a la persona y a la sociedad a partir de la persona, en la perspectiva de la fe entendida como imitación del Cristo total en quien el amor a Dios se verifica como amor y servicio al prójimo. Nada hay más contrario a su noción de cristianismo que las versiones individualistas, superficiales y supersticiosas de la piedad. El quiere que Cristo reine en todos los aspectos de la vida humana (la sexualidad, la vida familiar, económica, social, política, cultural), por la caridad y la justicia (en medio de los conflictos más significativos de su tiempo). Prueba de esto es la enorme diversidad de actividades a las que dedicó su interés y la

pluralidad de temas de que trataron sus homilías y discursos. Para Alberto Hurtado, el cristianismo tiene que ver con todos los aspectos de la vida humana.

Una de las características más originales de la espiritualidad del P. Hurtado es que, como apóstol de la Doctrina Social de la Iglesia, él se da por entero a la transformación de la sociedad. Acudir a socorrer las necesidades inmediatas de los pobres era urgente. Pero esto no es suficiente. Simultáneamente, y desde joven, Alberto Hurtado quiere que termine en su patria la injusticia social, causa de esta pobreza y del alejamiento de los obreros de la Iglesia. La urgencia de realizar en Chile un orden social verdaderamente cristiano lo impulsa a crear la ASICH (Acción Sindical Chilena), “el más difícil y tal vez el más importante de todos los trabajos”, y la revista Mensaje para la orientación religiosa, social y filosófica de los católicos en el mundo contemporáneo.

En Humanismo Social (1947), su obra madura, el Padre dirige su mirada a la realidad amarga del sufrimiento humano. Se fija en el dolor de los pobres, pero no sólo en el de los pobres. Para ello se sirve del auxilio de las ciencias sociales, de las estadísticas. Es el místico cristiano que baja a detalles increíbles, se duele de todo. De la guerra europea. Del hambre: “¡El hambre! ¿Quién de nosotros ha tenido hambre? A lo más algunas veces apetito...”. De la corrupción moral. De la apostasía de masas. De los matrimonios fracasados. “Tenemos aún en Chile un 25% de la población adulta analfabeta...”. “De 420.000 obreros que hay en Santiago, 100.000 viven en conventillos, y 320.000 en piezas, pocilgas y mediaguas”. “La falta de leche en cantidad suficiente trae trastornos que producen la sordera”. Ante la miserable situación en que viven las familias más pobres, se pregunta: “¿Podrá haber moralidad? ¿Qué no habrán visto

esos niños habituados a esa comunidad absoluta desde tan temprano? ¿Qué moral puede haber en esa amalgama de personas extrañas que pasan la mayor parte del día juntos, estimulados a veces por el alcohol? Todas las más bajas y repugnantes miserias que pueden describirse son realidad, realidad viviente en nuestro mundo obrero. ¿Hasta dónde hay culpa? O mejor, ¿de quién es la culpa de esta horrible situación...?”.

A todo lo anterior se suma “la tremenda crisis de valores morales y religiosos por que atraviesa nuestra patria”. Según Alberto Hurtado, se equivocan quienes siguen pensando que la fe está fuerte: “La fe cristiana...se va debilitando casi hasta desaparecer en algunas regiones”.

El P. Hurtado concluye que el orden social existente tiene poco de cristiano. Queriendo Dios nuestra santificación, “¿cómo santificarse en el ambiente actual si no se realiza una profunda reforma social?”. Esta reforma debe proceder de una vida interior intensa que “lejos de excluir la actividad social” la haga “más urgente”. “La fidelidad a Dios si es verdadera debe traducirse en justicia frente a los hombres”. Humanismo Social pretende despertar en los cristianos el sentido social, sin el cual ningún cambio de estructuras será posible.

Una mística para el alma de Chile

Dicen que San Francisco es el más santo de los santos y el más italiano de los italianos. De modo semejante, la santidad de Alberto Hurtado crece en proporción directa a su amor cada vez más intenso por Chile. En el Balance patriótico Vicente Huidobro afirma que lo que a Chile le falta es “un alma”. De la justicia de esta sentencia,

Dios dirá. Pero nuestra intuición más querida es que el P. Hurtado ha dado a este país “un alma”, la suya propia, que, descartado todo nacionalismo enfermizo, todavía está por configurar nuestro genio entre las naciones, según la imagen de Cristo.

Es admirable como Alberto Hurtado se hace Padre de los niños más pobres de su patria: “¡Pobres seres humanos tan hijos de Dios como nosotros, tan chilenos como nosotros! ¡Hermanos nuestros en la última miseria! Bajo esos harapos y bajo esa capa de suciedad que los desfigura por completo se esconden cuerpos que pueden llegar a ser robustos y se esconden almas tan hermosas como un diamante. Hay en sus corazones un hambre de cariño inmenso, y quien llegue a ellos por la puerta del corazón puede adueñarse de sus almas”.

En la fe en Cristo, el P. Hurtado descubre una fuerza integradora de su país. Por el contrario, el debilitamiento de la fe es visto como una amenaza contra el país. Ha desaparecido en Chile el uso del término despectivo “huacho” y también el cariñoso “huachito”. ¿No será que Alberto Hurtado se ha convertido en otro “padre de la patria”? ¿O es que el “patroncito” nos está reuniendo a todos bajo el Padre de Jesús?

Para terminar y para que la paternidad de Dios nos hermane en la caridad y en la justicia, hagamos nuestro el epitafio de Gabriela Mistral: “Démosle al Padre Hurtado un dormir sin sobresalto y una memoria sin angustia de la chilenidad, criatura suya y ansiedad suya todavía”.

PADRE DE JESÚS Y PADRE NUESTRO

En el Antiguo Testamento rara vez se trata a Dios de “Padre”. Haber llamado Jesús a Dios “Abbá”, “papito”, debió parecer un exceso de confianza. Jesús habla de Él como de su Padre y nuestro Padre.

El Nuevo Testamento distingue claramente la singularidad de la relación de Jesús con Dios de la que los demás pudieran establecer con Él. Allí Jesús se sabe el Hijo amado de un modo único e irrepetible. Y, sin embargo, Jesús comparte a su Padre con otros, con nosotros, haciéndolo tan Padre nuestro como es Padre suyo. Jesús reza para que en su intimidad con Dios quepan muchos, quepan todos: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros”.

Pero ¿podemos nosotros tan fácilmente decirle “Padre” a Dios? Sí y no. “Padre” designa a un ser amoroso, protector, liberador, educador, alguien que nos despeja el futuro con su imaginación; pero también puede ser un sujeto ausente, fugitivo, chantajista, tiránico o un agresor sádico. ¿No están hartos algunos niños de malos tratos sin fin? “Madre” puede ser alguien tierno, cálido, acogedor, nutriente; pero también un ser posesivo, dominante, absorbente, castrante o irracional. Nuestros “padres” y “madres” humanos ayudan, pero también dificultan nuestra relación con Dios. Ellos han fraguado nuestra personalidad a un grado tal que nuestra relación con los demás y con Dios mismo llevan las marcas y las heridas de la infancia. El tema es complejo. El Nuevo Testamento no tiene mejor categoría para hablar de Dios que la de Padre. Pero este Padre es semejante a nuestros padres y madres humanos en parte sí y en parte no.

Si es Jesús quien quiere compartir su intimidad con

Dios, si es Él quien insiste que lo llamemos Padre, hay que atender a la extensión de esta filiación de acuerdo al Nuevo Testamento. Y el dato principal que poseemos del Nuevo Testamento es que, si algo sabemos del misterio de la intimidad de Jesús con su Padre, lo sabemos indirectamente, como a la pasada, a propósito de su misión: el anuncio del reino de Dios a los desamparados. Destacando la identidad divina de Jesús, el Hijo, la Iglesia aseguró el carácter trascendente y definitivo de su misión de salvador universal.

Por la misión a la intimidad

Ubiquemos la relación íntima de Jesús con su Dios en el marco de su misión. ¿Qué lugar ocupa el Padre en el corazón del Hijo? ¿Qué lugar ocupa el Hijo en el corazón de su Padre? En Dios no hay espacio para el “intimismo”. En Dios cabe la intimidad, pero no el amor excluyente, celoso y mezquino. El amor de Dios es el Espíritu que no conoce fronteras, que llega a todos, a los amigos y a los enemigos. En el corazón de Jesús está la misión del Padre de instaurar su reino de amor y justicia. En el corazón de Dios está toda la humanidad que Jesús debe hermanar bajo un mismo Padre.

Por cierto, el amor del Padre y del Hijo no se reduce a la edificación del reino. El reino, que engloba todo lo que por salvación se entiende, es “gratuito”, no “necesario”. Dios no está en deuda con nadie. Nadie tiene derecho a la salvación. Para que a todos quede claro, Dios invita al reino en primer lugar a los pobres, los que nunca han tenido derecho a nada. ¿Cómo no habría de irritar esta preferencia de Jesús a los queteniéndose por justos, despreciando a los demás, creían ganarse el favor divino? El amor espontáneo entre el Padre y el Hijo es

anterior a nuestra sed de amor, perdón y trascendencia. Anterior y mayor, mil veces mayor. Este amor preserva a la actividad humanitaria del Hijo del activismo típico del self made man, el hombre que no se debe más que a sí mismo, a su trabajo. O del que vive divertido en sus gestos de beneficencia, pero reacio al influjo del prójimo, protegido de ese espacio vacío entre hombre y hombre en el que podemos ser juzgados o acogidos. Al Hijo le basta su Padre, no necesita nuestro aplauso. Su entrega es generosidad pura.

El reino es expresión del amor de Dios. Aún más, el dogma de la Iglesia recuerda que la Encarnación no es reversible, que el reino tiene principio, pero no fin. El Hijo es el hombre Jesús para siempre. ¡Dios no podrá zafarse nunca más de su humanidad ni de sus criaturas! Dios es fiel hasta el final. Desde entonces la conversación del Hijo con su Padre trata de lo nuestro, se articula en palabras humanas y gestos corporales, sabe a barro, huele a humo y sudor. Desde la resurrección hasta la Parusía, Jesús clama al Padre por el desgarramiento del mundo y nos asegura que el reino es la única agenda del amor de Dios.

Vistas las cosas en la perspectiva de la misión, sabemos que el Padre es para Jesús amor incondicional, total e inaudito por Él, y que Jesús extiende este amor en forma incondicional, total e inaudita a los pequeños, los enfermos, los desplazados y los pecadores. Dios ama a los que los egoístas, los sabios, los poderosos y los puritanos menosprecian. El amor que el Padre tiene por Jesús es la causa próxima de su libertad, autoridad dice el Nuevo Testamento. Y esta libertad o autoridad Jesús la pone en juego como obediencia absoluta a la voluntad de Dios, cuando manifiesta hasta la cruz su preferencia por los fracasados y ofrece el perdón divino también a los

egoístas, los sabios, los poderosos y los puritanos.

Pero Jesús no actúa “programado” como un burócrata sin iniciativa. Misión no es programación. El amor del Padre hace a Jesús obedecer libre y creativamente a lo mandado. ¡Nadie ha superado jamás a Jesús en fantasía! Jesús obedece a su misión inventándola, como un poeta. Jesús fue un poeta. Pero a diferencia de algunos poetas que pasan por la vida sin comprometerse con nadie, el amor que funda a Jesús hace de Él un hombre valiente para entrar en conflicto con la religiosidad hipócrita de su época. El amor del Padre hace que Jesús saque adelante su causa con arrojo, pero por la vía pacífica. En Jesús el amor prevalece sobre el miedo. Prevalece también sobre la violencia, hija del miedo. En su corazón hay una libertad y una generosidad más fuertes que la muerte.

Vistas las cosas desde la misión de Jesús, su abandono por el Padre “era necesario”. ¿Fue su muerte un mandato sádico de Dios? No ¿Un acto suicida o narcisista del Hijo? Tampoco. La muerte de Jesús es indirectamente querida por el Padre y por Jesús mismo. Lo directamente querido por ambos es la vida, el reino, el perdón de los pecadores, el indulto de la adúltera digna de pena de muerte, la denuncia de la injusticia, y la cancelación de la muerte. Los únicos que buscaron derechamente la muerte de Jesús fueron el Sanedrín, los romanos y esa multitud representante de la gente aprovechadora de todos los tiempos que, desilusionada, gritó: “Crucifícale”. ¿No pudo su Padre evitar a Jesús este trago tan amargo? Tanto amó el Padre a Jesús que respetó su libertad. Tanto amó a la humanidad que le entregó lo más querido. ¿No pudo Jesús eludir la cruz? Tal fue su amor por su Padre que Jesús no pudo echar pie atrás, sino que soportó la orfandad más radical y el

abandono del mejor de los padres. Tal fue su amor por la humanidad que, inocente, experimentó en lugar de la humanidad la consecuencia propia del pecado: la muerte. En la cruz la confrontación de Dios y las fuerzas del mal es abierta. Allí no cupo negociación alguna. Dios no transa con el mal. Los vicarios del mal hicieron lo suyo, lo de siempre: para salvar la nación, se excusaron a sí mismos y sacrificaron al inocente. Gritando a su Padre: “Por qué me has abandonado”, Jesús solidarizó con las víctimas de la historia humana y reveló que Dios no puede ser indiferente a su dolor.

Vistas las cosas en la perspectiva de la misión, la resurrección hace entrar a Jesús definitivamente en la intimidad de su Padre y con Él entramos nosotros. Los textos del Nuevo Testamento vinculan la resurrección de Jesús con nuestra propia resurrección. En la resurrección de Jesús, el Padre convalida la valentía de su Hijo por nuestra cobardía; la justicia de su reino por el acaparamiento de la tierra; su cálida compañía por la soledad de las masas; la obediencia de su Jesús por la frescura de los que deambulan como si no hubiera Dios; la gratuidad de su entrega por la mezquindad con que unos a otros nos pasamos la cuenta.

De la intimidad a la misión

Dios ha demorado toda la vida de Jesús, desde María hasta la resurrección, para abriarnos también a nosotros un espacio en su intimidad. Ni el Padre es egoísta ni el Hijo celoso. De ellos brota el Espíritu de amor que disipa en nosotros la sensación de orfandad que nos hace aferrarnos a la vida de cualquier manera, haciendo ídolos de personas, sacralizando la propia acción o reclamando atenciones desmesuradas. En la intimidad del Padre los

hijos no tienen derecho a nada. Nada les falta, abundan en todo. Son libres. Juegan. Ni mendigan ni exigen, simplemente son. Son señores de la vida y de la muerte, como Jesús. Y, como Jesús, misioneros de la paternidad de Dios por el mundo.

Hablamos del misterio, hablamos con atrevimiento. ¡Quién conoce la intimidad entre Jesús y su Padre! Pero no podríamos callar pues el misterio de Jesús, el misterio de Dios es el misterio del amor. No un secreto revelado a los sabios. No los vericuetos oscuros del alma de una divinidad sentimental y ofendible. Tampoco una suprema fuerza sideral autónoma, autista e impersonal. Hablamos de una gratuidad tan incomprensible que trasciende el negocio humano, los cálculos políticos, el regateo con de la gracia, la sectarización de la Iglesia; se trata de un amor que “hacia adentro” es insobornable y “hacia afuera” manirroto. Su enigma es tan sencillo como una buena noticia que urge anunciar a los pequeños y los humildes.

El acceso a la intimidad entre Jesús y su Padre, en vez de encerrarnos en el pietismo individualista de esta época nos lanza de nuevo al mundo para verificar en el mundo la vocación común de hijos e hijas de Dios. No son las diferencias de raza, ideología, cultura o religión las diferencias principales. Desde los orígenes de la humanidad venimos repitiendo la discordia de Caín y Abel. Somos enemigos, pero estamos llamados a ser hermanos. Lo somos por vocación, no lo somos por historia. Jesús es nuestro hermano mayor, pero, para ser precisos, queremos que lo sea. El Espíritu cultiva en nosotros el amor que nos hace mirar con indulgencia a los que nos dañaron. El Espíritu nos llena de coraje para luchar por la verdad y la justicia. El Espíritu nos hermanará. Entenderemos entonces que Jesús no vino a quitar la vida

a sus enemigos, sino a dársela. Ese día el legislador abolirá la pena de muerte, porque comprenderá que el amor de Dios incluye la clemencia y excluye la venganza.

¡Venga a nosotros tu reino!, rezamos en la intimidad al Padre, su Hijo y sus hijos. El reino de justicia y misericordia es el hogar de los hermanos, nuestra misión y la tierra prometida.

DE LA SAGRADA FAMILIA A LA FAMILIA HUMANA

Es asombroso que Dios haya entrado en la vida humana mediante una familia como las nuestras. Llama la atención la normalidad de Dios. ¿De qué normalidad se trata? La familia escogida fue tan pobre, tan común, como la inmensa mayoría de las familias del planeta. Pero, en realidad, la normalidad de la familia de María, José y Jesús consistió en ser tan anormal como muchas de nuestras propias familias e incluso más. Lo más sorprendente es que Dios, en vez de intentarlo todo de nuevo y de la nada, haya contado con la desintegración de la sagrada familia, con los restos de Israel, para levantar la Iglesia, la comunidad que inaugura la familiaridad de toda la humanidad.

Es difícil decir qué sea una familia “ideal”, aunque una buena idea de familia ayuda a buscarla, a encontrarla y, por cierto, a disfrutar de tantos bienes que ella facilita. Pero la familia ha cambiado mucho a lo largo de la historia. A veces pudo ser la tribu. Otras, un familión que incluía a primos, tíos y abuelos. Ahora último parece legítimo excluir a los ancianos. Los cambios que se avizoran para el futuro próximo son preocupantes. En

lo inmediato, vistas las cosas de cerca advertimos que en las familias hay problemas: discordia entre los esposos, violencia con los hijos, un adolescente drogadicto, una soltera embarazada, el marido cesante, la madre estresada, más de un abuso sexual, etc. Los roles cambian. Una mujer suele hacer de pater familias de un grupo humano considerable. Tantos que viven en soledad, en cambio, consideran familiares a sus animales... ¿Cuánto dura una familia? ¿Cómo hay que considerar a los separados vueltos a casar o los que nunca se han casado y viven juntos? Aunque se diga que tales irregularidades no constituyen “familia”, a ellos la sagrada familia abre otra oportunidad.

La sagrada familia tuvo un comienzo crítico y un final dramático. Hagamos memoria. Dios mismo hizo las cosas difíciles al pedir a María ser madre virgen de Jesús. El castigo para una novia que quedara esperando de otro hombre era morir apedreada. María se arriesgó. Antes de tomarla como esposa, José pudo denunciarla, estaba en su derecho, quién sabe si quiso hacerlo. El parto fue a lo pobre. Los primeros años transcurrieron en el exilio. Dice la tradición que José murió poco después. La familia quedó trunca. Posiblemente la Virgen y el niño partieron a vivir de allegados con otros parientes, arrinconados, pidiendo permiso y perdón por cada respiro. Por último, el mismo Jesús, la luz de los ojos de María y la esperanza de liberación de su pueblo, murió condenado a muerte con la peor de las penas. A los pies de la cruz, la Virgen contempló el fracaso final de su familia. María supo en carne propia lo que significa perderlo todo, marido e hijo.

La sagrada familia compartió la suerte de nuestras familias, incluso la suerte de las familias más golpeadas. Pero en algo fue muy distinta. En ella Dios predominó

de principio a fin. Por la fe de María predominó en María. Por la justicia de José prevaleció en José. Por la dedicación completa de Jesús a las cosas de su Padre, nunca antes ni tampoco después el amor de Dios estuvo tan a la mano. Pero fue a través del fracaso de la sagrada familia, así de increíble, que supimos de la familiaridad de Dios con toda la humanidad. El día que Jesús dijo a María, señalando desde la cruz a su discípulo más joven: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y a Juan: “Ahí tienes a tu madre”, la Iglesia despuntó como la nueva familia humana. Comprendieron entonces los demás discípulos, muchos de los cuales habían dejado padres, esposas e hijos por el reino, que también ellos tenían a la Virgen por madre y por Abbá al Padre de Jesús, y que su misión no era otra que anunciar al mundo su hermandad más profunda. La Iglesia representa la superioridad de la familia humana sobre la familia sanguínea. La Iglesia es la humanidad que pone en práctica la vocación de toda comunidad, grande como el entero género humano o pequeña como un piño de mendigos, a comenzar de nuevo, pero no de cero, sino con los que somos, mediante la acogida y el perdón.

Para los que han tenido una familia más anormal de lo normal, para las familias quebradas y para los quebrados por su familia, la Iglesia es en Navidad el Evangelio puesto al día, la mejor de las noticias. Con lo que quedó de la sagrada familia, María y el hijo muerto en sus brazos, Dios comenzó de nuevo. En Pentecostés, por la efusión del Espíritu de Jesús resucitado sobre los apóstoles reunidos otra vez con María, Dios inauguró la Iglesia para que extendiera su paternidad a todas las razas de la tierra. Partos, medos, elamitas, mesopotámicos, judíos y capadocios, habitantes del Ponto, de Asia, de Frigia, de Panfilia y de Egipto, venidos de Libia, forasteros

romanos, cretenses y árabes, fueron invitados a integrarse a la comunidad naciente, la nueva sagrada familia, abierta a todos, principiando por los pobres, los predilectos del reino. Este fue y éste es el Evangelio: buena nueva también para los extraños. La Iglesia anuncia el Evangelio cuando en ella encuentran un hogar los que nunca han tenido un hogar o lo perdieron, las viudas, los huérfanos, los solteros, las temporeras, las “nanas”, los allegados, los divorciados, los exilados, los inmigrantes y los refugiados, lleguen solos o tomados de la mano, con o sin los papeles al día, creyendo ojalá o queriendo creer al menos que Dios es Padre e incluso Madre.

DIVERSOS CARISMAS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Nos hemos reunido diversas espiritualidades cristianas presentes en la Universidad Católica con la intención de “remar juntos”. Queremos mirar el futuro para enfrentarlo de acuerdo con el carisma particular de cada uno. Nos hemos reunido algunos, en realidad somos muchos más. No somos los más importantes. Tampoco los mejores. Lo que importa es que la Iglesia sea “católica”, es decir, plural en su fidelidad a Cristo y universal en su deseo de hacer de este mundo el reino de Dios. Lo mejor que puede suceder es que con la creatividad de Cristo y con la libertad que gesta en nosotros su Espíritu podamos inventar “la tierra nueva y los cielos nuevos” según el querer de nuestro Padre.

¿Por qué diversos carismas? La Iglesia puede ras-

trear en su propia historia cómo se fueron dando innumerables versiones del cristianismo. Los cristianos de las diversas épocas debieron discernir los signos de su tiempo para responder con fantasía a la voluntad de Dios. En el fondo de esta historia la Iglesia encuentra en la Sagrada Escritura y en su propia Tradición las razones teológicas de tanta variedad. ¿No sería más fácil que todos fuéramos franciscanos? ¿No bastaría imitar al santo más fascinante de todos los tiempos? De ninguna manera, ¡qué aburrido! Si hubiera que hacer un resumen de resumen de las razones teológicas que impiden la uniformidad, yo diría que Dios, que nuestro Dios no es autorreferente y menos autista. Dios es trino, en Dios cabe la diversidad. El Padre no se ama a sí mismo más que amando a su Hijo y, en su Hijo, al mundo que ha creado y que pretende transfigurar porque lo ama de veras, y no por aparentar tolerancia. Si Dios no es autorreferente, si hay espacio para el juego en Dios, no hay una sola manera de ser hombre ni una sola manera de ser cristiano. Si hay algo típico del cristianismo es la multiplicidad de interpretaciones del amor de Dios. ¿Qué es lo cristiano? Una interpretación espiritual de Cristo. Mejor, varias interpretaciones de Cristo. Nada hay más ajeno al cristianismo que el sectarismo, pensar que el propio grupo, que la propia espiritualidad es “la” Iglesia. La secta destruye a las personas porque absorbe su libertad, porque les niega la posibilidad de confesar a Jesucristo con la imaginación.

¿Por qué diversos carismas? Esta pregunta obliga a mirar al pasado, a la historia de la Iglesia y de la teología. Si se trata de mirar al futuro debemos preguntarnos: ¿Para qué diversos carismas? En breve, habría que decir que Dios suscita diversos carismas para la comunión. ¿Qué comunión? La comunión entre nosotros mismos,

por cierto, la de las diversas espiritualidades y grupos dentro de la Iglesia. Pero esta comunión no basta. Jesús es el Señor de la historia, no sólo el Señor de la Iglesia. Jesús es el Señor de toda la humanidad, no sólo de los bautizados y creyentes. Hay que tener presente que es incluso riesgoso decir: “Somos cristianos, qué más queremos”. Arriesgamos “remar juntos, pero al revés”, en la dirección contraria. Cuando en la Iglesia la Jerarquía, las diversas espiritualidades y las personas singulares se cierran al amplio mundo del cual nunca dejarán de formar parte, cuando la Iglesia no es misionera en el mundo sino un modo para protegerse del mundo, su comunión es el principio de la corrupción de la misión de Jesucristo.

Si los carismas son para una comunión bastante más amplia que un compartir entre los cristianos, es preciso echar una mirada al mundo al cual la Iglesia pertenece y el cual ella debe reunir en el amor de Cristo. Y la primera constatación que salta a la vista es que el mundo está dividido y malherido. Y también la Iglesia, al formar parte del mundo, experimenta en ella misma estos males. Los diversos carismas, en consecuencia, colaboran en la misión de Cristo en la medida que persiguen la comunión trabajando por la justicia y la reconciliación. Los celos y resquemores que puedan darse entre schöenstatianos y legionarios, entre ignacianos y Opus Dei son un “pelo de la cola”, en relación con las grandes divisiones y los enormes problemas que tiene hoy Cristo para reconciliar el mundo en el amor. ¿Con quiénes cuenta el Señor para revertir la perversa distribución de la riqueza? El dinamismo de concentración de los bienes de la tierra –tal vez sea lo único en lo que no se equivocó Marx– no se detiene, continúa. Una sexta parte de la humanidad capta el 80 % de la productividad. Los activos

de las 200 personas más ricas del mundo son superiores al ingreso combinado del 41% de la población mundial. ¿Han sacado uds. la cuenta de cuántos dolares diarios gastan para vivir? 1.200.000.000 de seres humanos viven con menos de un dólar al día. Yo mismo hago cálculos y me avergüenza pensar que vivo con 13 veces más.

Sobre el problema específico de la concentración de los dones y riquezas de la creación, cabe recordar al Papa cuando en Tertio Millennio Adveniente explica los alcances del Jubileo en la Sagrada Escritura. A propósito de la obligación que existía en Israel de hacer descansar la tierra, liberar a los esclavos y perdonar las deudas a los que no podían pagar, comenta: “Si Dios en su Providencia había dado la tierra a los hombres, esto significaba que la había dado a todos. Por ello las riquezas de la creación se debían considerar como un bien común a toda la humanidad. Quien poseía estos bienes como propiedad suya era en realidad sólo un administrador, es decir, un encargado de actuar en nombre de Dios, único propietario en sentido pleno, siendo voluntad de Dios que los bienes creados sirvieran a todos de un modo justo. El año jubilar debía servir de este modo al restablecimiento de esta justicia social”. El año jubilar en el que estamos es una razón de inmensa alegría para la Iglesia por muchas razones. Pero en cuanto a la situación de los pobres, es otro año para llorar y pedir perdón.

Miremos todavía más lejos. El mundo actual es aún más complejo. Hacemos nuestra aparición en el Tercer Milenio justo cuando el hombre, por medio de la ciencia y de la técnica, aspira a administrar las fuerzas recónditas de la física y los mecanismos más íntimos de la biología y de la conciencia. Pero ¿es por ello más humano? El hombre ilustrado del Tercer Milenio es en buena medida un “nuevo rico”: no carece de ninguno de

los adelantos de la electrónica, pero tiene “los pantalones rotos”. Es más individualista, más hedonista, más egoísta. Distingo a este hombre de otros hombres que no son necesariamente así, porque, aunque no lo sean, la cultura y los dinamismos sociales de los cuales es prácticamente imposible zafarse, les impulsarán a ser así: ricos en medios y pobres en fines.

El mundo actual ofrece inmensas posibilidades de comunión, pero al mismo tiempo amenaza a la humanidad con rupturas nunca imaginadas. Algunos ejemplos:

- Se han multiplicado los medios con los cuales la humanidad puede satisfacer sus necesidades fundamentales. Para tantos crece la expectativa de vida, de educación, de salud, de comunicación. Pero los pecados del pasado, sumados a los del presente, hacen prácticamente imposible la solidaridad internacional. En Africa las pocas ayudas no llegan a los que más las necesitan: faltan caminos y sobra corrupción.

- Cuántos adelantos industriales, cuántos productos distintos en los supermercados, qué maravilla de herramientas, qué versatilidad de juegos y recreaciones... Y, sin embargo, las grandes potencias disponen de un arsenal atómico para volar la tierra varias veces. Hace veinte años escuché que 50 veces. En veinte años habremos progresado, ¿pero en qué dirección?

- Los adelantos en la biología prometen superar un sinfín de enfermedades penosísimas. Pero descifrando el código genético la humanidad tendrá en sus manos la posibilidad de alterar gravemente su

propia naturaleza.

- Los medios de comunicación superan todo tipo de barreras: territoriales, espaciales, culturales, morales. Colón demoró 70 días en cruzar el Atlántico. Hoy lo hacemos en cuatro horas. A San Francisco Javier las cartas al Japón le llegaban después de 2 años. Hoy un e-mail al Asia tarda un segundo. Pero estamos cada vez más solos. No somos capaces de hacernos cargo de los que tenemos más cerca. ¿Cómo nos vamos a hacer responsables de los que habitan la otra cara de la tierra? Y contemplamos inmutables en la “tele” a los estudiantes chinos, masacrándoselos en una plaza, mientras nosotros, entre otras cosas, comemos un lomito con una Coca-Cola.

- La “pantalla” nos capta por enteros. Buenas películas, conciertos, finales del fútbol y del tenis. Si no es la “tele” que tiene embrujados a niños y adultos, es el computador. ¡Cuántas posibilidades! La “pantalla” lo ofrece todo. Internet es biblioteca y emporio, mercado de valores y zafari, capilla y prostíbulo, economía de tiempo, de dinero, artefacto de contactos, de bromas simpáticas y contagios calamitosos. A nadie que yo sepa se le ha ocurrido casarse con la “pantalla” y pedir hijos en adopción. Pero no me extrañaría que suceda.

- Algunos datos son simplemente malos. El sobrecalentamiento de la tierra hace decir a algunos científicos que bastaría que la temperatura media se elevara en 5 grados para que desapareciera todo tipo de vida.

Y sobre Chile, más precisamente, al menos dos cosas:

- Hemos avanzado como nunca en la superación de la pobreza. La Iglesia ha logrado meter en la cultura el respeto por los derechos humanos y el valor de cualquier persona. Aún cuando quedan problemas serios por resolver, progresamos en democratización. Pero el Dios Dinero, Mammón como lo llamaba Jesús, seduce los espíritus de ricos y pobres. Lo que la gente quiere es plata. Plata y seguridad.

- Como país estamos a la cabeza de América Latina. Nos miran y se admiran. Nos admiran y nos “creemos la muerte”. Nos jactamos de ser los mejores, olvidamos a los mapuches, y hacemos penosos esfuerzos por parecer europeos. Con un solo avión F16 que queremos comprar para defendernos de los vecinos, cubriríamos de sobra el presupuesto del Hogar de Cristo durante un año entero. El Hogar de Cristo tiene en Chile 733 sedes. Cada día atiende 20.000 personas. ¿Hacia dónde vamos? Urge reconocer nuestra identidad mestiza e invertir en diplomacia y amistad con vecinos que son tan hijos de Dios como nosotros.

Nuestro contexto inmediato es la Universidad Católica. Hace más de 50 años el Padre Hurtado, egresado de Derecho y profesor de esta misma Universidad, frente a los grandes dolores de su época, en un discurso a los universitarios de la Católica les decía: “Lo que necesita el mundo hoy es una generación que ame”. En ese entonces el Padre Hurtado lamentaba lo mismo que hoy lamenta el nuevo

Rector de la Católica: la universidad se ha especializado en formar profesionales, pero no personas con vocación de servicio. Lo que está faltando son personas con una profunda formación humana y cristiana, altamente capacitadas para el servicio de la Iglesia y del país.

A mi parecer es preciso conectar esta preocupación del Rector con el tema que hoy día nos reúne. Las distintas visiones cristianas para el hombre del 2000 debieran concurrir en una honda transformación de nuestra universidad con el propósito común de una reconciliación de nuestro mundo de acuerdo con las exigencias de Cristo.

¿Por dónde comenzar? ¿Cómo los distintos carismas, espiritualidades y movimientos dentro de la Universidad pueden cooperar para enfrentar este desafío? Creo que hay que empezar por Cristo. No hay otro Mediador entre Dios y los hombres que Jesucristo. Cada cual, cada persona y cada movimiento cristiano debiera articular su relación con Dios y con el mundo en Cristo. No es posible “bypasear” a Jesús. No hay espiritualidad cristiana que no pase por Cristo. Pero también en esto hay que poner cuidado. No es posible adherir a la persona de Jesús al margen de lo que constituyó la pasión de su vida: convertir este mundo en el reino de Dios. Cuando se lo intenta, se cae en el “intimismo”. Pero tampoco es posible dedicar la vida al reino, a anunciar la buena noticia del amor de Dios a los pobres y los pecadores, sin un contacto humano profundo y asiduo con la persona de Jesús. El “activismo” aleja de Dios tanto como el “intimismo”. Ni la piedad “intimista” ni la piedad “socializante” son auténticamente cristianas. En última instancia, Jesús se traduce en el reino y el reino implica a Jesús.

Las diversas espiritualidades y modos de ser cristianos solamente podremos reconocernos y “remar juntos” en la medida que, cada cual con su estilo busque al

Padre común donde el Padre se deja encontrar: en su Hijo que trabaja y sufre por hermanar a toda la humanidad. Es cosa de tomar los Evangelios y ver que en ellos Jesús representa una novedad radical. Dios entra en la historia alterando por completo el modo de entender la vida y las relaciones humanas. Al hijo mayor de la parábola, hombre cumplidor y religioso que no entiende que su padre celebre el regreso del hijo pródigo, Jesús lo invita a entrar en la fiesta. Dios ama a los que los demás nos dicen que no merecen ser amados. Dios paga a los jornaleros de la última hora infinitamente más de lo que los cálculos mezquinos tienen por justo. Si Dios ama a los que normalmente son despreciados, este mundo no puede seguir siendo el mismo. Si Jesús toma partido por los que lloran, por los cojos, por los ciegos, por los lisiados, por los leprosos, por los endemoniados, por los perseguidos, por los pisoteados, por los encarcelados, por las mujeres, por las prostitutas, por los publicanos, por las viudas, por los niños, por los ladrones, por los agobiados y por los que han perdido toda esperanza, es que Dios es la mayor causa de alegría de este mundo porque son ellos la inmensa mayoría de los seres humanos. Jesús anuncia el reino como un banquete y una fiesta. Este es el jubileo que proclama al comienzo de su actividad pública. San Lucas cuenta que le entregaron el volumen del profeta Isaías y leyó: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (4,18-19).

Sin embargo, no es obvio que los distintos carismas, espiritualidades o movimientos en la Católica cooperemos en la causa de Cristo por el mero hecho de

llamarnos cristianos. Para que esta cooperación tenga lugar, deberíamos vencer dos tentaciones muy nuestras: la fuga mundi y la acumulación de privilegios.

La fuga mundi fue un propósito explícito en el surgimiento de las grandes familias religiosas de las cuales nuestros actuales carismas son nietos y bisnietos. Cuando el cristianismo llegó a ser religión oficial del Imperio Romano, terminadas las persecuciones, hubo cristianos que, escandalizados por la mundanización de la fe y deseosos de expresar el “martirio” de otra manera, “dejaron el mundo” y partieron al desierto para vivir allí su cristianismo. Con el correr de los años la fuga mundi se tradujo en un desprecio y un desinterés por el mundo. Se enfatizó la importancia de la “salvación privada”, en perjuicio de la “salvación de todos”. A la espiritualidad cristiana le ha tomado siglos volver a mirar el mundo, a querer y a trabajar por su redención. Tratándose de los estudiantes de la Universidad Católica, si quieren aspirar a la perfección cristiana por la vía de los diversos carismas, tendrán que cuidarse de una fuga mundi que, en su caso, se nutre de otras motivaciones. ¿Cuáles? Chile es un país clasista y racista. Siendo los alumnos de la Católica los jóvenes más privilegiados de Chile, llevan en la sangre la inclinación a reciclar una sociedad clasista y racista. En este país la fuga mundi se verifica como fuga de los pobres, fuga de los rotos, fuga de los mapuches...en definitiva, fuga de Cristo que no llama a huir, si no que a ir al encuentro de aquellos que la sociedad despoja y margina. La Católica no evangelizará a Chile si no entra en contacto con los pobres, los destinatarios primeros de la novedad radical del Evangelio, si no se deja evangelizar por ellos.

La otra tentación es acumular privilegios. Nuestra Universidad capta los alumnos con más altos puntajes de

la PAA, los cuales a la vez provienen de los mejores colegios de Chile. Desde un punto de vista mundano, la Universidad Católica es el mejor lugar en este país para conservar privilegios y aumentarlos. ¡Qué difícil es que un estudiante de la Católica, hombre o mujer, aspire a renunciar a las posibilidades futuras que le ofrece la vida y la Universidad, para dedicar su vida a terminar con la miseria, a hundirse en la investigación de las relaciones de paz entre los países, a evangelizar las ciencias, a pensar un mundo alternativo, a ser un buen funcionario público aunque sea mal pagado, a seguir a Cristo por la senda de la vida sacerdotal o religiosa! Es tan difícil como que un rico entre en el reino de los cielos. Los privilegios son una tentación poderosa contra la Universidad Católica, profesores y alumnos. La adhesión a una espiritualidad, cuando no mueve a regalar la vida a Cristo, se convierte en otro privilegio, otro recurso más para asegurarse la vida frente a un mundo que nos amenaza con su dolor.

No podemos “echarnos tierra a los ojos”. La Católica tiene mucho de colegio de barrio alto. Los colegios del barrio alto tienen algunas virtudes no despreciables. Ofrecen protecciones importantes contra un ambiente maleado. Pero la Universidad no puede ser otro colegio, no puede volver a ser una cápsula de cristal o una especie de casita de muñecas. No veo cómo los diversos movimientos puedan ser un aporte a la Universidad si no nos ayudan a abrirnos al mundo que Cristo quiere reconciliar, corrigiendo en sus miembros la tentación soterrada de acaparar la vida mediante una profesión de prestigio y una práctica religiosa impecable pero individualista.

Con todo, hago memoria y me vienen a la mente las palabras del Ángel Gabriel a María: “Ninguna cosa es imposible para Dios”. Entré a la Católica a estudiar Derecho el año 1977. Otra vez ingresé el '82 para estudiar Filosofía

y Teología. El '94 volví como profesor de Teología. En todos estos años he conocido a muchos profesores y exalumnos que se han destacado al servicio del país y de la Iglesia. El desafío que tenemos por delante es en sentido estricto imposible de alcanzar con nuestras fuerzas. Pero para el Espíritu Santo no hay nada imposible. Con su ayuda podemos inclinar esta Universidad servicio generoso de la causa de Cristo.

Los diversos carismas, movimientos e iniciativas cristianas particulares son expresión del Espíritu. El Espíritu es el amor de Dios que hace que cada uno exprese al máximo la originalidad que Dios le ha dado para compartirla con los demás. Mientras más Espíritu más originalidad. La Universidad tiene una enorme necesidad de pluralidad de carismas. Nadie puede pretender “arrancarse con los tarros”. Nada habría más insensato que algún grupo particular tratará de “tomarse” la Católica. La tolerancia es el mínimo. El máximo es la colaboración. Hay que aspirar al máximo. Para lo que tenemos por delante se requerirán muchas visiones distintas. Mientras más interpretaciones de Cristo, mejor. Pero de Cristo, no otras imágenes acomodadas de Él.

Unos mirarán el futuro a partir de una experiencia de Dios que pone énfasis en la meditación de la Palabra o en el amor a la Virgen; otros en el discernimiento de la voluntad de Dios; algunos se aferrarán más a la riqueza de la Tradición de la Iglesia; ojalá no falten los que subrayen la importancia de la oración, de la acción social, de la liturgia o del trabajo. Una diversidad así es acervo de “sentido”: modos distintos de sentir el mundo, pero convergentes en una misma dirección. Hoy se necesitan muchas ideas nuevas, y compartirlas y echarlas a la discusión. Los diversos movimientos de espiritualidad

harán el juego a la Universidad en la medida que la ayuden a ser Católica: plural hacia adentro y universal en su servicio hacia fuera. Urge que surja en nuestro medio una generación que se deje cuestionar por los acontecimientos de la época, que se haga preguntas, que no se contente con cualquier respuesta, que sea capaz de entrar en el debate de los grandes problemas, que invente alternativas, que sea valiente y desprendida. Me parece que los diversos movimientos debieran ampliar su propuesta de “camino de perfección”, animando a su gente a la batalla intelectual por un mundo mejor dentro y fuera de la Universidad.

Termino. Los diversos carismas y espiritualidades son fruto del Espíritu de Jesús para reconciliar el mundo con Dios y a los hombres entre sí. Dentro de la Universidad Católica ellos expresan la misión amplia de la Iglesia que no es otra que la misión de Cristo. La santidad no consiste en no cometer errores. Tampoco consiste en preocuparse del prójimo “por cumplir”. La santidad consiste en amar. Amar como amó Jesús, gratuita y desinteresadamente a todos, pero en especial a los que nadie ama. “Lo que necesita el mundo hoy es una generación que ame”. La santidad consiste en buscar el reino y su justicia, aunque para lograrlo se cometan muchos errores y haya que pedir perdón muchas veces. ¡Perdón!

EL SACRIFICIO DE JESUS

Cualquier persona que haya sufrido sabe que el sufrimiento no tiene justificación. Sin embargo, los cristianos recuerdan y celebran un hecho doloroso, la cruz de Jesús. ¿Por qué? ¿A quién pudiera agradar el sufrimiento

de Jesús? ¿A Dios? ¿Qué Dios? ¿No se presta la cruz para legitimar dolores y sacrificios humanos muy abominables?

Es delicado hablar del valor del sacrificio. No por nada esta palabra se ha desprestigiado. Pensemos en el sacrificio de generaciones de esclavos que hicieron posibles civilizaciones grandiosas, Grecia, Roma... Para nuestra mentalidad moderna, el más aberrante de los sacrificios ha podido ser la inmolación ritual de seres humanos para calmar la ira de Dios y granjearse sus beneficios. Pero el mundo moderno ha sido más cruento que cualquier religión arcaica. Recordemos el holocausto de los judíos durante la Segunda Guerra, los crímenes de Stalin o la explotación capitalista. ¡Cuánto sacrificio forzoso e injusto!

También el cristianismo ha desprestigiado la palabra sacrificio. Todos los sufrimientos que los cristianos en dos mil años han infligido a otros en nombre de Cristo –¡qué bueno que un Papa pida perdón por ellos!, ocultan el significado de la cruz de Jesús. En esta larga historia, hay que notar un hecho especialmente grave. Durante el segundo milenio y hasta hoy día, se introdujo en la Iglesia una tergiversación muy grave del sentido del sacrificio de Cristo: Dios, como un ser ofendido y justiciero, habría exigido la muerte de su Hijo como pena por el castigo que la humanidad merecía por su pecado. En otras palabras, que Dios habría salvado a la humanidad a cambio de que un hombre le fuera sacrificado. No sería raro que esta imagen macabra de Dios haya servido para justificar lo injustificable: el sufrimiento humano.

El sentido del sacrificio de Cristo, sin embargo, es exactamente el contrario. En coherencia con su historia

de entrega a los demás, el hombre que sacrifica libremente su vida en la cruz es Dios mismo que, cuando ama, ama con todo y no en parte, que no da algo sino a sí mismo y por entero. El sacrificio del hombre Jesús en vez de compensar a Dios, constituye la entrega de Dios para compensar, sanar y realizar a la humanidad, la más querida de sus criaturas. Toda la vida de Jesús no es otra cosa que consuelo de Dios para el hombre o la mujer que sufre, perdón por sus errores, curación de sus enfermedades, solidaridad con las víctimas inocentes, en una palabra, amor extremo. El castigo que Jesús sufre en el Gólgota no le viene de Dios, sino de los hombres. Ese castigo es la consecuencia última de la maldad humana, no divina. Dios no castiga. Dios no necesita que nadie sea castigado o sacrificado para salvar. Dios es omnipotente: ama gratis. Es la humanidad la que ha necesitado que Dios se sacrifique por ella, que llore en su lugar y en su lugar cargue el peso que la agobia. Todo sin esperar nada a cambio.

A Dios sólo le agrada el amor, el de Jesús y el nuestro cuando consiste en amarnos unos a otros como Jesús nos ha amado. Dios nos regala a Jesús, pero no es sádico. Jesús nos da su vida, pero no es masoquista. Dios goza con nuestra liberación del mal y del dolor. Goza toda vez que prolongamos el sacrificio de Jesús, sacrificándose los padres para que los hijos tengan mejor educación (sin sacarles en cara nada), ofreciendo el perdón a los enemigos (que, arrepentidos de ofendernos, no pueden empero restituir), dando a los pobres “hasta que duela” (como diría el Padre Hurtado) o simplemente padeciendo con los que padecen.

¿Hasta dónde se entiende el sacrificio de Jesús? No sé. Pero en Semana Santa los cristianos recuerdan y celebran la resurrección de Jesucristo crucificado: no el

dolor, sino el triunfo del amor sobre el dolor; el dolor del amor que triunfa sobre el pecado.

ORIGINALIDAD DEL CRISTIANISMO

Es curioso. El cristianismo parece tan obvio. No lo es. Lo más raro es que solemos entender por cristianismo precisamente todo lo contrario: decimos que “amar” cuenta más que “ser amados”. La inversión de su sentido obliga una y otra vez a explicar su originalidad. Explicarla, en la medida que el amor inmenso de Dios por la humanidad se deja comprender.

La deformación moralista

Si simplificamos las cosas a dos, a “dar” y a “recibir”, descubrimos que frecuentemente se identifica al cristianismo con dar, no con recibir. Dar amor, compartir los bienes, fregarse por los demás, cargar con los sufrimientos ajenos, etc., parece ser lo más alto y hermoso. Por esta senda los cristianos de izquierda exaltan la solidaridad y los de derecha la beneficencia. Inútilmente se re-criminarán unos a otros por su manera de concebir la caridad: ambas versiones del cristianismo consisten en lo mismo cuando privilegian el dar sobre el recibir. Por más que se afinen diferencias, comparten una tara fatal. Todo falla cuando ilusoriamente se cree que Dios nos ama si “damos”. Imaginamos que ante Dios vivimos bajo “libertad condicional”: si nos portamos bien, Dios nos mantendrá su confianza; si le desobedecemos, volverá a castigarnos. Creernos dignos del favor de Dios,

ganarnos su premio, desarrollar toda la vida ética buscando su aplauso, constituye la aberración más grande de la fe cristiana y, sin embargo, para el común de los mortales esta idea y esta práctica son tenidas por la más auténtica. A Dios no “se lo gana” nadie. Es El que “nos gana” con su amor magnánimo. Pero los “moralizantes” quieren que creamos que Dios es comerciante y nos echan a competir contra El y entre nosotros.

En cuanto “moralizantes” nos vanagloriamos de nosotros mismos, de la pureza de nuestras almas o actividades, en la misma medida que criticamos y despreciamos a los demás. Al no haber experimentado el amor gratuito de Dios, no conocemos la verdadera libertad y reciclamos el miedo en que vivimos. Porque no tenemos noción de un perdón radical, desconfiamos de Dios y del hombre. Y esto es lo más grave: para protegernos de Uno y de otro pretendemos asegurarnos la existencia imponiendo al resto nuestra interpretación rígida de la fe, la moral y la liturgia. Los “moralizantes” de todos los tiempos, de izquierda o de derecha, juzgamos duramente al prójimo porque queremos su salvación, pero no lo queremos a él ni a ningún ser humano en particular: ¡queremos manipularlos! Por esto, la conversión auténtica no consiste en pasar del catolicismo tradicionalista al cristianismo liberal, ni viceversa. Cualquier conversión verdadera se asemeja a la de San Pablo que desechó la justificación por las buenas obras para obtenerla de la pura fe en la bondad misericordiosa de Dios. Para San Pablo las obras buenas son prueba de la autenticidad de esta fe, pero nunca un “derecho” a la benevolencia de Dios.

Dios no da para que le demos, ni porque le demos nos da. La lógica del mercado, válida en sus límites, no debiera aplicarse a Dios, pero tampoco a las relaciones

humanas en su nivel más profundo. En estos terrenos la competencia no perfecciona, arruina. ¿Puede haber algo más nocivo que “comprarse” los padres el cariño de los hijos?, ¿que validarse como padre con la promesa de una moto? Dios que nos ama sin condición y desinteresadamente, nos mueve a amar gratuitamente. La prueba de que Dios ama así es que Jesús no murió por los “buenos”, sino por los “malos”. No existe caso mayor ni más nítido de amor desinteresado. ¿Qué ganó Dios con la muerte de su Hijo? Ganó a los “malos” que en vez de dar a Dios algo a cambio (dinero, buenas obras o rezos), reciben de Él todo.

El ser humano sólo merece algo de Dios en Cristo. Jesús por su obediencia radical y por su inocencia, mereció de su Padre la vida nueva para sí y para la humanidad, pero no de un modo mecánico. Librementemente, porque Dios desea la salvación y jamás la perdición de la humanidad, el Padre resucitó a Jesús de la muerte y convalidó su sacrificio a favor de todos nosotros. En Cristo, también nuestros sufrimientos voluntarios y buenas obras son recompensados, pero no porque fuercen a Dios a premiarnos, sino porque en Dios todo lo que hay es amor. Cuando la gracia de Cristo predomina en nosotros, no recibimos más que dando porque no hay otra manera de dar que recibiendo. Así funciona la verdadera libertad, tan distinta de la libertad que es concesión de la ley o de los poderosos que no impera desde dentro y por amor, sino desde fuera y por miedo.

Pero recibir es difícil. Recibir es tan difícil como admitir ser perdonado. Si para recibir hay que agradecer, la forma sublime del agradecimiento es reconocer la propia miseria y aceptar humildemente el perdón. Más fácil es no reconocer deuda alguna y esforzarse en hacer que los deudores sean los demás, Dios incluido.

Recibir para dar

A decir verdad, no es que ser amados cuente más que amar. Ambos aspectos del amor son importantes, pero si se trata de poner las cosas en orden, no se puede amar bien sin haber sido amado primero. Lo que el hombre puede ofrecer a Dios no es nada que Dios no le haya ofrecido desde siempre. Ama y sigue a Jesús el que ha sido querido y llamado por Jesús. Cree en Dios ése a quien Dios ha dado motivos para creer en El. La ética cristiana extrae su verdad y su fuerza de la experiencia del amor de Dios en Jesús, en quien la bondad se ha personificado hasta las últimas consecuencias. La responsabilidad del cristiano se nutre de la “irresponsabilidad” de un Dios que ama a los pecadores. El cristianismo es una religión eucarística: el cristianismo es pura acción de gracias a Dios por tanto amor inmerecido que se traduce en amar alegre y gratuitamente.

La preeminencia del amor pasivo es un dato psicológico corriente. Si faltan los progenitores, otros con amor podrán suplir en el huérfano lo fundamental. Pero, quien en vez de amor sólo ha conocido el desprecio y el abandono, aunque tenga padre y madre, se le verá languidecer y pasmarse o creará que tiene buenas razones para desquitarse de la sociedad. El amor gustado, amor auspiciador o reparador, crea personalidades seguras, fantasiosas, arriesgadas, flexibles, tolerantes y afectuosas.

En cuestiones de religión, no se trata de pasar en las iglesias de la guitarra al órgano ni viceversa; de la comunión en la boca a la comunión en la mano ni viceversa. No hay que confundir lo principal con lo secundario. Todo se juega en experimentar la Bondad Inconmensurable, y en creer en ella más que en esa

“idea” de Dios que hemos forjado de El para defendernos de sus ganas de hacernos cariño. Sólo así podrá pasarse de una religiosidad “amarga” a una religiosidad “contenta”.

La religiosidad “amarga” es patológica. ¡Cómo puede ser sano que nos persigan para embutirnos la opción por los pobres del mismo modo como se rellena un pavo! Parecida molestia nos causa esos fieles a los que el temor al pecado y al infierno les ha chupado toda simpatía, y procuran la salvación de los infieles acosándolos e inhibiéndolos. Las sectas trafican con el miedo. Convierten el anuncio de la Buena Noticia del Evangelio en un manual de adoctrinamiento. La verdad estará siempre y toda de su parte; el error, siempre de la parte contraria.

La religiosidad “contenta”, en cambio, no violenta al prójimo. A nadie fuerza a la fe porque la fe es una gracia antes que una obligación. Tan hermoso es tomar la comunión en la mano o en la boca, si se hace con devoción. La religiosidad “contenta” no se juega en pequeñeces, va a lo fundamental. En vez de criticar a los demás y condenarlos, se contamina con ellos y carga con sus miserias. Esto hizo Jesús. De Belén a nuestro tiempo, Jesús ha compartido nuestra miseria para que podamos compartir la bondad de su Padre y agradecerla. El Hijo de Dios desde toda la eternidad es un Pobre que nada más devuelve a su Padre lo que desde siempre ha recibido libremente de El. La religiosidad “contenta” es agradecimiento puro. Mientras el cristianismo sea la religión de los débiles y los pecadores arrepentidos, mientras éstos amen a su vez desinteresadamente a los inútiles y a los “malos”, el mundo sabrá que hay un dar tan gratuito como el recibir que lo origina.

“EL POBRE ES CRISTO”

La campaña de la última Cuaresma impulsada por los obispos de Chile reproduce exactamente la intuición más profunda del Padre Hurtado: “El pobre es Cristo”. Y, más importante aún, expresa el fondo del Evangelio. De una imagen de Jesús, el aviso sostiene “él es Cristo”; de una fotografía de un pobre dice “él también”. Pero ¿es posible admitir algo semejante? ¿No es ésta una exageración? ¿Un exabrupto devoto?

Falsa y verdadera identificación

En un sentido, no es posible identificar a Jesucristo con los pobres ni con nadie. Para los cristianos Jesús es Dios. Y Dios, si bien se manifiesta en la creación como el músico en su música, no es parte suya ni depende de ella más que en el caso de Cristo. María no es Dios. Los pobres tampoco lo son. Ya el libro del Génesis destaca la separación entre Dios y su creación, apartándose de las mitologías orientales vecinas que mezclaban a las divinidades con los sucesos mundanos, y que terminaban haciendo del mal un hecho divino y, en consecuencia, “natural”. Para la Biblia el mal, y más precisamente la pobreza, es fruto del pecado del hombre, una realidad aborrecida por Dios.

Pero aun sucede que los seres humanos, creyentes o ateos, solemos absolutizar ciertas cosas o ideas, rindiéndoles una adoración que no merecen. Motu proprio identificamos -para protegernos o para obtener algún beneficio- realidades mundanas con Dios mismo o su equivalente en dignidad. Los poderosos, cuando les conviene, divinizan el mercado. En el campo religioso hay devotos que creen tanto que Cristo está en la hostia

que ninguna otra criatura les parece que puede acercarnos a él.

El pobre no es Cristo. Es muy sano notar la diferencia. Los pobres son los predilectos de Dios por su dolor, por la injusticia padecida. También por su pobreza moral: Dios ama con preferencia a los que no tienen ni siquiera virtudes para intercambiar con El. Ellos, como todos, tienen muchos vicios y taras. Es indispensable observar su diferencia con el Inocente que comparte el destino de los pobres para liberarlos de la pobreza porque, de lo contrario, no será posible para nosotros amarlos -ni amarse ellos a sí mismos- sin justificar su injustificable situación.

Cuando no se observa esta diferencia se cae en mistificaciones de los pobres, del pueblo y de las causas populares que, en vez de ayudar a los pobres a salir de la pobreza, sirven paradójicamente para mantenerlos en ella. Se mistifica a los pobres cuando se los hace depositarios de toda verdad y justicia, aunque estén equivocados, como si su dolor por sí solo exculpara cualquier error y eximiera de la fatiga de inventar una sociedad igualitaria. Entonces, y aunque se desee todo lo contrario, la “divinización” de los pobres suele traducirse en una “eternización” de su miseria.

Lo que es imposible para el hombre no lo es, sin embargo, para Dios. No corresponde identificar al pobre con Cristo, pero Cristo se ha identificado con él y ha pedido ser reconocido en el hambriento, el sediento, el forastero, el desnudo, el enfermo y el preso (Mt 25, 31-46). Se nos dice que Dios se ha hecho hombre. La cuestión es todavía más profunda: “Dios se ha hecho pobre”.

El testimonio bíblico de la parcialidad de Jesús con los pobres es tan abundante que habría que tijeretear

todo el Nuevo Testamento para dar escapatoria a los ricos. No hay escapatoria, lo que hay es conversión. No se trata de que los ricos estén condenados ni que Dios los odie o algo semejante, sino que, aunque sea difícil de entender, sólo es posible gustar el amor de Dios en la medida que se comparte la experiencia de empobrecimiento del Hijo de Dios en favor de la humanidad triste y expoliada. Jesús nació pobre, vivió como pobre entre los pobres y murió desnudo en la cruz, todo para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9).

¿Por qué son así las cosas? Es esta una cuestión de fe. No es posible comprenderla más que entrando en el despojo divino: entiende el que cree y cree el que imita la generosidad de Jesús. En las cosas de la fe, la práctica lleva la delantera a la teoría: conoce a Dios el que ama al que sufre y sólo lo ama el que se perjudica a sí mismo en su favor. Al contrario, si la fe manda vestir al desnudo sin esperar recompensa alguna, la opinión común ordena huir de él, vestirlo para que no friegue o para jactarse entre los iguales.

Creer que el “pobre es Cristo” es una paradoja de la fe, pues no depende de nosotros establecer la identificación sino simplemente reconocerla y sacar sus consecuencias. Pero tampoco en el ámbito de la fe el asunto es tan fácil. También a los creyentes ronda el espíritu mercantil que espera devengar algún provecho incluso de las intuiciones místicas más profundas. Creer que “el pobre es Cristo” no se presta al comercio con Dios sólo cuando significa, primero, recibir a Cristo en el pobre y, segundo, servirlo como merece.

Recibir y dar a Cristo en el pobre

Para dar es preciso recibir. Es fácil dar a los pobres sin

recibir de los pobres. Aparentemente, no tienen nada que dar. Además, está de moda ser caritativos con ellos y, mejor aún, reproduce el sistema. Pero recibir de los pobres, recibirlos, es difícil y pone en jaque el Estado del Bienestar y la Cultura de la Mendicidad.

Cuando recibimos a Cristo en el pobre, en cambio, somos humanizados por Él. Cuando el pobre entra en nuestra vida la desordena, nos pone en crisis, porque no es posible seguir siendo los mismos si damos espacio a su vida, a su pena, a su historia de luchas y fracasos. ¡A su esperanza! En ninguna relación humana la vanidad tiene futuro. Recibir al Cristo pobre genera una suprema humildad. El pobre arruina nuestros proyectos. Delante suyo hacemos el ridículo. Frente al pobre, ante cualquier ser humano, sólo toca la torpeza: no podemos manipular su reacción. ¿Enrostrará nuestra egolatría? ¿Acogerá nuestra propia miseria? El pobre es factor de humanización porque incorpora simbólicamente la verdad antropológica más honda: ¡todos somos pobres! No somos nada que, en última instancia, no hayamos recibido de Otro por medio de otros. Y, en consecuencia, sólo en cuanto pobres y empobreciendo unos por otros, podemos comunicarnos auténticamente. Esta es la pobreza de espíritu, la pobreza de Jesús, gracia abundante del Evangelio y condición absoluta del mismo.

El pobre es Cristo que carga con las consecuencias de nuestra injusticia social, amén de nuestra caridad humillante y nuestro voluntariado disfrazado de caridad. Sobre todo, en el Cristo pobre Dios nos ofrece su perdón. Recibir al pobre es exponerse a la terrible prueba de ser juzgados y redimidos por Él. Todo se invierte: ¿quién da y quién recibe? Cuando el pobre es Cristo, el que da recibe y el que recibe da.

Nuestra sociedad está amenazada por la mendicidad, otra forma sutil y grave de deshumanización. A corto plazo es imperativo mitigar los efectos de la miseria más resistente. A largo plazo necesitamos integrar a los pobres con su participación y su derecho a equivocarse, sus dolores y sus ilusiones.

Nada hay más grande que recibir a Cristo en el pobre, el crucificado de hoy. Cuando esto sucede, la transformación de la existencia es completa, la alegría no tiene comparación. La dadivosidad que utiliza la beneficencia a los pobres para incrementar la vanidad, es causa de alegrías discretas, puntuales, insuficientes para blanquear la fortuna acumulada con injusticia. También es precaria la alegría que produce la liberalidad destinada a puro aplacar a Dios. No es precaria, es absurda: Dios es amor. Pero cuando descubrimos que no estamos solos, que el menesteroso es persona e interpela, cuando somos acogidos por el Cristo pobre con nuestra propia finitud, la felicidad alcanza cotas de vida eterna.

Entonces surge la caridad auténtica. En un mundo cada año más desigual, los cristianos no se quedan esperando el Santo Advenimiento. Dan hasta que duela: íse dan ellos mismos! Son capaces de arruinarse la vida, contentos, para rescatar a los niños, a los ancianos, a cualquiera que sucumba en la marginalidad y el abandono. Comienzan por casa: soportan al hijo limitado, por años acuden a su llanto. Toleran crucificados la rapiña del adolescente drogadicto. Cuentan con la lucha de los últimos y sus raquíticos intentos de salir adelante por sus propios medios. Disciernen la limosna: una ayuda localizada, oportuna, proporcional puede alentar una recuperación o sostener siquiera una muerte digna; pero una ayuda bobalicona, egolátrica y desmesurada

puede aniquilar una personalidad incipiente y corromper los sistemas de solidaridad que los pobres tejen con sacrificio. No puede haber pecado mayor que convertir a un pobre en un mendigo. Ni habrá milagro más milagro que hacer de un mendigo un hombre digno capaz de cuestionar a fondo las seguridades, las costumbres, las asociaciones y las ideas equivocadas de santificación que hemos elaborado para utilizarlo.

Todo lo anterior es generosidad auténtica y no a medias, en la medida que cumplimos el mandato de Paulo VI de “no dar como caridad lo que se debe por justicia”. La beneficencia cínica y fraudulenta, que devuelve a los pobres lo que se ha robado a los pobres, si no es posible descartarla del todo conviene llamarla por su nombre.

En conclusión

No podemos divinizar a los pobres. También ellos necesitan convertirse. Dios no quiere su pobreza, ella es consecuencia del egoísmo humano. Pero para erradicarla Dios cuenta con los pobres, en vez de acudir en su socorro de modo paternalista, prescindiendo de su dolor y de su lucha por levantarse. En la Encarnación Dios se identificó con el pobre Jesús, hasta el despojo radical de la cruz, para que lo reconociéramos como el Dios que reconcilia el mundo desde su revés, tomando partido por los perdedores de la historia.

La identificación de Dios con Jesús pobre es una cuestión de fe. El que cree, cree. El que no cree, no cree. El que no cree hallará buenas razones para desentenderse del pobre o para seguir utilizándolo en pro de la hermosa idea de sí mismo. El creyente, en cambio, verificará su fe permitiendo que el pobre, sacramento de

Cristo, lo empobrezca en un comienzo y lo enriquezca hacia el final.

LA INCOMODIDAD DEL PADRE HURTADO

Es incómodo recordar al Padre Hurtado. Alberto Hurtado reclama algo de nosotros y contra nosotros. Si lo hiciera a título personal no importaría. Lo hace a nombre de Dios y nosotros sabemos, lo sabe la Iglesia, que Dios está de su parte.

Hoy se ha casi domesticado su figura haciéndolo el patrono de la beneficencia. Pero habrá que mover mucha tierra para sepultar su predicación contra la injusticia. ¿Cómo es posible dar como caridad lo que se debe por justicia? Recomendando la lectura de Humanismo Social. Alberto Hurtado sacó roncha especialmente entre algunos católicos de condición acomodada. Llamó a su catolicismo “paganismo con un manto social de cristianismo”. ¿Con qué derecho? ¿Qué tipo de “buena nueva” es ésta? El amor de Dios tiene un reverso: la ira santa. Cuando alguien ama tanto a los pobres tiene plena autoridad para poner el grito en el cielo al ver las consecuencias atroces de una pobreza causada en definitiva por lo que Alberto Hurtado llamaba “insensibilidad social”.

¿Incomoda sólo a los cristianos? No es necesario ser creyente para sentirse interpelado en favor de los pobres. Cristo resucitado también mueve a los hombres y mujeres de buena voluntad a reconocerlo en los más postergados. Por lo mismo, tampoco extraña que haya no creyentes que eviten el tema y, al revés, que otros crean en el P. Hurtado más que en Dios mismo.

¿Qué hacer para que Alberto Hurtado no incomode? Hay dos salidas: una buena y otra mala. Algunos católicos recurren a una antigua treta pagana: la separación de lo sagrado y lo profano. El procedimiento es simple. Se resta la presencia de Dios y de su Cristo de todo lo que no interesa o parece pecaminoso, los pobres, por ejemplo, y se concentra esa presencia exclusivamente en capillas, libros y cosas sagradas, en catálogos de mandamientos y ritos purificatorios. Para esta religiosidad quien no va a misa comete “pecado mortal”, pero el que vive en la abundancia y con exceso mientras los pobres gimen crucificados no peca ni siquiera venialmente. ¿Cómo es posible alterar tan a fondo el cristianismo? No es posible. Para ello se recurre a la beneficencia: dinero, ropa, alguna cocina que si se la arregla puede servir... La beneficencia es una mala salida cuando utiliza a los pobres como medios de la propia santificación. ¡Falsa santificación! Nadie puede santificarse aprovechándose de los demás: las personas son fines, nunca medios. Ni las empresas ni el Estado ni ninguna organización altruista, nadie puede honestamente pretender ayudar a los pobres si con ello procura, en realidad, otra cosa: una inversión en dinero, fama o poder delante de los hombres o de gracia delante de Dios.

La otra manera de superar esta incomodidad es acoger el Evangelio. Cuando alguien recibe a Cristo en el pobre, cuando el Cristo pobre toca el corazón y perdona la egolatría camuflada de generosidad, la incomodidad se transforma en pasión de amor incontrolable por cambiar la suerte de los que la sociedad usa y desusa. Desde entonces ya no habrá que dar limosnas para satisfacer el “qué dirán” ni tampoco para captar la simpatía de Dios. Una vez que el pobre deja de ser mero objeto de ayuda, una vez que se le reconoce como persona capaz

de influirnos y enriquecernos con sus ganas de vivir, su pena, su lucha y su esperanza, entonces sí es posible hablar de caridad. Un amigo no me entiende: que los pobres puedan evangelizarnos, le parece una opinión ideológica. Le podría replicar con la teología de San Pablo. Pero, en definitiva, es ésta una tesis de la fe en sentido estricto y, antes que nada, una gracia. Sólo pregunto: ¿acapararían los ricos los bienes que Dios creó para todos y no sólo para ellos, si los pobres les comunicaran su esperanza? No. Si creyeran de veras en el amor de Dios no les sería necesario asegurarse la vida rebajándole el sueldo a los demás o aprovechándose de su miserable oferta de trabajo.

El amor auténtico tiene dos vías: dar y recibir. Pero esta costumbre de dar sin querer recibir y de recibir sin poder dar, arruina tanto a los que piden con indigno lloriqueo como a los que dan cosas preservándose en lo personal. En la medida que Chile convierte a sus pobres en mendigos en vez de hacerlos seres dignos, capaces de participar personalmente en el destino común, el país envilece por arriba y por abajo. El cultivo de la mendicidad nos está haciendo un daño enorme. En Chile la distribución de los bienes mejora en algunas cosas y en otras empeora. Pero el modo de compartir es deletéreo: chorro, asistencialismo, paternalismo y limosna indolora.

Cuando la incomodidad del Evangelio es acogida con amor todo cambia. Ganan todos, nadie pierde. El que se convierte a Jesucristo descubre que lo que hasta ahora lo fastidiaba y era motivo de maldición, el pobre, desde ahora le causa una alegría enorme y es motivo de bendición. En tantas instituciones humanitarias Dios recicla lo que ha podido ser beneficencia interesada en

caridad auténtica. Si la meta de la beneficencia pura consiste en compartir entre el que da y el que recibe -caridad que sana la sociedad en la raíz-, la beneficencia por descargar la conciencia o para reparar una injusticia se encamina a esta meta en la medida que sirve a Cristo en el pobre, porque Dios es el autor de una y otra, y Dios es capaz de sacar amor incluso de nuestra ambigüedad.

¡Bienaventurados los pobres de espíritu! Los que a imitación de Jesús se despojan con sacrificio de lo que necesitan, no de lo que sobra, para que los crucificados de hoy sean los resucitados de mañana. La conversión se expresa en milagros: el indigente que comparte su pan con el indigente; los universitarios que en vez de calcular su jubilación por anticipado gastan sus vacaciones trabajando con los pobladores; los profesionales que viven al justo y no con lo que les asigna el mercado, porque lo único que les interesa es entregarse con alma y cuerpo a cargar con quienes más lo necesitan; los fieles cristianos que dan el 100% a su Iglesia en lugar de dar plata y poca; una Iglesia que acoge con infinito amor el dolor y el pecado de pobres y ricos, y con incansable paciencia tiende entre ellos puentes de solidaridad y reconciliación.

No es fácil. Creer que “el pobre es Cristo” como creía el P. Hurtado es, antes que una obligación, una intuición mística que si no se ha recibido habrá que pedir con insistencia.

EL JESUS DE KAZANTZAKIS EN LA PELÍCULA DE SCORSESE

Me referiré al Jesús de la película de Scorsese, es decir,

ni exactamente al Jesús del libro de Niko Kazantzakis *La última tentación de Cristo* en el que se basa, ni necesariamente a la imagen de Cristo personal de Scorsese. Asumo otra regla interpretativa: la intención de Scorsese no es catequética, como tampoco lo ha sido la de Kazantzakis, sino artística. Es legítimo recrear la vida de Cristo, también los artistas deben hacerlo. Aunque en este caso hay que advertir desfiguraciones teológicas menores y mayores. Además de los reparos que se señalarán en adelante, resulta odioso, por ejemplo, que Pedro aparezca como un pelele y la Virgen como una más entre las madres posesivas.

La intención de este artículo es presentar y juzgar teológicamente el film. Al hacerlo, en un primer momento, me detengo en el Jesús de la Iglesia con el objeto de ofrecer a los lectores un marco fundamental de juicio que les permita discernir en esta película u otras realizaciones artísticas parecidas el valor teológico de cada una de ellas. A nadie pido que vea el film, pero si se interesa por él espero ayudarle a comprenderlo críticamente.

El Jesús de la Iglesia

¿Qué enseña la Iglesia sobre la identidad y sobre la humanidad de Cristo? ¿Cuál es su doctrina acerca de la psicología humana del Hijo de Dios? En la teología cristiana hay fundamentalmente dos modos de concebir a Jesucristo: para la tradición alejandrina, Jesús es un Dios humano; para la tradición antioquena Jesús es un hombre divino. Ambos enfoques son legítimos en la medida que conceden a Jesús enteramente, y no en parte, la divinidad y la humanidad. La tradición alejandrina subraya que la salvación es posible en cuanto la actuación humana de Jesús refleja el querer y el poder de Dios. La

tradición antioquena, en cambio, enfatiza que Dios ha podido la salvación con la actuación y la libertad humana auténtica de Jesús. La postura antioquena cae en la herejía “nestoriana” cuando hace pensar que la unidad de Cristo proviene de la concurrencia en Él de dos sujetos, el Hijo de Dios y Jesús de Nazaret, y especialmente cuando por hacer a Cristo más parecido a nosotros le concede la posibilidad de pecar. La postura alejandrina, por su parte, se transforma en herejía “monofisita” cuando al privilegiar la unidad del Hijo de Dios hecho hombre menoscaba en algún sentido su humanidad, en particular su adhesión libre a la voluntad de su Padre.

La regla de oro en la concepción de Jesucristo consiste en creer que el Hijo de Dios es igual a nosotros en todo, excepto en el pecado (Hb 4,15). La dificultad, empero, crece en la medida que se busca aclarar cómo se articula en Él su conocimiento y libertad humanas con su conocimiento y libertad divinas. Contra quienes sostenían que en Jesucristo sólo hay una actividad y una voluntad divinas, las del Hijo de Dios, pues de esta manera se pensaba preservar la imposibilidad en Él del pecado, la Iglesia definió que en Jesús hay también una actividad y voluntad humanas, sujetas perfectamente a la actuación y al querer de Dios. En otras palabras, en su existencia terrena, “kenótica”, limitada y no “gloriosa”, Jesús comparte nuestra historicidad. Es decir, que las limitaciones de espacio y tiempo afectan realmente y no en apariencia el desempeño de su libertad y, por extensión, su conocimiento (Mc 13,32 y Mt 26,36-46). Pero no es necesario otorgar pecado a Jesús para hacerlo más humano, porque lo que se ha revelado en Cristo es precisamente que el pecado no forma parte de nuestra naturaleza, sino que es el principio exacto de su corrupción. “Por nosotros”, Jesús ha sido “uno con nosotros”

incluso en el pecado, pero sufriendolo, jamás causándolo.

Por su unión perfecta con su Padre Jesús se supo humanamente el Hijo de Dios, llegó a conocer sin error su misión, gozó de una sabiduría y bondad incomparables y fue inocente, careció por completo de pecado. Sin embargo, Jesús experimentó la tentación (Hb 4,15; Mt 4,1-11; Mc 8,31-33). No una tentación como la nuestra teñida de concupiscencia, este efecto del pecado que mueve a pecar de nuevo. Jesús experimentó la angustia de tener que elegir entre un bien verdadero y otro aparente. Si es posible registrar una última tentación de Cristo, la Escritura afirma que ésta tuvo lugar en Getsemaní y que Jesús la venció diciendo a su Padre: “Que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22, 42). Jesús no pecó, pero ¿pudo hacerlo? De ninguna manera: Jesús vivió absorto en la misión de su Padre, la liberación amorosa de la humanidad del pecado y de la muerte.

De la sexualidad de Jesús poco nos habla la Escritura. Sabemos que fue célibe por consagrarse enteramente al advenimiento del Reino. Si aplicamos los principios explicados con anterioridad al campo de su sexualidad, podemos imaginar que en el caso de Jesús su integración psicológica y afectiva ha sido lograda en plenitud. Jesús no sólo fue hombre, fue más hombre que cualquiera. ¿Tuvo una sexualidad como la nuestra? Por supuesto. Pero la ejerció de un modo radical y bastante distinto a como lo hacemos nosotros. Para amar a todos personal y radicalmente, Jesús eligió no hacer nido en parte alguna. “El hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”, decía de sí mismo, no porque le tuviera miedo al sexo o el sexo le pareciera pecado, sino porque su entrega a los demás no podía sino ser total. Jesús no

pecó, pero tampoco pudo entrar en relaciones sentimentales que menoscabaran su pasión por rescatar a la humanidad del egocentrismo y la egolatría.

La vida como misterio de Dios

A la luz del Jesús de la Iglesia, analicemos ahora la película. El escenario de ésta es teológico. El film se abre con Jesús colaborando con los romanos en la crucifixión de los galileos y se cierra con su propia crucifixión. Entre el Jesús obligado a crucificar a los suyos y el Mesías que se somete a su Padre en su propia cruz, se da en Él mismo todo un proceso de conversión a Dios, una lucha agónica por alcanzarlo.

Para Kazantzakis la vida es una lucha entre la carne y el espíritu, lo natural y lo sobrenatural, esta vida y el cielo, el Demonio y Dios. El hombre, el hombre Jesús en especial, es el campo de batalla. No existe tregua ni neutralidad: Jesús es llamado incesantemente a cumplir la voluntad salvífica de Dios contra los engaños del Tentador. El designio de Dios se impondrá de un modo inexorable, pero no contra la libertad humana, sino queriendo humanamente la redención.

La salvación consiste en trascender de este mundo al de Dios. Da la impresión de que Kazantzakis desprecia la carne lisa y llanamente como un gnóstico vulgar. Este mundo, la carne, el mero hecho de ser humano, es ocasión de tentación. Jesús procura la salvación del alma, no la del cuerpo ni de las estructuras sociales. El Demonio arguye alabando la bondad de todas las cosas, la posibilidad de una familia, incluso la bondad de Dios. Pero este desprecio del mundo no es tampoco absoluto. En el huerto alaba a su Padre por ambos mundos. Dios, sin embargo, lo llama a renunciar al terreno, a rehusar a

sus más legítimas inclinaciones naturales, para abocarse exclusivamente a la salvación de la humanidad.

Dios Padre es trascendente, pero patético. Cruel, si no fuera porque efectivamente quiere la salvación de la humanidad. No se comunica como lo hacen los hombres. Mientras el Demonio habla a Jesús con una claridad cartesiana, Dios le explica las cosas de a poco, con voces extrañas y sombras, sin suprimir en Él la necesidad de discernir la verdad de la mentira. En la película no existen las “teofanías” del Nuevo Testamento (bautismo y transfiguración). Dios y su intención redentora por la vía de la cruz, son un misterio inescrutable y opaco. Dios es un misterio, el hombre es un misterio. La identidad de los principales personajes de este drama está por ser develada, resuelta en su ambigüedad divino/satánica: “¿Quién eres?”, se preguntan unos a otros.

El Jesús de la película

El Jesús de esta película es tan humano que no parece que sea divino. Pero, por otra parte, está tan absorto en el querer de su Padre que lo percibimos distinto de sus contemporáneos, en conexión mística continua con la presencia o la ausencia de Dios.

Esta interpretación de Cristo pertenece a la tradición del hombre divino. ¿Concede a Jesús identidad divina? No la niega. Todo el énfasis teológico está puesto en la cruz y no en la Encarnación. Pero si no afirma explícitamente la divinidad de Jesús, hay varios episodios que parecen suponerla: Jesús obra milagros fabulosos como la resurrección de Lázaro, utiliza el pronombre “yo” como sólo Yahvé hizo en el Antiguo Testamento, cuando lo interrogan por Dios en el Templo dice: “Yo

estoy aquí". Y en una escena bastante torpe se saca y ofrece el corazón, como el Cristo de la devoción moderna.

En este Jesús impresiona la tenacidad de un hombre timorato por cumplir la voluntad de Dios. Experimenta el miedo, la confusión, la ignorancia, el error y la duda sobre cosas no menores, sino sobre su identidad, sobre Dios y sobre su misión. ¿Es posible admitir tanta carencia? La cruz lo estremece, no entiende por qué Dios se la pide a Él, por qué lo persigue. Tampoco comprende cómo ella operará la salvación y, sin embargo, existe en Jesús una convicción profunda de que Dios ha hecho depender de la cruz su suerte y la de la humanidad. Hay en Él un conocimiento incondicionado de su Padre, "Dios me ama, sé que me ama", que el dolor insostenible de la cruz no logra anular, sino que pervive a las pruebas, jalándolo desde el futuro de un cielo prometido, pero todavía ignoto y oscuro.

Aunque llama la atención por su extraordinaria bondad, Jesús se considera a sí mismo un pecador. Al comienzo hace cruces para crucificar a su propia gente. ¿Por qué? Ni Él mismo lo sabe bien: ¿para desviar su misión de mesías en otros?, ¿para ganarse el odio (¿el amor?) de Dios? La cruz se ha apoderado de su conciencia, pero aún no logra discernir cómo ha de habérsela con ella. Reconoce no decir la verdad, su hipocresía, su orgullo por no consentir a las tentaciones sexuales. Todo se resume en el miedo: "Mi dios es el miedo". Pero es conmovedor contemplar a un hombre miedoso y débil luchar y vencer el miedo por alcanzar a un Dios que está más allá del miedo.

En suma, si Kazantzakis no descarta la divinidad de Jesús y, por otra parte, le otorga pecado, su Cristo es una rareza: ¿cómo podría el Salvador salvarnos si Él

mismo necesita salvación?

La salvación por la cruz

Toda la salvación se concentra en la cruz. La cruz domina absolutamente la vida de Jesús y, mediante Jesús, obliga a determinarse a todos los que lo rodean. Tan acentuada está su importancia, que la vida de Jesús y la vida humana en general parecen absurdas. La cruz es un misterio en sentido estricto: irracional porque enfatiza la ausencia de razón para el sufrimiento y salvífica porque querida.

Su muerte es tres veces querida: por su Padre, por Jesús y por las autoridades de su tiempo coludidas con la chusma y asistida por Judas. Jesús querrá como un pobre hombre, dramáticamente tentado, lo mismo que su Padre: la salvación de la humanidad. Sin embargo, los responsables históricos inmediatos de la condena de Jesús son los defraudados del “mundo de Dios” (el reinado de Dios) que Él ofrece universalmente, a condición de trascender de este mundo tentador.

En un escenario histórico y teológico no neutral, disputado palmo a palmo entre Dios y el Demonio, la cruz de Jesús es consecuencia de su predicación del “mundo de Dios” que se cumple de tres modos. Al principio Jesús anuncia el amor y la misericordia de Dios; luego toma del Bautista el “hacha” que representa el juicio de Dios al mundo endemoniado (presente en los enfermos, los ricos y el Templo); por último, le es revelado en sueños y mediante los estigmas de la cruz que ni la acción benéfica en favor de la humanidad ni la acción beligerante contra el pecado bastan, pues el auténtico Mesías es el Siervo Sufriente de Isaías, el Cordero, que erradica el mal del mundo y trae el perdón, porque carga

con el sufrimiento hasta la muerte.

La actuación de Judas es desfigurada de un modo genial. Ella se ubica en el plano de la Providencia. Al principio, Judas aparece como el zelota que intenta persuadir a Jesús con la rebelión violenta contra Roma. Judas es fuerte, Jesús es débil. Pero Jesús no cede a Judas y Judas sí cede a Jesús. Judas, discípulo de Jesús, jura asesinarlo si éste se desvía del mesianismo que él tiene en mente (“te seguiré hasta que entienda”). Cuando se hace manifiesto que el mesianismo de Jesús es el del Siervo sufriente, Jesús cobra a Judas la palabra. Así como Jesús jamás habría podido traicionar a su Padre, Judas no podrá traicionar la palabra dada a su Maestro: lo traiciona entregándolo a sus asesinos y quiere también él la muerte redentora del mesías.

La cruz sería del todo insensata, sin embargo, en el caso que no hubiera resurrección. Poco se dice de la resurrección. Pero se la insinúa. Se dice que lo primero es el dolor hasta la sangre, y luego será el cielo. Dentro del delirio de la “última tentación” Jesús combatirá a un San Pablo que proclama la resurrección de Jesús sin tener cuenta de las penalidades de su vida. Crucificado, Jesús dirá a su Padre: “Quiero morir y resucitar”.

Aunque la cruz es resultado de decisiones libres, ella se impone a los protagonistas con la necesidad de una tragedia que excluye cualquier otra posibilidad.

La última tentación

En el momento “crucial” Jesús no peca. Crucificado, este Jesús tal vez no habría podido zafarse y volverse a su casa, pero sí maldecir a su Padre por la cruz y abdicar interiormente de ser el Cristo.

La última tentación llega en el momento más importante, cuando Jesús sufre la debilidad al máximo. Pero esta última tentación supone las primeras, toda una vida bajo tentación. María Magdalena lo tentó con un amor matrimonial que culminaría una amistad de niñez. Jesús optó por Dios. Lo mismo sucede con María de Betania. María su madre lo tentó como buena madre a que volviera con ella. “No tengo familia”, le dice. “Mi Padre está en los cielos”. En otros momentos Jesús pedirá perdón a la Magdalena y a su Madre por no poder consentir a deseos tan naturales. Pide perdón por pecados que no parecen tales. Se culpa a sí mismo y exculpa a Dios. Las tentaciones del Demonio en el desierto (familia, poder, divinidad) desembocan en la última. El Demonio había prometido volver. A los pies de la cruz, haciéndose pasar por “el ángel de la guarda”, una niña luminosa y dulce que habla por Dios, que aclara sus dudas y le allana el camino, lo invita a descender. Le miente con la Escritura, le recuerda que Dios libró a Isaac de las manos de Abraham, su padre, para hacer creer a Jesús que ya ha sufrido bastante, que Dios no quiere que Él sea el Mesías, que no hay necesidad de sacrificio: “Dios te dio la vida”.

En justicia con la película, es imperativo distinguir en este momento la representación de la tentación de su aceptación o rechazo. La conciencia de Jesús se despliega justo cuando está a punto de comportarse como el Mesías y el Hijo, y el Demonio penetra en ella para hacerlo fracasar. El Demonio cuenta a Jesús una historia, la que efectivamente repercute en su interior engañándolo y confundiéndolo una vez más. Le hace contemplar la belleza de la creación. Le hace asistir a su propio matrimonio con María Magdalena. Una escena sexual provoca

los sentimientos de los espectadores cristianos, constituyendo el principal motivo de escándalo del film. El delirio se ha apoderado de la mente de Jesús. Pero no parece que, sea el caso de su unión con la Magdalena, con Marta y con su hermana María, y de los hijos que decoran al Jesús que envejece con tranquilidad, consista directamente en una tentación sexual grotesca, sino en que Jesús deje su misión de Mesías por una vida “natural”, apacible y normal.

Entonces irrumpe en la conciencia de Jesús su historia más auténtica, sus discípulos y Judas. Judas que ha cumplido su parte exige que Jesús cumpla la suya. Pide cuentas: “Tu lugar es la cruz”, “me rompiste el corazón”, “¿por qué no te crucificaron?”. Jesús señala al ángel. Judas revela a Jesús que la verdadera identidad del ángel es la del Demonio. De aquí en adelante Jesús emerge a la realidad con una oración estremecedora: “Padre, ¿me escuchas? ¿estás allí? ¿escuchas a tu hijo egoísta e infiel? Me resistí cuando llamaste. Creí saber más. No quise ser tu hijo. Perdón. Luché sin suficiente fuerza. Padre... dame tu mano. ¡Quiero traer la salvación! ¡Perdóname! ¡Da un festín! ¡Recíbeme! ¡Quiero ser tu hijo! ¡Quiero pagar el precio! ¡Quiero ser crucificado y resucitar! ¡Quiero ser el Mesías!”

Jesús no consiente a la última tentación. Con alivio extraordinario, dice sonriendo de alegría: “Se ha cumplido”, y muere.

El Jesús de Kazantzakis en la película de Scorsese ha sido clasificada por los expertos entre los films “escándalo”. Que esta interpretación de Cristo se aparte de la letra los textos revelados no constituye el problema principal. También los místicos meten en sus contemplaciones historias de su propia cosecha. También Jesús Christ Super Star y el Jesús proletario de Pasolini son

interpretación, no copia literal de los Evangelios, y no por ello dejan de estremecernos e incluso de estimular nuestra fe en Cristo. No hay que excluir que la historia del Jesús de la película que analizamos despierte en el espectador atento, además de indignación, sentimientos de piedad humana y religiosa. Que la película enfatice la tentabilidad de Jesús a lo largo de toda su vida es su mérito. Lo hace muy parecido a nosotros. Pero, para enseñarnos que Él es el Salvador no basta con que haya vencido la última y todas las tentaciones preliminares, sino que su tentación no se contamine como la nuestra con el pecado o la concupiscencia, porque el Salvador es inocente en todo y no a medias.

CUESTION DE ORACION

La sola palabra “oración” nos pone nerviosos. En muchos, oración sabe a Edad Media, esa era lejana que extiende sus tentáculos hasta nuestros días, asfixiándonos. En otros, atiza el instinto que busca “algo más” entre los imperativos intrascendentes de la Modernidad. La oración no nos deja indiferentes, aunque no a todos. A muchos posmodernos entretenidos en cosas varias o aburridos ya de ellas, les llama la atención a ratos y luego les da lo mismo.

La oración es palabra mayor. Gandhi liberó la India porque rezó. Jesús no fue Jesús sin su Padre y sin las montañas. Fueron hombres auténticos, abnegados, grandes porque hicieron contacto íntimo con el Amor a la humanidad. La Madre Teresa y sus mujeres han vivido el despojo completo, porque sólo tuvieron en propiedad una capilla donde componer un mundo recogido

a pedazos.

¿Valdrá la pena que Chile quede en la historia de la humanidad? ¿Cómo? ¿De cualquier manera? Nuestra sed de reconocimiento acusa una tremenda carencia de interioridad. La oración nos ayudará a prescindir de “la galería” para abocarnos a la noble misión de ser simplemente humanos.

La vocación mística de Chile

Chile, pueblo joven de raíces poco profundas, es vulnerable como nunca a los medievalistas, modernistas, posmodernistas y toda ralea de mercaderes. Esta raza minoritaria, aunque orgullosa se empina con los mayores, pero olvida lo principal. ¡Aquí falta un alma!, dirá Huidobro. Conforme los cambios históricos se aceleran, no hemos podido sustraernos a la tentación de refugiarnos en el moralismo retrógrado, de subirnos sin discreción al carro del progreso o afirmarnos como adolescentes en un presente de tono literario. No hemos alcanzado la adultez para vivir de un modo creativo el vértigo de pertenecer a todas las dimensiones de la temporalidad, y a la muerte. Si hasta ahora no hemos sido capaces, ¿qué asegura que podremos librarnos del matonaje variopinto que nos inhibe? ¡Vivimos aterrados! ¿Haremos de nuestra pasión un estilo o seguiremos extraviados en los vericuetos del resentimiento? Recuperamos la democracia: ¡qué alegría!, pero la política sirve cuando sirve a aquellas cosas que no se negocian. ¿Cuáles?

Si no fuera por nuestros poetas no sabríamos cuáles. Pero los nuestros han sido poetas porque, si no rezaron, contemplaron. No sé si Neruda rezó. Puedo imaginar a la Mistral con una plegaria en las entrañas,

empollando versos piadosos. Neruda estuvo absorto en las rocas y los caracoles, el cielo y las muchedumbres. Se hizo a todas las cosas, fue todas ellas. Si no rezó, hizo algo muy parecido: estuvo en el Origen y fue original. La mística es la madre de la poesía porque es la madre de la autenticidad. A más contemplación, mayor creatividad y mejor poesía. No se trata de que todos seamos poetas, ni tampoco que sólo los poetas atinen con nuestro sino, pero a los chilenos los poetas nos revelan el alma y la vocación. Lo hacen, en la medida que, superando el miedo, principalmente un inveterado complejo de inferioridad, han soñado una historia propia. Lo han hecho, pero no siempre, pues también ellos cuando no miraron a Francia para convertirnos en franceses se hurguetearon el ombligo y despreciaron a América Latina.

Dificultad de la oración

La buena poesía cuesta porque es difícil contemplar.

No es fácil orar. La hondura espiritual es una cualidad que se desarrolla sólo cuando se ejercitan los sentidos, sintiendo infinitas veces hasta sentir el sentido que nos promueve y haciéndole caso. A veces toma treinta minutos, una hora entera, recoger piedras en una playa desierta hasta que las piedras sueltan el habla. Discernir las piedras, escudriñar los periódicos, los noticieros, examinar las motivaciones de la acción y ungir la acción con amor... La cuestión es dejar resonar el mundo con toda su bulla en la concavidad del espíritu, permitirle afectarnos, para volver sobre el mundo como el ceramista contra la greda. Es esencial el silencio. La inclinación natural será saturar los pocos espacios callados que tenemos con televisión, con trabajo. La soledad,

aunque duele, es la principal condición de la individualidad y de la configuración personal del entorno.

La oración cuesta porque somos flojos y preferimos copiar. La copia comienza en la escuela, se afina en la universidad y se perfecciona en la asimilación irreflexiva de todas las modas. Las ideologías y el dogmatismo son cristalizaciones de la flojera, del miedo a la libertad y a la apertura de la historia a todas las posibilidades, incluido su fracaso. Ni la oración misma se libra de la corrupción. Su desprestigio también tiene que ver con la holgazanería de los conventos. La formidable fuga mundi que desde el origen de la vida religiosa se regenera sucesivamente a lo largo de los siglos, es la madre de la oración exterior, descomprometida, mecánica, repetitiva, fría, impersonal e impermeable a la voz de Dios que llama a hacerse cargo del mundo con libertad y solidaridad. Esta oración es la causa de la separación entre la vida y la fe, separación que por lo mismo es causa próxima del ateísmo práctico de los que se dicen cristianos sin serlo y causa remota del ateísmo contemporáneo que reacciona ante semejante incongruencia. Gracias a Dios las congregaciones religiosas, hace ya rato pero no sin cambiar su modo de rezar, están purificando con su fuga mundi un compromiso todavía más profundo con el mismo mundo.

También se reza mal cuando usamos la religión para vanagloriarnos ante Dios y acusar a los otros. Jesús cuenta el caso de un hombre religioso que subió al templo y decía: “Gracias, Señor, porque no soy como los demás, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este cobrador de impuestos”. Mientras el religioso se jactaba de hacerlo todo bien, el cobrador de impuestos, en la última banca del templo, los ojos por el suelo, arrepentido confesaba su villanía. Este captó la simpatía de Jesús y

no el fariseo.

Pistas de oración

Jesús desenmascaró la faramalla de oración. Razón tuvieron los fariseos para convertirse en sus principales enemigos. Jesús los llamó hipócritas, en griego también “teatreros”. Estos pretendían apoderarse del favor de Dios con su religiosidad complicada, sus ayunos ostentosos, sus plegarias públicas, y marginando a los pecadores. Jesús hizo todo lo contrario: se confundió con los pecadores e invitó a orar a puertas cerradas, con sinceridad. Jesús quiso que sus discípulos compartieran a su Abbá, “papito Dios”, un Dios cuyo Espíritu libertario y tierno provocaba en Él mismo y espontáneamente parábolas de alabanza y de ofrenda para encantar a sus adversarios con la bondad de su reino. Jesús fue un poeta.

La mística cristiana consiste en el amor. No en la alucinación intimista ni siquiera en la piedad litúrgica. El amor nos libera del miedo que nos metieron, cauteriza las heridas que nos hemos infligido unos a otros. Libera sobre todo para bendecir a Dios más con obras que con palabras. El amor en la oración imagina una tierra nueva y más justa; mucho más tiene que ver con la observancia de los derechos humanos, con la superación de la pobreza extrema, que con la proliferación de las estampitas. La mística cristiana acaba con la separación pagana entre lo sagrado y lo profano: cuando Jesús recapitule todas las cosas, la hostia no será más sagrada que el pan común y corriente. La Eucaristía está incompleta, decía Pedro Arrupe, mientras haya hambre en el mundo.

¿Cómo rezar? Hay una sola oración: la propia. Cuando se trata de rezar, todo intento alcanza su objetivo, cada murmullo, cualquier braceo es ya oración. Se

reza con la boca, con las manos, con los ojos, sin los ojos. Con rosario o con los dedos. Con tristeza o con alegría, con paz o con rabia, porque sí y porque no. En la iglesia y en la micro. Todo sirve. Nada sirve. Hay sacerdotes que ayudan a rezar. Hay otros que estorban. Se reza para demoler y para construir. Con La Vida Nueva de Zurita podríamos prepararnos a la celebración de la Semana Santa. Cada época tiene su oración. En la nuestra, habría que preguntar a U2, maestros en música y humanidad, cómo lo harían ellos. La Biblia inspira todas las épocas.

En la oración, como en el sueño, emerge el mundo inconsciente y emocional. En ella no cabe la censura, pues el que reza saca una vida alternativa de la ambigüedad y confusión que lo habitan. Rezando sobrevivimos el mes completo con la mitad del sueldo; imaginamos que los enemigos quieren besarnos; baleamos al sujeto que nos quita el estacionamiento y nos arrepentimos; devolvemos Antofagasta a los bolivianos y no nos arrepentimos; acatamos y transgredimos los Diez Mandamientos; soñamos que los cables de poesía entre Chile y Jesús hacen saltar todas las veredas... Todo es posible, hasta elegir la actitud evangélica con que enfrentaremos la jornada, hasta reconocer entre tanto ruido la voz de Dios.

Es que la oración es diálogo, no monólogo. No es ejercicio narcisista frente a un espejo: rendición de cuentas ante el “superyo”. La oración está bien encaminada cuando se dirige al Tú que se ama porque nos ama, nos cambia y cree en nosotros. Por eso ninguna alabanza es más alta que la oración agradecida de quien remonta los motivos de su amargura. Y ninguna confesión tan sincera como la del que, en vez de echarle la culpa al empedrado, declara con una mano en el pecho: “Perdóname, Señor, porque no sé lo que hago”.

Que el Espíritu nos sacuda e incorpore para inventar el camino hacia la Patria. Amén.

POLÍTICA CRISTIANA

Hace exactamente 30 años un grupo de sacerdotes denominado “cristianos por el socialismo” estudiaba la compatibilidad del socialismo con el cristianismo. El asunto merece un análisis complejo que no cabe ni interesa hacerlo aquí. Pero notemos que el planteamiento de la fórmula, “cristianos por el socialismo”, se repite. Perfectamente otros podrían llamarse “cristianos por el neoliberalismo”. Para las últimas elecciones presidenciales Juan Pablo II o el Padre Hurtado han sido citados en favor de una candidatura o de otra. ¿Ilegítimo? *De internis non iudicat Ecclesia*, la Iglesia no juzga las intenciones, tampoco a mí me gustaría hacerlo. Lo incorrecto, en cualquier caso, es invocar la fe cristiana para llevar las aguas al propio molino, en vez de trabajar para el molino de Cristo que favorece a todos, porque favorece primero a los postergados.

Para que la fórmula “cristianos por la política” (de centro, izquierda o derecha) pase el test de la honestidad, requeriría incorporar la exigencia contraria que si se proclama rezaría: “Políticos por el cristianismo”. El Evangelio es fin, la política es medio. El Evangelio fecunda la política, pero la política no agota el Evangelio. El riesgo consiste precisamente en identificar lisa y llanamente el reinado de Dios con un tipo de política o con un gobierno particular, como lo hacen las terribles teocracias o los tiranuelos más o menos iluminados. Esos

años no supe que “los cristianos por el socialismo” exigieran a los socialistas ser “políticos por el cristianismo”. Dificilmente habrían podido exigirlo: la fe no se impera ni se negocia. Se intentaba una confluencia en el socialismo. Pero para que entonces o ahora la búsqueda de fundamento e inspiración de la política en el cristianismo sea veraz, la política tendrá que dejarse cuestionar radicalmente por el cristianismo y ponerse al servicio de sus más altos principios, lo que nunca podrá consistir en subyugar a nadie, ni tampoco en mejorar la posición de la Iglesia. Así se traicionaría esos mismos principios. Como se ve, no es tan fácil la cosa. “Mi reino no es de este mundo”, clamó Jesús y, sin embargo, además de poeta y de sacerdote de la compasión Jesús fue político por su deseo de una sociedad distinta. ¿Cómo? El cristianismo es una teoría del poder. Una tradición antigua en Israel esperaba que el Cristo fuera un gobernante como el rey David. Para el judaísmo contemporáneo a Jesús la expectativa de un “reinado de Dios” poco tenía que ver con la salvación de las almas, pero mucho con la liberación de los romanos. Cuando Jesús apareció proclamando a los pobres la llegada del reino, las autoridades no se equivocaron tratándolo como a un subversivo. Más de algo tiene que ver el cristianismo con la política. Hoy la identificación de los seguidores de Jesús con el nombre de “cristianos” impide que sea discípulo de Cristo un a-político. No es posible ser discípulo en parte sí y en parte no. Pero, ¿puede darse un político cristiano? Es difícil, prácticamente imposible desde que la política, el Estado, suele recurrir a la violencia, al abuso de la fuerza, para llevar a efecto sus propósitos. El político cristiano debiera aspirar al mismo poder con el cual Jesús ha intentado cambiar la historia.

El asunto es que el cristianismo no es la teoría de

un poder cualquiera. ¿En qué sentido fue Cristo un político? La aparición de Cristo se entiende como Evangelio, “buena noticia”, para el mundo de sufrimiento de despojados, ciegos, leprosos, viudas, huérfanos, cesantes, mendigos, locos, vagabundos, todos los cuales eran considerados por las autoridades israelitas despreciables y pecadores por incapaces de cumplir una Ley que se multiplicaba en una enormidad de preceptos de toda índole, imposibles siquiera de recordar. Jesús anunció que a ellos, los pobres, se les daría el poder, que el reino cercano sería suyo. Este reino no abolía la Ley pero, como constituía su clave interpretativa, subvertía por completo el orden establecido. El quicio del reino de Jesús no podía ser Mammon, el dios Dinero, sino la solidaridad; la comunidad estrecha del clan debía incluir a los extranjeros; a cambio de la vanagloria que da el uso de la fuerza, en el reino de los pobres el gobernante debía ser el servidor humilde de todos. En la cruz Jesús reveló que su poder era parecido al amor que triunfa sobre las libertades, un poder que gana con impotencia a los que se suele reducir con prepotencia. Su pueblo no creyó en la revolución de un Siervo Sufriente que vencería con su vulnerabilidad. Ante la catástrofe militar y política inminente de Israel a manos de Roma, acosado por los poderosos de su propio pueblo, Jesús, con su vida, apuró la llegada de su reino.

El poder del cristianismo es, a partir de la historia de Jesús, el poder de la fe en una posibilidad para nada obvia, casi absurda. Consiste en creer que el bien triunfará sobre el mal, creer que la verdad vencerá a la mentira, creer que la libertad humana puede inventar un mundo radicalmente alternativo donde los últimos son los primeros y los primeros los últimos. Los hechos muestran que no siempre se ha estado a la altura de estos

principios, que a menudo el cristianismo ha sido usado ideológicamente como etiqueta justificadora de la violencia política. De muestra, el constantinismo de cualquiera de los imperios occidentales. Pero, en cuanto ha sido fiel a su vocación auténtica, en dos mil años el cristianismo ha inspirado la abolición de injusticias que parecían muy normales: la esclavitud, el colonialismo, la discriminación en contra de las mujeres, etc. Y, esto, no obstante, ninguna buena causa ha podido agotar toda su energía liberadora. Si Jesús hablaba en parábolas, la utopía cristiana se dice en metáforas. Definitivamente la Biblia no es un recetario de soluciones humanas ni menos políticas. ¿No sería una tremenda irresponsabilidad entender las cosas literalmente y entregar así no más el poder a los ignorantes y a los desvalidos? Las soluciones fáciles no existen. Todavía hoy Jesús provoca la creatividad de los políticos para inventar un mundo reconciliado, pero reconciliado desde el reverso de la historia, mediante la misericordia y la justicia.

Se podrá objetar que el poder del que trata el cristianismo es un poder trascendente. Exactamente éste es el problema: mientras no se admita que el ser humano es fin y nunca un medio, mientras la política no extraiga su legitimidad del servicio a la humanidad entera, comenzando por los marginados, predominará la definición clásica conforme a la cual el poder consiste en prevalecer sobre los demás a la fuerza. El poder ganado, mantenido y aumentado para ordenar la sociedad humana de acuerdo a los intereses de los poderosos es intrascendente, no porque la gestión política sea terrenal sino porque una política así entendida es incapaz de imaginar un mundo distinto. ¿Políticos cristianos? Como utopía sí, ojalá de muchos. Pero será imposible certificar quiénes verdaderamente atinan con la política cristiana,

aunque como medios de prueba se aduzcan fotos con el Papa, etc., etc.

¡ESPÍRITU SANTO, VEN!

De vuelta en bus de Puerto Montt a Santiago, sentado y conversando con un mulsumán, otra vez me di cuenta de la originalidad del cristianismo. El tipo era culto y fundamentalista. ¿Es posible algo así? Era médico en EE.UU. Hablaba bien. Me contó una parábola que me dejó con la boca abierta. Sentí por él una verdadera admiración. ¡Un oriental como Jesús! Pero estaba absorto en el cumplimiento al pie de la letra de las exigencias del Corán, además de otras prohibiciones de invención propia como la cafeína en las “negritas” y el bingo. No detallo otros pormenores del encuentro. Aunque sabrosos, darían para nunca acabar. Lo más interesante fue concluir que el islam carece de lo que en el cristianismo es el Espíritu Santo; en la práctica, el islam desconoce la libertad, el fruto más típico del Espíritu. A diferencia de Jesús, el primero de los hijos de Dios, Mahoma es el primero de los súbditos de Alá. Algo así como un Espíritu Santo que induzca amorosamente el cumplimiento de la voluntad divina en la libre conciencia de los fieles, tal como lo hizo en Jesús, en el islam es simplemente impensable.

Después me informé mejor. Islam significa “sumisión”. A diferencia de la revelación cristiana, de acuerdo a la cual Dios se autocomunica en todas sus obras, pero especialmente en la historia humana y más que nunca en el hombre Jesús, en sus hechos y sus palabras, Alá “dictó” el Corán a Mahoma para que fuera observado

tal cual. Es decir, para el Islam Alá no cuenta con la contribución humana para revelarse, ni con sus dichos ni con sus acciones, sólo se sirve de su profeta para señalar a sus fieles su ser trascendente y su voluntad de salvación. Tan “dictado” es el Libro Sagrado que no toca interpretarlo, ni puede ser leído correctamente sino en árabe. Lo que entendí es que en esta religión no hay más que una interpretación, lo que equivale a decir que ninguna. Y, por el contrario, concluyo que sólo una fe trinitaria –lo veremos- puede ser causa de libertad humana auténtica. No son todas las religiones lo mismo.

El riesgo del fundamentalismo

Pero ¿estamos libres los cristianos del fundamentalismo? No, nadie. Contra el fundamentalismo no hay más remedio que el Espíritu Santo, pero ¿cuántos gozan de su libertad? Suele suceder que se reduce el cristianismo a otra religión más, otro código más de verdades de fe, reglas morales y ritos sacramentales, como si fuese mejor exorcizar los peligros de la existencia que correr el riesgo de crear algo nuevo. Es decir, una religiosidad parecida a la que aplastó a Jesús y de la que Jesús logró, en principio, liberarnos. Otra religión más de las que pretenden eximir al ser humano de hacer su propia historia, legislándole por anticipado todos los pasos posibles, contestándole con antelación cualquier cosa antes de dejarlo en la duda, como si la fe consistiera en un catálogo de respuestas más que, en la incertidumbre e interrogantes que nos pone la vida, confiar radicalmente en Dios y en su Palabra.

Este riesgo tiene su historia. El conflicto que llevó a Jesús a la muerte fue en primer lugar religioso. Quienes instigaron la eliminación de Jesús fueron los piadosos: los sacerdotes, fariseos y escribas que no aceptaron que Jesús

predicase un Reino cimentado en el amor ilimitado de Dios por la humanidad. ¿Cómo tolerar que alguien relativizara la importancia de la Ley? El “ungido” con el Espíritu, Cristo, transgredió el Sábado en favor de hombres y mujeres concretos que, en situaciones concretas, requerían un gesto concreto del amor de Dios. Más grave aún, los expertos religiosos no soportaron que Jesús cuestionara la justicia de Dios con parábolas como las del “hijo pródigo” y los “trabajadores de la viña”. Que Jesús compartiera la mesa con los publicanos, los pobres y las prostitutas, llevando la bendición divina a ellos, los excluidos por la Ley, avivó la furia de los piadosos que lo acusaron de hacer el bien con la energía del Diablo y no del Espíritu.

Tampoco los discípulos de Jesús fueron capaces de un seguimiento adulto de su maestro. Hasta el último momento esperaron que un mesías omnipotente, remplazándolos, restituyera la independencia política de Israel por la vía de la fuerza. Sólo después de su resurrección descubrieron que “para la libertad los había libertado Cristo”: que la historia había que hacerla con la fuerza y según la inspiración del Espíritu, en vez de endilgársela a Dios simplemente o huir de ella, refugiándose en una observancia pueril de preceptos y castigos.

A lo largo de 2.000 años, sin embargo, muchos cristianos hemos recaído en los mismos males, con la esperanza de que Dios recompense nuestro servilismo. Se olvida que vivir de acuerdo a la voluntad de Dios, a su Palabra, es mucho más amplio y más exigente que hacerlo de acuerdo a su Ley. Pareciera que la revelación de un Dios trino no hubiera agregado nada a la historia religiosa de la humanidad. Sucede que muchos se persignan en el nombre de la Trinidad, pero no sospechan el alcance práctico de la fe trinitaria. Por cierto, es difícil entender cómo

Dios pueda ser uno y trino a la vez. Se reza a Dios igual que a Cristo, a la Virgen y a los Santos, etc., y se le piden favores lo mismo a El que a una animita o a una reliquia. Dios que es grande y bueno se las arregla para entender-nos. Pero para aclararnos el camino y la manera, es que decidió la Encarnación.

El camino cristiano

Si nos fijáramos en la historia de Jesús y en Jesús tratáramos de articular nuestra relación con Dios, todo sería más fácil. ¡Él es el camino! Captaríamos, por ejemplo, que, en el Nuevo Testamento al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo corresponden funciones muy distintas, aunque concurrentes a una misma misión, la misión de Jesucristo. ¿Cuál es el lugar de los cristianos en su relación con Dios? El de Cristo, el Hijo predilecto del Padre. El cristiano es otro “cristo” y otro “hijo”. El Espíritu Santo nos hace participar de la filiación divina de Jesús para que también nosotros imitemos la bondad del Cristo crucificado. Gracias al Espíritu de Jesús resucitado, los cristianos proceden del Padre y, seguros de su amor paternal, vuelven al Padre por el camino de la cruz.

¿Y la Ley qué? ¿Fue abrogada? Para nada. Lo que fue la Ley para el judaísmo, es Cristo para los cristianos. Cristo es el cumplimiento de la Ley. Las proposiciones de fe, las normas éticas y los ritos sacramentales del cristianismo son de algún modo Cristo, pero no agotan su personalidad. Son medios de Cristo en la medida, y sólo en la medida, que facilitan el encuentro con un Dios que nos quiere porque nos quiere y no porque a través de ellos pudiéramos canjear su cariño. Esta es la Ley de Cristo: Dios es para el hombre y el hombre para Dios. La libertad que

el Espíritu de Jesús resucitado suscita en nuestros corazones y conciencias, libertad que es la gracia más típica del cristianismo, explica que los cristianos no deberían vivir en el terror a equivocarse, sino en la confianza para atreverse a cosas todavía mayores que las prescritas por la Iglesia.

La Iglesia es un anticipo del Reino de la libertad. Las verdades de fe pueden decirse de mil maneras, con tal de que expresen que Dios es bueno y nunca malo. Las normas morales lo mismo: la madre de cinco hijos, depresiva, esposa de un marido incontinente, alcohólico y cesante, delibera bien si en conciencia decide no tener más hijos y, en consecuencia, elige de los medios a la mano el menos malo. En virtud de la libertad cristiana se ha visto a sacerdotes encabezando tomas de terrenos cuando ningún otro se ha sacrificado por eliminar los bolsones de miseria. En fin, la creatividad infinita de Dios debería inspirar tantas liturgias distintas cuantos sean los bienes recibidos y la participación verdadera de sus hijos lo requiera.

¿Pero está libre la Iglesia de las sectas? Siendo la secta la modalidad comunitaria del fundamentalismo, hay que reconocer que conductas sectarias y sectas cristianas las ha habido siempre en la historia de la Iglesia, y el peligro acosa a cualquiera de sus comunidades. Rabindranath Tagore nos ilumina: “Todas las sectas dicen -y lo dicen con orgullo- que la verdad, abandonando a todos los demás, se ha refugiado en ellas”. En la secta la interpretación de la verdad es una transgresión y los no elegidos están equivocados. El sectario concluye: “El error no tiene derechos”. En el peor de los casos, todo se reduce a la opinión de un gurú, a sus caprichos!, y a su veneración. La secta, aunque no lo confiese, pretende el poder. En ella se juzga a los demás para dominar a los demás, porque el que

tiene la verdad, se dice, tiene la obligación de hacerla prevalecer. Sin embargo, nada hay más contrario a la libertad cristiana y a la catolicidad de la Iglesia que el sectarismo.

De dos maneras la Iglesia ha sabido precaverse del sectarismo. Primero, reconociendo y no escandalizándose de la fragilidad de su propia humanidad. La santidad de la Iglesia consiste en su permanente conversión. “Santa prostituta”, la llamaron con cariño los Padres de los primeros siglos. Pero, además, aprendiendo a discernir la verdad en las otras religiones y culturas, en cualquier ser humano por perdido que se encuentre. Nadie está tan perdido, cree esta Madre, para no tener siquiera una pizca de razón. Por esto, la Iglesia ha debido esforzarse no sólo en anunciar que Jesucristo es la verdad, sino también en reconocer que esta verdad, el Espíritu la gesta incluso, y abundantemente, más allá de sus muros. No todas las religiones dan lo mismo. En ninguna parte como en el cristianismo la libertad es tan valorada. Pero también las otras religiones, toda la humanidad está en camino de la libertad y tiene derecho a ella. También los musulmanes, aunque se priven de las “negritas” y el bingo, saben algo que podríamos aprender de ellos.

CUENTOS Y CUENTOS

Nuestra época dice no creer en cuentos. Dice, pero no hace. Resulta imposible prescindir de ellos. Cuento puede ser una ficción o una historia real convertida en leyenda. El concepto experimenta una extensión. También podría ser cuento el modo de explicar la propia vida, una utopía por qué no, la cultura con que salimos adelante... ¿En qué se parecen unos de otros? En su utilidad para desvirtuar

interesadamente la realidad o para encantarle en el mejor de los sentidos.

Inocencia del cuento

Al común de los mortales parecerá que lo decisivo sea provenir de una familia de abolengo o al menos bien constituida. Pero no. También los monos proceden de la semana fecunda en que Dios hizo buenas todas las cosas. Más importante es que mapuches, celtas, egipcios, tirios y troyanos, todos sin excepción, accedieron a la humanidad por una palabra fantasiosa que les dijo tú no eres un puro embutido de carne y aliento, tú eres un navegante entre las estrellas, un campesino en el desierto y en la roca, ¡tú eres más!

La humanidad en cualquiera de sus versiones ha requerido un relato fundamental. Los mesopotámicos entraron a la existencia por el *Enuma Elish*. Los indios por el *Baghavad-Gita*. Los griegos decantaron el monoteísmo de sus mitos cosmogónicos. La historia de Adán y Eva es un cuento formidable en el que Dios encomienda a la humanidad la bondad de su creación. ¡Sí, un cuento! Tan ridículo resulta oponer a esta historia las conclusiones científicas que aseguran que el hombre viene del mono, como, por el contrario, y porque la Biblia lo dice, echar a pelear a Dios con Darwin y los monos. La verdad de la realidad tiene muchas dimensiones, las que sólo son asequibles por vías múltiples y complementarias. Sabiduría antigua como Aristóteles. El acceso científico es uno. A la verdad última y concreta sólo llega la poesía, la buena literatura, la creencia religiosa. El amor, precisaría San Agustín.

El cuento, el buen cuento, es una iniciación en el amor. Los niños más que leche necesitan una historia

amorosa que los envalentone a atravesar el sueño nocturno y, de mayores, la noche de los sueños. Amor es una palabra muy grande. Mejor que por su definición, el amor se expresa en una imagen y en el relato de sus gestos. Un cuento, y otro cuento, y otro más, harán de un huérfano un hijo. Un hijo y un hombre decente, un caballero andante con los pies en la tierra y el corazón en el cielo que como Sancho sabe que "la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben más que las de la melancolía". Porque antes del cuento la humanidad fue huérfana y en la actualidad persiste expuesta al nihilismo de la intemperie mientras nadie le descubra un comienzo ni le augure un final.

Recuerdo que aún antes de aprender a leer vi una representación magnífica de Jesús calmando la tempestad y luego multiplicando los panes. Ahora sé cómo capear los ciclones y sé también que, si quisiéramos, no habría hambre en el mundo. La parábola del hijo pródigo me da valor para amar mi pobre humanidad como la ama mi Padre. La del tesoro escondido me devuelve la ilusión de vivir. La del fariseo y el publicano me permite distinguir la prostitución de la fe de su expresión más auténtica. La metáfora del grano de trigo en tierra me enseña que el "reino" no llega sin la muerte del Cristo. La parusía, la segunda venida de Jesús en gloria cambiará el uso y desuso de unos por otros por un regaloneo recíproco y cósmico.

La humanidad atina en el blanco en la medida que cree en esos relatos fabulosos que imaginan lo que somos y señalan lo que seremos, más allá de la obviedad brutal de la existencia.

Sabiduría del cuento

Nuestra época, sin embargo, suele ser iconoclasta: desmonta sentido y cuento para quedarse con el puro sentido. Esta época se asemeja al párvulo que toma la pelota, detiene el juego y dice “mía”. El niño no entiende que fuera del juego en equipo la pelota no es pelota. Afortunadamente se abre paso en el pensamiento contemporáneo la idea de que, en vez de separar, lo que hay que hacer es articular el sentido en el cuento que mejor lo exprese, habida cuenta que entre uno y otro hay un abismo, una crisis de fe, pero también una exigencia recíproca. En otras palabras, el fin o la razón de vivir se deja alcanzar en una “segunda ingenuidad” para la cual la primera, la “ingenuidad psicológica”, representa una etapa que debe ser superada pero también un depósito de imágenes y palabras sin las cuales no es posible acertar con su metáfora. Es esta tarea de adultos. Ahondemos en su desarrollo.

Con la adolescencia comienza la crítica. La búsqueda de la identidad propia, independiente de la de los padres, exige una ruptura con sus historias y tradiciones. A punta de desgarrones y querellas, el adolescente descubre que el cuento proviene del sujeto que lo cuenta, y el sujeto no le convence. Le parece que lo engaña. ¿El “viejo pascuero”? ¿la “cigüeña”? ¿la mitomanía de una Iglesia garante del orden que lo asfixia...? Reemplazando los inventos de los mayores por los dogmas juveniles de moda, el adolescente adquiere al menos una personalidad contestataria.

La adultez lleva la crítica hasta el final. La crítica del adulto no es parcial, sino completa. Después de ver la muerte como una meta ineludible, el adulto se sabe a sí mismo responsable y culpable de todos los cuentos. Hasta no ver la muerte cara a cara, el cuestionamiento de los

progenitores, la Iglesia y la sociedad ha podido ser en parte justo y en parte interesado. Desde entonces el cuestionamiento recae en uno sí mismo. En adelante, solos en el mundo y sin que nadie nos diga “vas bien”, los adultos hemos de obedecer el sentido genuino, la dirección más auténtica de la historia que Dios ha tejido con los palillos de nuestra propia libertad, relatando con fantasía a los hijos cómo se avanza por la vida con nobleza.

Pero cargar con la propia muerte es sólo una cara de la adultez. La otra es amar la vida de nuevo y todavía con más fuerza. Hoy más que en otros tiempos se necesita mucho coraje para engendrar un niño, pero sobre todo mucha imaginación. Para iniciarlo en la humanidad habrá que inventarle un juego, una canción y explicarle la vida en parábolas y no a secas. Será necesario ponerle un sobrenombre cariñoso y personalísimo. Pedía Jesús al viejo Nicodemo “nacer de nuevo”, algo así como girar un cheque contra la creatividad inagotable de Dios. Le pedía ingenuidad espiritual. Difícil para un fariseo acostumbrado a codificar la imaginación divina en una religiosidad de prohibiciones y purificaciones. Pero no imposible para un Dios capaz de resucitar a su hijo, asesinado por viejos escépticos de la novedad de Jesús y envidiosos de su juventud y fantasía.

La modernidad tiene algo del adolescente y otro poco del adulto. No sin fundamento, critica la historia y la religión. Pero ella misma ha creado mitos seculares que, prometiendo bienes fantásticos, sacrifica a la mayoría de la humanidad a su penosa consecución. ¿No es ésta hoy la más grande causa de tristeza y de ateísmo? ¿Cuál es el verdadero “cuento del tío”: el “reino de los cielos” o las utopías de la sociedad sin clases y la sociedad de consumo? Nunca antes hemos dispuesto de tanta inteligencia teórica y técnica para superar todo tipo de miserias y, sin

embargo, jamás hemos sufrido tanto ni hemos andado más perdidos. La globalización que echa redes sobre el orbe terráqueo funciona con el cuento del capitalismo. Para salvarnos del capitalismo urge dar a la globalización un relato original y originante que en vez de obligarnos a competir unos en contra de otros, nos reúna y nos comparta. Un cuento común o la recíproca fecundación de los cuentos más diversos.

La grandeza de la modernidad, sin embargo, está en la crítica de sí misma. La modernidad más madura arremete contra los propios ídolos e ideologías. ¿Habrá de decapitar también a Dios? Depende qué se entienda por Dios. La modernidad ha ayudado a la fe a descubrir los abusos cometidos en nombre de Dios. ¡Tantos! Pero cada vez que la razón moderna ha atacado a Dios sin distinción, su éxito ha sido bastante turbio. Con Dios o sin Dios, el hombre actual tendrá que revisar honestamente las motivaciones que subyacen al propio cuento, cuento creyente o secular, porque de otro modo será imposible evitar una vez más la charlatanería del que, además de embaucar a su prójimo, se engaña incesantemente sí mismo. La historia contemporánea sugiere una conclusión: tan difícil es que la modernidad cree algo de veras humano sin Dios, como que la fe inspire algo de veras divino sin hacer suya la modernidad.

El adulto moderno se pregunta: ¿creo o no creo? Hermoso juego de palabras: ¿creer o crear? ¿Es posible crear sin creer? No parece posible inventar un mundo mejor sin la fantasía de los que creen triunfar sobre la muerte y el pesimismo. Pero cabe sí una alternativa o, si se quiere, dos puntos de partida: creer para crear o crear para creer. Se comience por allí o por acá, sólo con un cuento se podrá llegar a la otra orilla.

Jorge Costadoat